

YO, PIERRE RIVIÈRE,
HABIENDO DEGOLLADO A MI MADRE,
A MI HERMANA Y A MI HERMANO...



Un caso de parricidio del siglo XIX
presentado por MICHEL FOUCAULT



En el año 1835, en un pueblo del norte de Francia, un joven de veinte años asesina brutalmente a su madre, su hermana y su hermano. Cuando lo detienen, casi un mes después del parricidio, varios testigos han declarado : todos concuerdan en que es un demente, porque siempre mostró un comportamiento «extraño». Sin embargo, el parricida, Pierre Rivière, tras su detención, escribe en la cárcel una *Memoria*, aquí reproducida, en la cual, con gran coherencia, si bien con la torpeza propia de un campesino, expone los antecedentes que lo llevaron a cometer semejante crimen y cómo, deliberadamente, lo planeó y lo llevó a cabo.

Para la justicia no hay delito sin móvil y sin castigo. El móvil real, que expone Rivière en su *Memoria* y que induce al lector a aceptar como «lógico» su crimen, no puede, sin embargo, parecerle aceptable a la justicia, o en todo caso todo lo contundente y claro que exigen las leyes. Así pues, no tiene más remedio que construir, a partir de las declaraciones de los testigos, el móvil de la locura. Pero tampoco esa locura es clara, sobre todo tras la entrega de la Memoria al Juez. Una vez más la justicia se enfrenta con sus leyes «iguales para todos» a una de las múltiples e incesantes «excepciones» que desconciertan y desmontan el aparato legislativo. ¿Condenarlo a muerte, a cadena perpetua o internarlo en un manicomio ?...

Este caso, además del escándalo público, arrastró inevitablemente, dada su naturaleza ambigua de la que nadie quería responsabilizarse, la intervención de altas personalidades de su época, incluida la del Rey. No es de extrañar, pues, que Michel Foucault, uno de los grandes pensadores heterodoxos de nuestro siglo y autor de importantes estudios sobre la institución psiquiátrica y carcelaria se haya sentido, como él mismo dice en su prólogo, «subyugado por el parricida de los ojos rojizos». Realizó este trabajo colectivo de compilación, reconstitución y ordenación de todos los documentos, desde los legales hasta los periodísticos, durante un seminario en el Collège de France. Su objetivo es, además de narrar el caso del parricida Pierre Rivière en su verdadera cronología, el de revelar al lector cómo un mismo hecho, en este caso un crimen, es manipulado, tergiversado e interpretado por los distintos lenguajes que codifican la opinión pública : jurídicos, médicos, policíacos y periodísticos.

En realidad, la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad no se encuentra más que en la *Memoria* escrita por el propio parricida.

Lectulandia

Michel Foucault

**Yo, Pierre Rivière, habiendo
degollado a mi madre, a mi
hermana y a mi hermano...**

**Un caso del parricidio del siglo XIX presentado por Michel
Foucault**

ePub r1.0

Titivillus 08.08.2019

Título original: *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma mère, ma soeur et mon frère*
Michel Foucault, 1973
Traducción: Joan Viñoly, 1976

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Este dossier fue constituido, estudiado y anotado durante un trabajo colectivo realizado en el Collège de France por Blandine Barret-Kriegel, Gilbert Burlet-Torvic, Robert Castel, Jueane Fauret, Alexandre Fontana, Michel Foucault, Georgette Legée, Patricia Moulin, Jean Pierre Meter, Philippe Riot y Maryvonne Saison.

El 3 de junio de 1815, en un pueblo del Norte de Francia, Pierre Rivière, de veinte años, considerado por los vecinos como idiota, mata cruelmente a la madre, a la hermana y al hermano. Al año siguiente, los Annales d'hygiène publique et de médecine légale publican el dossier referente al caso. En éste figuran: tres informes médicos —el primero firmado por un médico rural, el segundo por un médico titular de un importante manicomio y el tercero por algunos grandes nombres de la psiquiatría y de la medicina legal de la época—, una serie de documentos jurídicos —las declaraciones de los testigos interrogados sobre la vida del autor del crimen, las actas del proceso, etc.— y parte de una Memoria redactada por el mismo Rivière después de su detención, en la que el joven parricida narra con extrema lucidez los antecedentes, la evolución y el desarrollo de los actos cometidos. A este corpus original se añadieron, durante una investigación colectiva, recientemente llevada a cabo en el Collège de France bajo la dirección de Michel Foucault, una serie posterior de documentos encontrados en los Archivos Municipales de Caen: todos los artículos dispersos en distintos periódicos escritos en el momento del caso y la Memoria íntegra de Rivière, de la que los Annales no habían publicado más que la segunda parte.

Este volumen reúne, por lo tanto, todo lo que se escribió en su momento acerca del parricidio realizado por Rivière. Cada documento ha sido ordenado y dispuesto según orden cronológico, con el fin de describir la trayectoria a través del cual se desarrolló el caso. Nos encontramos, pues, ante un texto determinado por el conjunto de los mensajes escritos que se han emitido en torno a un hecho determinado.

De no ser por el hecho de que cada documento es el fruto de una auténtica máquina jurídica, podría parecer que tenemos ante nosotros una novela construida a partir de materiales indirectos tomados en su forma bruta. Nos referimos a textos como el de Pantaleón y las visitadoras de Mario Vargas Llosa, o Boquitas pintadas de Manuel Puig, o incluso Drácula de Bram Stoker que, en su intento de destruir la forma burguesa de la novela, se presentan al lector bajo el aspecto de un assemblage de fragmentos de la vida real: cartas, notas de un diario, artículos periodísticos, transcripción de

diálogos. Pero, en nuestro caso, se trata de un texto cuya especificidad, pese a la aparente similitud del método compositivo, es muy distinta. De hecho, contrariamente a cualquier otra novela, el conjunto de los documentos del caso Rivière —este texto compuesto, formado de la combinación de mensajes pertenecientes a varios sistemas semióticos— no representa la interpretación de uno o más hechos que se han producido en el mundo cotidiano. Más allá de las numerosas y destacadas afirmaciones de algunos narradores —es ya clásico el caso de Flaubert— acerca de la objetividad y el distanciamiento como base de su práctica de la escritura, la novela, por su misma naturaleza de confrontación de dos realidades —la referente y la referida—, determina siempre una interpretación del mundo cotidiano. Por el contrario, nuestro texto no constituye en absoluto la interpretación de un hecho, sino su introducción en el interior de una memoria colectiva gestionada por una directa emanación del Estado: la Justicia.

A través de la lectura de los documentos reunidos en torno al caso Rivière es, por lo tanto, posible seguir el desarrollo de un proceso de asimilación y apropiación cultural de un hecho, que se articula según el esquema siguiente:

hecho -----► texto -----► memoria

Pierre Rivière mata a la madre, a la hermana y al hermano. En base a una serie de normas socialmente codificadas, el hecho pasa a ser propiedad de la Justicia, o sea de un organismo operante de nuestra cultura, que lo traduce en uno de sus idiomas y lo convierte en texto, con el fin de introducirlo en la memoria colectiva. No bien se ha producido el hecho-infracción, se cristalizan en torno a él los signos de una institución cuyo deber es el de castigar aquello que constituye una violación de la norma. El introducir este hecho en el patrimonio de la memoria colectiva se justifica así por la funcionalidad de la praxis de una jerarquía que garantiza la tutela de ciertos valores y sanciona el castigo del que los transgrede.

Pero el interés de nuestro texto no se agota en el hecho de ser un ejemplo de un sistema codificado cuya posibilidad de repetición y la ya pasiva aceptación hacen que muchas veces se olvide la función del mecanismo. De hecho, en el momento en que el hecho del mundo cotidiano pasa a ser traducido en texto, una serie de estereotipos mentales, que éste no puede eludir, se ponen en movimiento. Reduzcamos nuestro hecho a una información esquemática que los resuma: Pierre Rivière, universalmente conocido como alienado mental, suprime de manera cruenta, sus tres familiares. En esta breve y escueta síntesis resulta ya evidente la estructura

estereotipada por la que el hecho queda sujeto al acto de convertirse en una información y, más específicamente, un hecho de crónica.

Ante todo, como lo ha señalado Roland Barthes^[1], nos encontramos ante una información inmanente, que no remite a nada que no esté ya contenido en ella, a una estructura cerrada que se explicita en su entereza. Para comprender el sentido humano de un hecho de crónica de este tipo, no es preciso remontar más allá del contexto delimitado en la esfera del hecho en sí. Obviamente, intervienen connotaciones que remiten a un código cultural ya adquirido por cada individuo perteneciente a la sociedad en la que el hecho-infracción se ha manifestado: psicología, historia, traumas, locura, pesadillas del hombre occidental. Eso no quita, sin embargo, que se trate de un mundo cuyo conocimiento es elaborado por el que habla o escribe el hecho de crónica, por el que intenta explicarlo, y no por el que lo ha realizado.

Dos términos se destacan: Pierre Rivière mató a sus familiares y Pierre Rivière es considerado un loco. En la problemática que une estos dos términos se formula estructura de nuestro texto: a partir del parricidio hay que remontar al móvil. Todo delito debe servir a la sociedad, debe ser instrumentalizado con miras a un castigo ejemplar, con el fin de evidenciar el mecanismo criminal desde el momento de su maduración hasta el de su realización. Un delito sin móvil es inimaginable, en cuanto es gratuito e inútil. Si un caso de este tipo se produce, la Justicia se encarga de construirlo según las propias exigencias. En resumen, de construirle un móvil.

En nuestro caso, no es preciso ir muy lejos. Dado que Pierre Rivière, según la opinión común, es un alienado mental, el móvil se identifica con su locura. Entre los dos extremos de la trayectoria diseñada por el parricidio cometido, se establece así una relación causal estereotipada, en el interior de la que se evidencia una serie de circunstancias aberrantes. No obstante, una vez cerrado el dossier, no puede no permanecer una duda frente a la lógica de los hechos cuya cuidada construcción salta a los ojos de la lectura de los documentos reunidos.

A lo largo de todo el arco descrito por la sucesión de instancias, informes y declaraciones, es el concepto mismo de Verdad que se pone en discusión, porque es la verdad del hecho la que debe ser preservada en la memoria colectiva mediante su metamorfosis en texto. Pero aquí cada una de las dos partes en confrontación tiene su verdad. Para la Justicia, ésta se identifica con la locura del parricida Rivière y, para éste, con un castigo de las continuas vejaciones que su madre había infringido en vida al padre. En el

lúcido e implacable montaje de los elementos orientados hacia la identificación del móvil, se abre, no obstante, una grieta, y es ahí donde está la originalidad del texto presentado, que, además de reunir los documentos jurídicos y periodísticos que se cristalizan en torno a cada hecho-infracción de este tipo, trae a colación también la voz del acusado. La Memoria redactada por Rivière señala, de este modo, una hendidura que opone su lógica de los hechos a la construida por la Justicia. Los síntomas de la alienación mental del joven se muestran, por supuesto, en toda su evidencia en las páginas en las que él revive su experiencia, pero, más allá de todo eso, se desprende también, con inquietante claridad, una actitud frente al mundo cotidiano que es otra respecto a la tenida como norma.

Angelo Morino, profesor de Literatura de la Universidad de Torino y Víctor Sen Samaranch, abogado en ejercicio; exprofesor de Derecho Penal de la Universidad Autónoma de Barcelona.

Presentación

Queríamos estudiar la historia de las relaciones entre psiquiatría y justicia penal. Por el camino nos encontramos con el caso Rivière.

Estaba publicado en los «Anales de higiene pública y de medicina legal de 1836». Como todos los demás expedientes difundidos por esta revista, éste comportaba un resumen de los hechos y de la serie de reconocimientos médico-legales; sin embargo, presentaba un considerable número de elementos notables.

1. Una serie de tres informes médicos, que no sólo diferían en las conclusiones y divergían en el tipo de análisis, sino que, además, tenían cada uno un origen y un estatuto distintos dentro de la propia institución médica: informe de un médico rural; informe de un médico de ciudad responsable de un importante manicomio; y, por último, informe firmado por los nombres más importantes de la psiquiatría y de la medicina legal de la época (Esquirol, Marc, Orfila, etc.).

2. Un conjunto bastante importante de piezas de autos: entre ellas, las declaraciones de los testigos — todos habitantes de un pequeño municipio normando— interrogados sobre el tipo de vida, la manera de ser, el carácter, la posible locura o imbecilidad del autor del crimen.

3 Por último hay que destacar una memoria, o mejor dicho el fragmento de una memoria, redactada por el propio acusado, un campesino de veinte años que apenas sabía leer y escribir, y que durante su detención preventiva, se había dedicado a dar detalles y explicaciones de su crimen: el asesinato de su madre, de su hermana y de su hermano.

Este caso nos pareció único dentro de la documentación impresa de la época. ¿Por qué?

No precisamente por la natural trascendencia del asunto. Los casos de parricidio eran más bien numerosos en los juzgados de la época (de diez a quince anuales, y a veces más). Además, el atentado y el proceso de Fieschi,

la condena y ejecución de Lacenaire, la misma publicación de sus Memorias, ocupaban en ese momento lo esencial de las crónicas judiciales. La «Gaceta de los Tribunales» habló muy poco del asunto Rivière, y lo poco que publicó fue un resumen de los artículos del «Pilote du Calvados». El caso Rivière jamás fue un clásico de la psiquiatría penal, como el de Henriette Cornier, Papavoine o el de Léger; aparte del artículo de los «Anales de higiene» encontramos muy pocas referencias a Rivière en las publicaciones médicas. [2] Por último, el abogado de Rivière, Berthauld que luego adquirió gran notoriedad, parece que en sus textos jamás hizo alusión alguna a su antiguo cliente.

De modo que el asunto Rivière no fue nunca un «caso importante». La singular amplitud del dossier publicado por los Anales se explica quizás por una mezcla de circunstancias fortuitas y de razones generales. Es probable que un médico, o un notable, de la región de Caen, alertara a los grandes expertos parisinos de la época sobre la condena a la máxima pena decretada el 12 de noviembre de 1835, de un parricida que muchos consideraban loco. Quizás entonces decidieran intervenir, en el momento de la petición de indulto, con arreglo al informe constituido a este efecto; sea como fuere redactaron su atestado sobre las piezas de autos, después de la condena, y sin ver en ninguna ocasión a Pierre Rivière. Una vez obtenida la conmutación, publicaron en los «Anales de higiene» todo, o parte, de este informe.

Pero más allá de estas circunstancias se vislumbra un debate más amplio, en el que la publicación de este informe por Esquirol y sus cofrades debía surtir su efecto. En 1836 estaban en plena discusión sobre la utilización de conceptos psiquiátricos en la justicia penal. Para ser más exactos, se encontraban en un período preciso de ese debate: concretamente a la noción de «monomanía homicida», que Esquirol puso en circulación (1808), hombres de ley como Collard de Montigny, médicos como Urbain Coste, y sobre todo los magistrados y los tribunales (especialmente desde 1827) oponían una gran resistencia. La cosa llegó a un punto en que los médicos expertos o los abogados defensores dudaban al utilizar una noción que gozaba de una incómoda reputación de «materialismo» frente a ciertas Audiencias y algunos jurados. Hacia el año 1835, puede observarse entre los médicos una cierta tendencia a presentar informes médicos menos supeditados a la noción de monomanía: como si quisieran probar que esas resistencias pueden llevar a graves errores judiciales, al mismo tiempo que la enfermedad puede demostrarse a través de una sintomatología mucho más

amplia. De todos modos el expediente Rivière, tal como lo publican los «Anales», pone en juego la «monomanía» con la mayor discreción; como contrapunto recurre ampliamente a signos, síntomas, testigos, y demás elementos de prueba muy diversos.

Sin embargo, hay en todo el asunto un hecho que debe sorprendernos: ciertas circunstancias «locales» o generales permitieron publicar una documentación singularmente extensa, tanto para la época en que se inscriben como para la nuestra. Ahora bien, sobre la citada documentación y sobre esa pieza única que es la memoria de Rivière, se hizo un silencio inmediato y total. ¿Qué era lo que desconcertaba a los médicos, quienes en un primer momento se sintieron tan vivamente interesados por el caso?

Seamos sinceros. Quizás no ha sido esto lo que nos ha demorado más de un año sobre esos documentos, sino simplemente la belleza de la memoria de Rivière. Todo surgió de nuestro estupor.

** * **

¿Pero de ahí a una publicación?

Creo que lo que nos determinó a este trabajo, a todos, a pesar de nuestras divergencias metodológicas o de objetivos, fue el hecho de que se trataba de un «dossier», es decir de un asunto, de un caso, de un acontecimiento alrededor y a propósito del cual se cruzaron discursos de origen, de forma, de organización y de función diferentes: el del juez de paz, el del procurador, el del presidente de los tribunales, el del ministro de justicia; el del médico rural y el de Esquirol; el de los aldeanos con su alcalde y su cura; y al fin el del criminal. Todos hablan, o parecen hablar, de lo mismo: todos se refieren, sin lugar a dudas, al acontecimiento del 3 de junio. Pero todos ellos, y dentro de su heterogeneidad, no forman ni una obra ni un texto, sino una singular querrela, un enfrentamiento, una relación de poder, una batalla de discursos y a través de los discursos. Y decir una batalla no es suficiente; muchos combates tuvieron lugar al mismo tiempo y se entrecruzaron: los médicos hacían su guerra, entre ellos, contra los magistrados, contra el propio Rivière (que les engañaba afirmándoles que se había hecho pasar por loco); los magistrados efectuaban su combate a partir de las experiencias médicas, sobre el uso, bastante reciente, de las circunstancias atenuantes, sobre aquella serie de parricidios que había sido equiparada a la de los regicidios (Fieschi y Luis-Felipe no quedan lejos); los aldeanos de Aunay combatían para desarmar, con la asignación de extrañeza o de singularidad, el terror del crimen cometido entre ellos y salvar así el honor de una familia; y, por

último, en el meollo de la cuestión, Pierre Rivière, con sus innumerables y complejas máquinas de guerra: su crimen realizado para ser contado y asegurarse de este modo la gloria con la muerte; su relato preparado de antemano y para dar lugar al crimen; sus explicaciones orales para que la gente creyera en su locura; su texto escrito para disipar esa mentira, dar explicaciones y reclamar la muerte, este texto en cuya belleza unos verán una prueba de razón (de la razón del condenado a muerte), otros un signo de locura (la razón para condenarlo a cadena perpetua).

Creo que, si decidimos publicar estos documentos, todos los documentos, fue para determinar de algún modo el plano de esas luchas diversas, restituir esos enfrenamientos y esas batallas, reencontrar el hilo de esos discursos, como armas, como instrumentos de ataque y de defensa frente a unas relaciones de poder y de saber.

De un modo más preciso, nos pareció que la publicación exhaustiva de este dossier podría dar un ejemplo del material que existe en la actualidad en los archivos y que se presentan a posibles análisis.

- a. Ya que la ley de su existencia y de su coherencia no es ni la de una obra, ni la de un texto, su estudio debe permitir mantener apartados los viejos métodos académicos del análisis textual y todas las nociones que se derivan del prestigio monótono y escolar de la escritura.
- b. Documentos como los del asunto Rivière permiten analizar la formación y el juego de un saber (como el de la medicina, la psiquiatría, la psicopatología) en su relación con las instituciones y los papeles que de antemano deberán desempeñar (como la institución judicial, con el experto, el acusado, el loco-criminal, etc.).
- c. Permiten descifrar las relaciones de poder, de dominio y de lucha en cuyo seno se establecen y funcionan los razonamientos; de modo que permiten un análisis del discurso (incluso de los discursos científicos) de orden político, y de los hechos, es decir de orden estratégico.
- d. Y finalmente puede apreciarse el poder de trastorno, propio de un razonamiento como el de Rivière, y el conjunto de tácticas mediante las que se intenta recubrirlo, insertarlo y conferirle una valoración según sea discurso de un loco o de un criminal.

* * *

Estos son los motivos que pueden justificar nuestras razones para llevar a cabo esta publicación:

- Hemos intentado encontrar todas las piezas del asunto. Y con esto no nos referimos únicamente a las piezas judiciales (de las que los «Anales de higiene» sólo habían publicado una parte), sino también a los artículos de la prensa y sobre todo a la publicación integral de la memoria de Rivière. Los «Anales» sólo habían publicado la segunda parte. Estas piezas estaban en su mayor parte en los Archivos de Caen; lo esencial de este trabajo de búsqueda ha sido realizado por J.-P. Peter. Aparte de algunas piezas judiciales de interés menor, publicamos aquí todo lo que fue escrito por y sobre Rivière, y que, impreso o manuscrito, hemos podido recopilar.
- Para la presentación de esos documentos, hemos renunciado a la utilización de un método tipológico (expediente judicial, luego expediente médico). Los hemos agrupado en un orden aproximadamente cronológico, girando alrededor de los elementos a los que están ligados: el crimen, la instrucción, el juicio, la conmutación. De este modo, la confrontación de los diferentes tipos de discursos, las reglas y los efectos de esa confrontación se presentan con bastante claridad.

Situada en la fecha de su redacción, la memoria de Rivière ocupa la posición central que, indiscutiblemente, es la que le corresponde: una maquinaria que soporta el conjunto: preparada secretamente de antemano, invoca todos los primeros episodios; una vez a la luz, engaña a todo el mundo, hasta a su propio autor, ya que, tras pasar por la prueba evidente de que Rivière no es un demente, se convierte, gracias a Esquirol, a Marc, a Orjila, en un medio de eludir esa pena de muerte que tan cuidadosamente había buscado Rivière.

- Decidimos no interpretar el discurso de Rivière ni imponerle ningún comentario psiquiátrico o psicoanalítico. Primero porque nos sirvió de punto de partida para enjuiciar la distancia entre los otros discursos y las relaciones entre ellos.

También porque no era posible hablar de él sin mencionarlo en uno de esos discursos (médicos, judiciales, psicológicos, criminológicos) de los que, partiendo de él, queremos hablar. En ese caso le habríamos impuesto esa relación de fuerza de la que queríamos mostrar el efecto reductivo, y del que, en el caso que nos ocupa, nos habríamos convertido nosotros mismos en víctimas

Por último, y sobre todo, por una especie de veneración, y quizás también de terror por un texto que debía acarrear cuatro muertes, no queríamos sobreimponer nuestro texto a la memoria de Rivière. Nos sentimos subyugados por el parricida de los ojos rojizos.

* * *

Esta obra es el resultado de un trabajo colectivo llevado a cabo en un seminario del Collège de France. Sus autores son: Blandine Barret-Kriegel, Gilbert Burlet-Torvic, Robert Castel, Jeanne Favret, Alexandre Fontana, Georgette Legée, Patricia Moulin, Jean-Pierre Peter, Philippe Riot, Maryvonne Saison.

Nos ayudaron en nuestras búsquedas la señora Coise y el señor Bruno de la Biblioteca Nacional; el señor Bercé en los Archivos Nacionales; el señor G. Bernard y la señorita Gral en los archivos departamentales de Calvados; Anne Sohier, del Centro de Investigaciones Históricas.

La memoria de Pierre Rivière fue objeto, en el mismo año del proceso, de una publicación en un fascículo. No se encuentra en la Biblioteca Nacional. Es esta versión, incompleta, la que los «Anales de higiene pública» reprodujeron parcialmente. Nosotros restituimos el texto, la ortografía y la puntuación del manuscrito. En cuanto a los documentos judiciales adoptamos la ortografía y la puntuación actuales. El conjunto del expediente figura en los Archivos de Calvados con el registro 2 U 907, Tribunales de Calvados, Procesos criminales, 4º trimestre 1835.

Michel Foucault

Nota del editor

El volumen original francés contenía, además del expediente del caso y de los documentos anexos reproducidos, en esta edición, siete textos cortos de Michel Foucault y sus colaboradores analizando distintos aspectos del parricidio. Con la autorización de Michel Foucault, eliminamos este apartado.

El expediente

El crimen y la detención

1. Informe del juez de paz

Hoy, 3 de junio de 1835, a la una de la tarde.

Nos, François-Edouard Baudouin, juez de paz del cantón de Aunay, asistido por Louis-Léandre Langliney, nuestro ujier.

Informado por el señor alcalde de la comuna de Aunay de que acaba de cometerse un crimen atroz en la citada comuna de Aunay, en el pueblo llamado la Faucterie, en el domicilio del señor Pierre-Margrin-Rivière, propietario agrícola, ausente de su casa, nos dicen, desde esta mañana; inmediatamente nos trasladamos al domicilio citado, acompañados por el señor alcalde de Aunay, por el señor Morin, doctor en Medicina, y Cordier, oficial de sanidad, los dos domiciliados en Aunay, venidos por nuestro requerimiento conforme a la ley. Al entrar en una casa de una sola planta, en el salón, que mira al norte por el camino vecinal de Aunay a Saint-Agnan, iluminado por el lado sur por una puerta cristalera, encontramos tres cadáveres en el suelo: 1.º una mujer de unos cuarenta años boca arriba, delante de la chimenea, en donde parece que estaba haciendo puches en el momento en que fue asesinada, ya que todavía encontramos el puchero en el suelo. La mujer viste como era su costumbre, despeinada; tiene el cuello y la parte posterior del cráneo cortadas y *acuchilladas*. 2.º Un chiquillo de siete u ocho años, vestido con una blusa azul, pantalón, medias y zapatos, con un enorme corte en la parte posterior de la cabeza. 3.º Una chica vestida de india, medias, sin zapatos ni zuecos, boca arriba, con los pies en el umbral de la puerta que da al patio, hacia el sur, con su labor en el regazo, el sombrero de algodón a sus pies y un gran puñado de pelo que debieron arrancarle en el momento de ser asesinada; en el lado derecho de la cara y el cuello aparecen *cortes* de gran profundidad. Parece que la desgraciada joven trabajaba en su labor, cerca de la cristalera opuesta a la puerta ante la que cayó. Sus zapatos

se quedaron al pie de la silla situada allí. El triple asesinato parece haberse cometido con un objeto cortante.

Las víctimas se llaman: la primera, Victoire Brion, esposa de Pierre-Margrin Rivière; la segunda, Jules Rivière; la tercera Victoire Rivière; las dos últimas, hijos de la primera.

Señalando la vindicta pública al llamado Pierre Rivière como autor de este crimen, hijo y hermano de las víctimas, informamos al cabo de la gendarmería, residente en Mesnil Ozouf, del citado acontecimiento, después de cerciorarnos de que el sospechoso se había evadido inmediatamente después de cometido el crimen que se le imputa, requiriendo de este funcionario que proceda de inmediato a su búsqueda y captura, si es posible.

Invitamos a los señores Morin y Cordier a llevar a cabo todas las operaciones que crean necesarias para asegurar y comprobar las causas de la muerte, hechos que denunciaron, después de prestar el juramento preestablecido en estos casos, haciéndoles observar que era notorio que la madre estaba encinta. Los señores médicos, una vez terminadas sus operaciones, a las que asistimos, nos remitieron sus informes que añadimos al presente, después de haberlo marcado y sellado con el sello del juzgado de paz.

2. Informe de los médicos una vez comprobadas las defunciones.

Hoy, 3 de junio de 1835.

Nos, Théodore Morin, doctor en medicina, y Thomas-Adrien Cordière, oficial de sanidad, residentes en Aunay; hacia las dos de la tarde fuimos conducidos, a petición del señor juez de paz del cantón de Aunay, y del señor alcalde del pueblo de la Faucterie, comuna de Aunay, a la casa del señor Pierre-Margrin Rivière; una vez en el interior descubrimos tres cadáveres en el siguiente estado:

1. Una mujer que, según nos dijeron, responde al nombre de Victoire Brion, esposa del mencionado Rivière, yace boca arriba, los pies apoyados en el hogar y algo inclinados, con la mano derecha descansando a su lado, con los dedos apretados, y la izquierda cruzando su pecho; sus vestidos permanecen en orden, salvo el tocado que consiste en un gorro de algodón, y que está en el suelo bajo la cabeza del cadáver; una gran cantidad de sangre se extiende alrededor de su cabeza; la parte derecha del cuello, la anterior y el rostro están

tan cortadas, que las vértebras cervicales están totalmente separadas del tronco; la piel y los músculos del costado izquierdo retienen aún la cabeza; el parietal derecho está destrozado; el golpe se prolonga hasta la cúspide del cráneo y con tal profundidad que la pulpa cerebral está dividida en su mayor parte; el rostro presenta señales de varios golpes más, de tal violencia que los huesos y los músculos forman una papilla. Como la mujer estaba en estado, a petición de la autoridad, procedimos a la autopsia del cadáver; después de hacer una incisión y abrir el útero, encontramos un feto femenino, que había llegado a unos seis meses y medio de gestación. Abierto el estómago, presentaba un estado de vacuidad total. No proseguimos nuestra investigación ya que la causa de la muerte era positiva dado que, como ya dijimos, la cabeza estaba prácticamente separada del tronco; como las yugulares y las arterias carótidas habían sido cortadas, la muerte debió ser instantánea.

2. A un extremo del cadáver que acabamos de describir, se encuentra un niño de siete a ocho años, que, según nos dijeron se llama Jules Rivière; está en el suelo, boca abajo, todavía cubierto con sus vestidos, con la cabeza yacente en medio de un inmenso charco de sangre; pueden observarse en las dos caras lateral y posterior anchas y profundas incisiones que han penetrado muy adentro del cerebro en diversas direcciones, así como numerosos golpes probablemente dirigidos al cerebelo, ya que la bóveda del cráneo era fácil de separar; también presenta un golpe en la nuca y, sin perjudicar las vértebras cervicales, recibió muchos otros golpes en la espalda que atravesaron la camisa y demás ropa; por otra parte, estas últimas heridas no revisten especial gravedad; no creímos necesario proceder al examen de las cavidades esplácnicas y torácicas, ya que la causa de la muerte era también positiva, puesto que el cerebro y el cerebelo estaban totalmente destrozados, y las arterias que los recorren estaban asimismo divididas.
3. En medio de la casa y muy cerca del cadáver que acabamos de describir, yace una chica de unos dieciocho años, caída de espaldas al suelo, únicamente calzada con sus medias, su labor está todavía a su izquierda, sus vestidos están en completo desorden, la cabeza descubierta, sus pelos presentan señales de haber sido estirados, y hay bastantes de ellos a sus pies, tiene los brazos casi cruzados sobre su pecho; el pañuelo y la toca han sido arrancados, lo que pone en evidencia que la víctima presentó cierta resistencia al criminal. En la parte derecha del cuello, pueden observarse dos amplias y profundas incisiones: la primera, inferior, no sólo cortó la piel y los músculos, sino incluso la arteria carótida; la segunda vértebra cervical está totalmente separada. Encima de esta primera incisión, hay varias otras

en la misma dirección, que, aunque profundas, fueron detenidas por la rama ascendente de la mandíbula inferior; el rostro está surcado en todos los sentidos de anchas y profundas heridas y la mandíbula inferior está casi separada hacia la sínfisis de la barbilla; la mandíbula superior está también separada por un golpe que, apuntando más arriba de las órbitas entró prácticamente en el cerebro; una incisión oblicua de derecha a izquierda separó por completo las fosas nasales. Después de estas observaciones, creemos que las diversas heridas, mortales en su mayor parte, hacen inútil la autopsia del cadáver. Es casi seguro que esas heridas han sido cometidas por un instrumento agudo y cortante.

El presente informe cerrado y finalizado el día, mes y año abajo indicados, de cuya sinceridad y veracidad en todo su contenido damos fe, ha sido remitido al señor juez de paz, inmediatamente después de nuestras operaciones.

Siguen las firmas.

3. Declaraciones de los testigos del crimen ante el juez de paz

Marie Rivière, 74 años:

Hoy, hacia las once y media de la mañana, estando a la puerta de mi casa que, como ustedes saben, da al mismo patio de la casa en la que ha sido cometido el crimen, al otro lado del mencionado patio a la izquierda, vi a la chica Victoire Rivière en la puerta que mira a nuestro patio agarrada de los pelos por su hermano. Parecía querer huir. Al acercarme a ellos Pierre Rivière empuñaba una hoz que levantaba contra su hermana. Yo exclamé: «¡Desgraciado!, ¿qué vas a hacer?», intentando detenerle el brazo, pero en el mismo instante asestó contra la cabeza de su hermana varios golpes que la tumbaron muerta a sus pies. Todo esto ocurrió en menos de un minuto. Luego huyó por la puerta que da al camino vecinal en dirección hacia el pueblo de Aunay, en el mismo momento en que yo metía la cabeza en la casa y descubría los cadáveres de su madre y de su hermano menor; entonces perdí el control y empecé a gritar «¡Dios mío, qué desgracia! ¡Dios mío, qué desgracia!». Se acercaron varias personas, pero todas las que ocupan las casas estaban ausentes.

Jean Postel, 50 años, criado en casa del señor Lerot:

Hacia las doce del mediodía de este día volvía de recoger forraje que llevaba sobre la cabeza cuando oí que la viuda Rivière exclamaba: «¡Dios mío qué desgracia. Dios mío qué desgracia!». Al mismo tiempo oí otra voz que no conocía gritar: ¡Todos están muertos!; al llegar cerca de la puerta de nuestra cuadra vi al llamado Pierre Rivière. Blandía una hoz ensangrentada, y su mano también lo estaba. Mientras se iba hacia el pueblo me dijo: «Vigile que no le ocurra nada malo a mi madre». Oí este encargo sin tener idea de qué podía significar, pero así que me enteré de lo ocurrido pensé que debería referirse a su abuela.

Victoire Aimée Lerot, esposa de Jean André, 40 años:

Hoy hacia las doce del mediodía en el momento en que iba a entrar en casa de mi hermano, casa que está enfrente de la del señor Pierre Margrin Rivière, vi al llamado Pierre Rivière, hijo del anterior, que salía de su casa por la cristalera que da al camino vecinal, en dirección al pueblo de Aunay. Llevaba una hoz ensangrentada; al pasar por mi lado, me dijo: «Acabo de liberar a mi padre de todos sus males. Sé que me condenarán a muerte, pero no me importa» y añadió «le ruego que se cuide de mi madre».

4. Informe del fiscal del rey de Vire

Nos, fiscal del tribunal civil de Vire, advertido por el clamor público de que se había cometido un crimen en la comuna de Aunay, nos dirigimos allí inmediatamente con el lugarteniente de la gendarmería, después de informar al Juez de Instrucción de nuestro desplazamiento, y en el lugar procedimos de la forma que sigue:

Una vez el juez de paz de Aunay, tal como nos informó, hubo comprobado la materialidad del crimen mediante su atestado fechado antes de ayer, consideramos inútil proceder a una investigación cuyo objeto sobre este punto es, en el momento actual, completamente inútil; pero resultando que las pruebas más evidentes establecen que el llamado Pierre Rivière, de 20 años de edad, campesino de Aunay, dio voluntariamente muerte: 1.º a Marie-Anne Brion esposa de Rivière, su madre; 2.º a Marguerite Rivière; y 3.º a Jules

Rivière, hermana y hermano respectivamente, nos ocupamos ante todo de las medidas adecuadas para proceder a su detención: en consecuencia, ordenamos a los alcaldes de las comunas de Aunay, Roucamps, de Plessis y de otras comunas vecinas el reclutamiento de un determinado número de guardias nacionales, encargados de proceder a la captura del llamado Pierre Rivière.

Hecho esto nos dirigimos al pueblo de Faucterie, donde recogimos la siguiente información sobre el llamado Pierre Rivière.

Consideramos que debíamos oír al padre sin prestación de juramento, a la abuela y a una de las hermanas del acusado, y a continuación damos cuenta, en síntesis, de lo que fueron sus declaraciones.

Pierre Rivière fue desde su infancia un problema para su familia, era obstinado y taciturno; ni tan sólo soportaba a sus padres. Nunca manifestó por su padre o su madre el afecto de un hijo. Odiaba sobre todo a su madre. A menudo, al acercarse a ella, manifestaba un movimiento de repulsión y frenesí.

Pierre Rivière en todas las demás cosas de su vida, manifestaba esta dureza de carácter que hacía la desesperación de la familia, que todavía lo recuerda, de niño, disfrutando en machacar pajaritos recién nacidos entre dos piedras, o perseguir a niños de su edad amenazándoles con matarlos.

A veces huía de la casa paterna y se escondía en las canteras donde pasaba la noche. A la vuelta de sus excursiones nocturnas, decía haber visto al diablo y haber pactado con él.

Siempre puso de manifiesto su aversión hacia las mujeres.

A veces hablaba solo, animándose y exaltándose. Cuando se hizo mayor se dedicó con pasión a la lectura de ciertos libros y su memoria le era de gran utilidad en sus lecturas... Parece que durante una época consagró las noches a leer obras filosóficas.

De la falta total de religión pasó a una gran piedad, o al menos a las prácticas aparentes de la devoción.

El jubileo que tuvo lugar hace dos años parece ser el origen de este cambio.

Su padre le sorprendió, por la noche, leyendo el catecismo de Montpellier (obra que le había prestado el cura de Aunay).

Este año pasado comulgó dos veces y cumplió con las demás obligaciones de la iglesia.

El sábado, día treinta del mes pasado, se puso sus mejores galas y, el día del crimen, después de cambiarse tres veces de vestido, volvió a ponerse el mejor que tenía. Al verlo, su abuela, le dijo: «¿Pero qué pretendes?», a lo que

él contestó: «Esta noche lo sabrá». Aquella mañana Pierre Rivière se quejaba de un gran malestar, le dolía el corazón, decía.

Solitario, huraño y cruel, así es Pierre Rivière en su aspecto moral; es una suerte de ser aparte, un salvaje que escapa a las leyes de la simpatía y de la sociabilidad, ya que odiaba tanto a la sociedad como a su familia; le preguntaba a su padre si un hombre podría vivir en los bosques, alimentándose de hierbas y raíces.

El estudio del físico de Pierre Rivière presenta algunos caracteres notables: es bajo, su frente estrecha y hundida; sus cejas negras se cruzan formando un arco; la cabeza está constantemente inclinada hacia el suelo, y su mirada oblicua parece temer encontrarse con otra mirada, como si tuviera miedo de traicionar el secreto de su pensamiento; su andar es arrítmico y a brincos, más que andar salta.

Después de cometer su crimen, Pierre Rivière no se dio a la fuga; salió impasible y se presentó con calma, con las manos manchadas de sangre, a dos personas a las que les dijo: «Acabo de liberar a mi padre, ahora ya no será desgraciado», y luego prosiguió su camino como si nada hubiera ocurrido; su hoz goteaba sangre.

Estos son los informes que recogimos en el lugar del crimen, en presencia del juez de paz de Aunay; Morin, médico y miembro del consejo municipal; Angot, preceptor de Aunay y capitán de la guardia nacional, y Benoît, lugarteniente de gendarmería, quienes, con nosotros, firmaron el presente atestado, el día 5 de junio de 1835.

Siguen las firmas.

Y resultando que después de cerrar nuestro informe, nos enteramos de que habían visto al llamado Pierre Rivière en el bosque de la Fontenelle, requerimos la presencia del señor Charles Denis, quien después de prestar juramento, hizo la siguiente declaración:

La mujer Guillemette, llamada señora de Hamard (cantón de Evrecy), me dijo que habló con un individuo que le había dado detalles de las circunstancias en que fue cometido el crimen en el pueblo de la Faucterie; según los informes que le dieron el señor Villemet y la chica de Bonnemaïson, este individuo es el llamado Pierre Rivière.

Siguen las firmas.

5. *Filiación de Pierre Rivière, acusado de asesinato*

El fiscal del Rey del distrito judicial de Vire, invita a los señores oficiales de la policía judicial a proceder a la búsqueda más activa, a fin de operar la captura del llamado Pierre Rivière acusado de haber asesinado a su madre, a su hermano y a una de sus hermanas.

ÉSTA ES SU FILIACIÓN:

Edad: 20 años.

Talla: 5 pies.

Pelo y cejas negros.

Patillas negras y poco pobladas.

Frente estrecha.

Nariz mediana.

Boca mediana.

Barbilla redondeada.

Rostro ovalado y lleno.

Tez cetrina.

Mirada oblicua.

Cabeza inclinada, tartalea al andar.

Viste una camisa de tela azul, gorra y botines.

Rivière no tiene dinero; mendiga.

Fue visto el 21 del corriente en el cantón de Flers, distrito de Damfront.

Se ha decretado una orden de detención contra Pierre Rivière, el 10 de este mes, por el juez de instrucción de Vire y en caso de detención deberá ser conducido ante este magistrado.

El Ministerio Fiscal, 23 de junio de 1835.

El fiscal del Rey Robert.

Nota. El fiscal invita a los señores Jueces de Paz a transmitir esta filiación a los alcaldes y a los guardas rurales de su cantón.

6. Carta del alcalde de Aunay al fiscal

Aunay 24 de julio de 1835.

Señor fiscal del Rey,

Tengo el honor de enviarle el informe que me ha sido entregado por el Guarda rural de mi comuna a su llegada de la persecución del asesino Pierre Rivière de la que le informé en mi carta del 22 del comente. Esa búsqueda resultó infructuosa aunque realizada con la mayor minuciosidad posible para lograr la captura del llamado Rivière.

Si la gendarmería de Flers hubiera estado suficientemente informada del hecho, podría creerse que habría sido detenido ya que el acusado permaneció ante la puerta de un tabernero, cerca del pueblo de Flers, al menos tres o cuatro horas con un libro en la mano, leyendo. El aspecto de este hombre no presentaba dudas sobre la posibilidad de que hubiera cometido un asesinato. Sin embargo, lo tomaron por un anormal, según declaraciones de la gente cuando se enteró de la persecución de que era objeto, y ahora que el país le conoce, es de presumir que no tardará en caer en manos de la justicia.

El alcalde de Aunay, Harson.

El informe del guarda rural señala que Pierre Rivière fue visto, en las afueras de Flers, camino de Domfront, por un vendedor de sidra.

A lo largo de los setos y los prados, buscaba Benoîtes^[3] para comer. El chico de guarda rural de Flers le invitó a su casa, para darle un pedazo de pan. Le dio las gracias varias veces y al fin aceptó. Le preguntó de dónde era; le contestó que era de todas partes y luego declaró que era de Aunay.

7. Informe del brigadier de gendarmería de Langannerie relatando la captura de Pierre Rivière

Hoy, 2 de julio de 1835, a las cinco de la madrugada.

Nos, Courtois, brigadier de gendarmería en el sitio de Langannerie, departamento de Calvados, el abajo firmante, certificamos que estando en el camino de Langannerie, nos encontramos con un individuo que nos pareció sospechoso; nos acercamos a él y le preguntamos de dónde era; contestó que de todas partes; ¿Adonde va?, adonde Dios me envía. Después de examinarlo vimos que era el llamado Pierre Rivière, de la comuna de Aunay, asesino de su madre, de su hermano y de su hermana: tal como se indica en la filiación realizada por nuestros jefes, y la decretada por el ministerio fiscal de Vire, el 10 de junio de 1835, que expresa que se ha decretado una orden de detención

contra el llamado Rivière. Apoderándonos de él, lo llevamos al cuartel, le preguntamos su nombre, sus apellidos y su domicilio; contestó llamarse Rivière, Pierre, residente en Aunay; preguntándole por qué había matado a su madre, contestó que porque había pecado ante Dios. Habiéndole asimismo preguntado por qué a su hermano y hermana, dijo que pecaron al permanecer con su madre. Llevaba un trozo de madera atada con una cuerda por los extremos y otro en forma de flecha, con un clavo en un extremo. En la gorra encontramos un permiso de armas, expedido el 30 de octubre de 1829, a Lefèvre, Jean-Denis, residente en la Bigue; el mencionado Rivière declaró habérselo encontrado por el camino que va a Jurques; le preguntamos qué había hecho de la hoz que utilizó para cometer el crimen, y contestó que la echó en un trigal cerca de Aunay. Inmediatamente después lo encerramos en nuestra celda de seguridad. Le fueron requisados sus efectos personales consistentes en: dos cuchillos, un cortaplumas, un pedacito de azufre y un trozo de cordel.

Langannerie, día y año al principio expresados.

Siguen las firmas.

8. *Carta del fiscal del rey de Falaise al fiscal de Vire*

3 de julio de 1835.

Señor fiscal del Rey,

Tengo el honor de informarle que el llamado Pierre Rivière, del que me envió la filiación, fue detenido ayer en una de las comunas de mi distrito. En la actualidad está detenido en la cárcel. Apenas llegado intentó evadirse, pero fueron tomadas las medidas oportunas para impedir esta evasión. Llevaba varios objetos. Yo le vi en persona esta mañana, pero se negó a contestar a todas mis preguntas. Procederé a la petición de su traslado así como al de los objetos que llevaba consigo.

Por el Fiscal del Rey,
Renault, sustituto.

9. *Artículos de los periódicos*

«*Pilote de Calvados*», 5 de junio de 1835.

Nos escriben de Aunay sur Odón, que ayer 3 de junio: se produjo un acontecimiento, o mejor dicho un crimen horrendo, un triple crimen que ha causado pavor en nuestra localidad: un tal Rivière, carretero, vivía a mal con su mujer, de carácter difícil y que no quería vivir con él. A resultas de esas querellas domésticas, los esposos Rivière vivían separados y, de los cinco hijos que tuvieron, la mujer se quedó con dos y el marido con los tres restantes, el mayor de los cuales es el autor del crimen que ahora voy a relatarles. Este muchacho que, según dicen, hacía ya tiempo que estaba trastornado, y que por otra parte nunca pareció normal del todo, al ver que su padre era víctima de los constantes enredos de su mujer, queriendo liberarlo, se personó esa mañana en casa de su madre y armado con una hoz la mató. La mujer estaba en su séptimo mes de embarazo. Luego se lanzó sobre su hermana, de unos dieciocho años de edad y luego sobre su hermano, de siete años de edad, y los asesinó también. La madre de este loco tenía la cabeza prácticamente separada del tronco. Después de cometer este triple crimen, el alienado se dio a la fuga, mas es probable que en el momento en que reciban mi carta esté ya en manos de la ley. Tiene veinte años. Mientras el hijo llevaba a cabo su atroz resolución, su padre, persona apreciada en la vecindad, estaba labrando en el campo. Las autoridades locales, una vez informadas del crimen, se desplazaron a la aldea de la Faucterie en el lugar de esta escena monstruosa y realizaron el correspondiente atestado (*Artículo reproducido casi textualmente por la «Gazette des Tribunaux», 8-9 junio de 1835*).

«*Pilote de Calvados*», 7 de junio de 1835.

A pesar de la búsqueda llevada a cabo en la zona del llamado Rivière, del que dimos a conocer su triple asesinato, cometido el miércoles por la mañana, el culpable todavía no ha podido ser atrapado por la justicia. Probablemente debe refugiarse en los bosques de los alrededores de Aunay de donde se verá obligado a salir por necesidad y será detenido al instante.

«*Pilote de Calvados*», 17 de junio de 1835.

El llamado Pierre Rivière, de Aunay, autor del triple asesinato que tuvimos ocasión de relatarles, fue detenido antes de ayer, por la brigada de la

gendarmería de Langannerie. En el momento de su detención iba provisto de un arco y una flecha, dos cuchillos y un cortaplumas. También se le encontró un pedazo de azufre.

«Journal de Falaise», 8 de julio de 1835.

Pierre Rivière, de Aunay, asesino de su madre, de su hermano y de su hermana, ha sido detenido el jueves en Langannerie por la brigada de la gendarmería, y conducido este mismo día a la cárcel de Falaise. El acusado vivió durante un mes en los bosques y los campos. Parece que los primeros días compró pan con algunas monedas que llevaba consigo en el momento del crimen. Luego se alimentó de hierbas, de hojas y de frutos silvestres. Declara haber pasado tres días y tres noches en el bosque de Cingalis antes de su detención. Se había construido un arco y una flecha con los que intentaba matar pájaros, pero no consiguió cazar ninguno. Llevaba el arco consigo en el momento de su detención. Pretende que cometió el crimen por orden del cielo; que Dios Padre se le apareció rodeado de sus ángeles; que resplandecía de luz; que le ordenó hacer lo que hizo y que prometió no abandonarle. No manifiesta la menor emoción, ningún arrepentimiento ante el recuerdo de su crimen. Dice que tenía que ser así. Según dice, había previsto la ejecución del mismo y había afilado el hacha unos días antes, en espera del instante oportuno. Parece creer que será puesto en libertad y podrá volver a los bosques.

Rivière es de estatura media, moreno, de tez cetrina. Baja la mirada de una manera sombría y parece temer mirar a los ojos de quienes le hablan. Siempre contesta con monosílabos. Sus respuestas denuncian fanatismo o locura, de carácter grave. Es un frío iluminado. Dice que leía mucho, concretamente libros religiosos. Citó el catecismo de Montpellier que su cura le prestó, como su lectura principal. Cumplía con todas las obligaciones de la iglesia, nunca jugaba con los chicos de su edad, no tenía ni deseaba tener compañera alguna. En estos momentos come mucho, como una persona que ha sufrido mucha hambre. Su sueño parece tranquilo y su alma sin remordimientos.

Éstas son las observaciones que se pudieron hacer en Falaise sobre este personaje que es un monstruo de nuestros días, si el acto cruel que ha cometido no es la consecuencia de un trastorno mental. Esta mañana fue trasladado a Vire donde la instrucción que le concierne está prácticamente concluida. Probablemente será juzgado en las próximas audiencias de

Calvados. (*Artículo reproducido en su mayor parte en la «Gazette des Tribunaux», 18 de julio de 1835.*)

El sumario

1. *Primer interrogatorio de Pierre Rivière* (9 de julio de 1835)

En el año mil ochocientos treinta y cinco, el nueve de julio, en la Cámara de instrucciones criminales del tribunal de primera instancia del distrito judicial de Vire, ante nosotros Exupère Legrain juez de instrucción del mencionado distrito judicial asistido por Théodore Lebouleux, secretario del tribunal; en Ejecución de la orden de detención decretada el diez de junio de mil ochocientos treinta y cinco contra el llamado Pierre Rivière.

Ha comparecido Rivière y el interrogatorio al que oralmente hemos procedido es el que sigue:

Pregunta. — ¿Cuál es su nombre, apellidos, edad, profesión y residencia?

Respuesta. — Pierre Rivière, de veinte años de edad, agricultor, nacido en la comuna de Courvaudon y domiciliado en la de Aunay.

P. — ¿Por qué razón asesinó a su madre, a su hermana Victoire y a su hermano Jules?

R. — Porque Dios me lo ordenó para justificar Su providencia; estaban unidos.

P. — ¿Qué entiende usted cuando dice que estaban unidos?

R. — Los tres estaban de acuerdo en perseguir a mi padre.

P. — Acaba usted de decirme que Dios le había ordenado los tres crímenes de que se le inculpan, sin embargo usted sabe que Dios nunca ordena matar.

R. — Dios ordenó a Moisés que degollara a los adoradores del becerro de oro, sin exceptuar amigos, ni padre ni hijos.

P. — ¿Quién le enseñó estas cosas?

R. — Las leí en el Deuteronomio: Moisés al dar su bendición a la tribu de Leví dice: vuestra gracia y vuestra plenitud han sido conferidas al santo varón que habéis escogido, que dijo a su padre y a su madre: No os conozco, y a su

hermano: No sé quién sois. Ahí están Señor los que guardaron vuestras leyes y vuestra alianza y que os ofrecerán incienso para calmar vuestra cólera.

P. — ¿De modo que ha leído varias veces la Biblia?

R. — Sí, he leído varias veces el Deuteronomio y Los Números.

P. — ¿Ha sacado de estos libros unas funestas consecuencias, de pasajes que seguramente no comprendió?

R. — Mi padre estaba perseguido; hubieran podido dudar de la providencia de Dios.

P. — ¿Desde cuándo tomó la costumbre de leer la Biblia?

R. — Desde hace mucho tiempo, dos o tres años.

P. — ¿Lee también libros piadosos?

R. — Sí. Leía el *Catecismo de Montpellier*.

P. — ¿Anteriormente había leído obras de otro tipo?

R. — Sí, durante dos horas más o menos había hojeado la obra titulada el *Bon sens du curé Meslier*.

P. — ¿Qué impresión le causó la lectura de este libro y qué vio en él?

R. — Antes no creía en la religión. Dudaba. No fue esta obra la que me alejó de la religión, pero confirmaba mis dudas.

P. — ¿Cuál es la obra a la que se refiere?

R. — Había leído en almanaques y en libros de geografía que la tierra estaba dividida en varias partes y dudaba de que si Adán había sido creado en una de ellas fuera posible en su posteridad poblar las otras.

P. — ¿En qué época concibió el execrable proyecto que llevó a cabo el tres del junio pasado?

R. — Quince días antes.

P. — ¿Por qué y en qué ocasión imaginó el proyecto?

R. — Porque mi padre estaba perseguido y vi a Dios que me lo ordenaba.

P. — ¿Explíqueme lo que vio?

R. — No podía trabajar debido a las persecuciones de que era objeto mi padre. Estaba en el campo cuando Dios se me apareció acompañado de sus ángeles y me dio la orden de justificar su providencia.

P. — Mucho antes de la época de que hablamos, manifestó usted sentimientos de odio hacia su madre,

hacia sus hermanos e incluso hacia su padre.

R. — No podía querer a mi madre por lo que hacía, pero no tenía ningún mal designio contra ella, y además las órdenes de Dios me prohibían hacerle ningún mal.

P. — ¿Y cómo llegó a creer más tarde que existían órdenes totalmente opuestas?

R. — Porque fui especialmente suscitado por Dios como lo fueron los Levitas, aunque existieran los mismos mandamientos.

P. — Usted pretende excusarse de sus crímenes afirmando, cosa absurda y simple, que le fueron ordenados por Dios; confiese que, fustigado por un carácter feroz, quiso bañarse en la sangre de su madre a la que detestaba desde hacía mucho tiempo, que detestaba sobre todo desde el momento en que se decidió a llevar a cabo la separación de su marido.

R. — Se lo repito: Dios me ordenó lo que hice. El señor cura le había dicho a mi padre que rogara a Dios asegurándole que Dios le sacaría del atolladero en que estaba. De no ser así, se habría podido dudar de la existencia de Dios o de su justicia.

P. — ¿Le contó a alguien lo que usted pretende que le pasó en un campo quince días antes de su crimen?

R. — No.

P. — Temiéndose víctima de una imaginación exaltada, ¿por qué no creyó que podía ser conveniente consultar con alguien de mayor autoridad para que opinara sobre sus ideas?

R. — No creí que debía hacerlo.

P. — Sin embargo, parece que se había confesado algún tiempo antes, había comulgado por Pascua, habría sido muy simple consultárselo a su confesor, ¿por qué no lo hizo? Sus tres víctimas vivirían aún si hubiera tomado esta decisión.

R. — No lo hice y no creí que debía hacerlo.

P. — ¿No es cierto que alguna vez manifestó odio hacia su padre?

R. — No, no es cierto.

P. — Se le reprocha haber cometido en su infancia diversos actos de una crueldad fría y premeditada, como por ejemplo haber aplastado unos pajaritos entre dos piedras y perseguir a los amigos con los que jugaba con instrumentos, los que en aquel momento tenía en la mano, amenazándoles de muerte.

R. — No me acuerdo de haberlo hecho; alguna vez maté a algún pájaro con piedras, como hacen los niños para matar a los gallos.

P. — ¿Qué hizo del libro que estaba leyendo cuando le vieron en el pueblo de Flers después de su huida?

R. — No tenía ningún libro. No lo leí.

P. — En este punto niega usted a la justicia, pues le vieron en el pueblo de Flers con un libro en la mano.

R. — Quizás era un viejo almanaque que tenía y que aquí le represento. También tenía unas hojas de papel.

P. — ¿Qué quería hacer con esa especie de arco y la correspondiente flecha que llevaba consigo en el momento en que fue detenido?

R. — Los quería utilizar para matar pájaros.

P. — ¿Y con el azufre que llevaba, qué quería hacer?

R. — Utilizarlo para hacer fuego en los bosques.

P. — ¿Así que quería vivir en los bosques?

R. — Sí.

P. — ¿También tenía dos cuchillos?

R. — Sí, habitualmente tenía dos en casa de mi padre y, de los dos que me cogieron, uno me servía para arrancar las raíces y el otro para rasparlas.

P. — Tiene usted inteligencia suficiente como para saber que no es posible evitar el castigo que la ley inflige a los asesinos y a los parricidas, ¿cómo es que esta idea no le hizo cambiar de proyecto?

R. — Obedecí a Dios, no creo que sea ningún mal justificar su providencia.

P. — Sabía de sobras que había hecho mal porque inmediatamente después de cometer sus crímenes, se dio a la fuga, desapareció por bastante tiempo y escapó a todas las persecuciones e incluso había tomado precauciones para vivir en los bosques.

R. — Sólo me retiré a los bosques para vivir en soledad.

P. — ¿Por qué no se retiró a los bosques, si esa era su intención, antes de asesinar a su familia?

R. — No tenía esa intención antes de mi acción; por mi acción me consagré a Dios y fue entonces cuando quise vivir en soledad.

P. — Hasta ahora no ha querido doblegarse a la justicia, no ha hecho honor a la verdad, parece que ayer estaba mejor dispuesto, díganos con franqueza hoy qué razón pudo llevarlo a asesinar a su madre, a su hermana y a su hermano.

R. — Hasta ahora mantuve un sistema y un papel que no quiero aguantar por más tiempo. Diré la verdad, es para sacar a mi padre de apuros, que hice lo que hice. Quise liberarlo de una mala mujer que le hacía la vida imposible continuamente desde que era su esposa, que lo arruinaba, que le llevaba a una tal desesperación, que a veces se había sentido tentado a suicidarse. Maté a mi hermana Victoire porque se puso del lado de mi madre. Maté a mi hermano porque quería a mi madre y a mi hermana.

Aquí el inculpado desarrolla con orden y método un relato muy detallado y que dura más de dos horas. La historia de las innumerables humillaciones que según él su padre sufrió por parte de su mujer. Rivière promete relatarnos por escrito lo que nos declaró a viva voz.

2. Declaraciones de los testigos

15 de julio de 1835.

Michel Harson, 57 años, propietario, alcalde de la comuna de Aunay:

Conocía muy poco a Pierre Rivière antes de su crimen, hacía casi dos años que no le había visto o quizás le vi sin fijarme en él; a menudo oí hablar de ese muchacho como de un exaltado, obstinado, que la autoridad de su padre y de su familia no lograban hacerlo cambiar de idea, cuando se empeñaba en algo. Este muchacho no tenía amigos, y según el decir de las gentes, sólo fue tres veces al cabaret durante su vida.

No tengo un conocimiento personal relativo a las querellas que pudieron existir entre el padre del inculpado y su madre, pero oí decir, desde siempre, que eran un mal matrimonio. En el momento del crimen, estaban separados. Rivière padre tiene muy buen carácter, y los testigos de sus numerosas querellas con su mujer, acusan a esta última.

No oí hablar ni antes del crimen, ni después, de que se le reprocharan al inculpado una serie de hechos que ponían de manifiesto una cierta tendencia a la crueldad.

Sabía que no vivía con su madre, pero sí con su padre; sin embargo, no tenía la menor idea de que hubiera tomado partido en las peleas entre sus padres; nunca me dijeron que odiaba a su madre. Debo hacerles notar que vivo en el pueblo de Aunay, mientras que la familia Rivière vive en una aldea situada a un cuarto de legua de allí, esta circunstancia hace que no tenga más información que la que acabo de darles.

Zéphyr Théodore Morin, 31 años, doctor en medicina:

Nunca había oído hablar de Rivière antes de su crimen; al verle hoy en la cárcel, no recuerdo haberlo visto anteriormente; desde su crimen he oído decir por la gente y por su propio padre que tiene un carácter obstinado, y que cuando se había determinado a hacer algo, nada podía hacerle cambiar de

idea, ni tan sólo el respeto que por su padre sentía. Dicen que el inculpado vivía siempre en soledad, si tener la menor relación con los chicos de su edad.

No tengo el menor conocimiento personal de las disputas que pudieran tener sus padres, pero todo el mundo sabe que vivían muy mal, y la opinión pública siempre ha hecho responsable de esta situación a la mujer.

Un tal Hamel de Beauquay me ha dicho que, unos días antes del crimen, había oído al inculpado hablar en un extraño lenguaje, lo que le hizo creer, o que estaba loco, o que intentaba hacerse pasar por loco, con la idea de escaparse del servicio militar.

No puedo darles más información; probablemente la justicia podrá obtenerla de los vecinos de la familia Rivière, en el pueblo de la Faucterie.

Jean-Louis Suriray, 43 años, cura de la comuna de Aunay:

El inculpado siempre me pareció de buen carácter, pasaba por el tonto del pueblo, e incluso en toda la parroquia, pero habiendo hablado algunas veces con él, yo no era de esta opinión. Al contrario, siempre le reconocí una aptitud por las ciencias, y una memoria extraordinaria; pero me parecía que tenía como un *sesgo en la imaginación*.

He oído decir por las gentes que había llegado a perseguir a un niño con una guadaña, un niño que jugaba en el patio; pero también decían que no pasaba de ser una broma. Nadie se hubiera acordado de esto si no fuera por los crímenes que ha cometido. Parece que varios de los vecinos del inculpado le han visto hacer, en épocas distintas, actos que ponían de manifiesto una cierta alienación mental. Puedo señalarles como testigos, a los señores Gabriel-Pierre Retout, exalcalde de Aunay, Nicolas Rivière, Charles Grelley, Lami Binet, la mujer de Louis Hébert, la viuda Quesnel y a Pierre Fortin.

16 de julio de 1835.

Gabriel-Pierre Retout, 63 años, propietario y agricultor:

Conozco muy poco al inculpado y sobre su carácter y antecedentes no puedo darles información útil. Únicamente me acuerdo que hace unos seis o siete años, mientras descansaba en un campo, al borde de un camino, oí por el camino, como dos voces de hombre en disputa y que se decían: eres un pillo, voy a degollarte y cosas parecidas; yo me asusté

y me incorporé para mirar por un agujero que había en la valla del campo. Vi a Pierre Rivière que, completamente solo, andaba por el camino haciendo

los ruidos que he explicado. ¿Qué diablo haces? le pregunté; el inculpado interrumpió su diálogo, me miró y prosiguió sin contestarme. Cuando estuvo algo más lejos de mí, volvió a empezar sus historias, pero con voz más queda.

Pierre Fortin, 50 años, carpintero:

Conocí a Rivière; de niño tenía una gran facilidad para aprender a leer y a escribir. Desde la edad de diez o doce años, dejó de ser el mismo, como si se hubiera vuelto idiota; era muy obstinado y no contestaba cuando le llamaban; iba solo a la iglesia, y solo volvía y siempre parecía avergonzado y casi no hablaba con nadie, siempre cabizbajo, con la mirada clavada en el suelo; a veces empezaba a renegar de su caballo, sin motivos aparentes; su padre me parece que se sentía apenado por su carácter, decía que jamás podría hacer nada de él.

No tengo conocimiento de que el inculpado, antes de sus crímenes, mostrara indicios de crueldad.

Uno de mis chicos (mi hija) me ha dicho que hace unos tres años, vio a Pierre Rivière en nuestro granero, hablando en voz alta y haciendo unas extrañas contorsiones; concretamente, le vio besar la tierra y gesticular desaforadamente con los brazos; cuando el inculpado se dio cuenta de que era observado, se escapó, y seguramente para no pasar por la casa, bajó por la parte de atrás y luego saltó una valla.

Rivière padre es el más encantador de los hombres; en las peleas entre él y su mujer, ésta era la culpable de todo.

Nunca había oído decir antes del 3 de junio que Rivière odiaba a su madre. Sin embargo, su padre me había dicho un día que el inculpado era más malo que él, en el trato con su mujer, y que, si él tuviera el carácter de Pierre, su hijo, Victoire Brion no estaría tan tranquila.

Es todo lo que puedo decirles.

Pierre, llamado Lami Binet, 59 años, jornalero:

Trabajé mucho tiempo para el padre Rivière (hace unos cinco años); Rivière padre acarreaba las piedras que yo sacaba de una cantera; su hijo le ayudaba a meterlas en el carro; cuando el padre consideraba que el carro estaba demasiado cargado, le decía a su hijo, no pongas más piedras; el inculpado proseguía como si nada le hubieran dicho, el padre insistía, era inútil; se veía obligado a subir al carro y sacar las piedras que estaban de más; pero apenas se había alejado uno pasos de la carreta, ocupándose de los caballos, por ejemplo, Rivière hijo volvía a poner en el carro las piedras que

su padre había quitado. El padre se quejaba mucho de aquella obstinación, y decía que se sentía muy desgraciado de tener a un hijo como aquél.

Más o menos en la misma época, un día, en mi presencia, habiéndole ordenado el padre del inculpado que llevara a abrevar su caballo, el inculpado lanzó el caballo al galope campo a través, hasta que el padre, corriendo tras él, pudo atraparlo. Media hora después, y a pesar del sermón que le habían hecho sus padres, tomó de nuevo el caballo que su padre utilizaba para trabajar en aquel momento, y volvió a escaparse; el padre Rivière me dijo que, poco tiempo antes, mientras estaba en el campo con su hijo, éste le dijo que iba a hacer como los animales con cuernos, que iba a embestir; y añadió que, en efecto, el inculpado se puso a correr por el campo hasta que le perdió de vista y, después de buscarlo, lo encontró en su cuadra, totalmente desnudo; su padre le preguntó que por qué había hecho aquello y él le contestó que se había quitado la camisa porque estaba mojada.

No puedo decirles nada más.

La señora Marguerite Colleville, esposa del señor Louis Hébert, llamado Lavolette, 58 años, agricultora:

Soy vecina de la familia Rivière y he visto hacer al inculpado varias extravagancias y cosas ridículas: un día le vi cortando con un palo cabezas de bretones^[4] que estaban en el jardín de su padre; mientras hacía esto gritaba estas palabras: *derecha, izquierda, izquierda, derecha*; varias veces repitió la comedia.

A menudo Pierre Rivière salía por la noche y pasaba por delante de nuestra casa gritando muy fuerte y en un tono lamentable, ¡ah, ah! Cuando le preguntábamos por qué gritaba de aquel modo, contestaba con un tono de voz lleno de pavor, ¡euh, euh! ¡el diablo! ¡el diablo! y luego se echaba a reír.

Hace tres o cuatro meses, el inculpado, ayudado por su abuela, trajinaba estiércol; en vez de colocarlo al pie de otro montón de estiércol, tal como su padre le había indicado, intentó colocar arriba del montón el cesto cargado; el montón tenía unos tres pies de altura y además estaba al borde de un hoyo. «Dije que subiría —contestó él— y tiene que subir; vas a subir —le decía a su caballo— porque dije que lo harías.» Y de este modo empujó al caballo con violencia, consiguiendo que subiera; el caballo quedó en el suelo, creo que estaba herido; mi marido y el padre de Rivière corrieron y sacaron al caballo que había quedado en una postura muy peligrosa; el padre riñó mucho a su hijo, que no abrió la boca.

Hace unos dos años, un día que me senté al lado del inculpado, para hablar con su abuela, que me había preguntado algo, Rivière retrocedió precipitadamente, como aterrorizado. Su abuela le dijo: «¿Qué te pasa? ¡Eh! —le contestó él—. ¡el diablo, el diablo!». Le preguntamos que qué quería decir y contestó que el diablo estaba en la chimenea. Parece que Rivière se había comportado del mismo modo ante otras mujeres, de las que se apartaba horrorizado.

El inculpado siempre fue amante de la soledad, y a menudo se retiraba a lugares en los que no le podíamos ver y no contestaba a nuestras voces hasta después de haberle llamado muchas veces. Una noche su padre le llevaba buscando mucho rato sin saber dónde podría estar escondido; al fin lo encontró escondido en el granero. Debo hacerles observar que el padre, muy paciente y de un carácter bonachón, no le pegaba jamás.

Hará unos dos años, el inculpado, mientras sus padres estaban ausentes, se encontró solo en casa con la señora Quesnel; una mañana encontraron muerto a un arrendajo que pertenecía a su hermano Prosper y por el que éste, que por aquel entonces estaba enfermo, sentía un gran cariño. Quesnel acusó a Pierre Rivière de la muerte del arrendajo, aunque él lo negó. Pierre Rivière luego de reunir a varios niños del pueblo simuló una inhumación y fue a enterrar el arrendajo a unos metros de la casa; en la fosa puso una especie de lápida que decía así: «Aquí reposan los huesos del arrendajo Charlo, que pertenecía a Prosper Rivière»; había otras palabras que ahora no recuerdo; el inculpado tenía entonces 18 años.

No puedo darles más información, añadiré solamente que el inculpado pasaba por un imbécil en la comuna.

Geneviève Rivière, viuda de Jean Quesnel, 36 años, sus labores:

Rivière tenía la costumbre de retirarse a lugares apartados, huía de la gente hasta el punto que para *ir y volver de la iglesia, no iba por el camino normal*; hablaba solo con la cabeza erguida, como si se dirigiese a los árboles; a veces prorrumpía en gritos espantosos. Cuando le preguntaban qué hacía, contestaba o que hablaba con los duendes o con el diablo. Muchas veces, estando alrededor del hogar, me llamaba diciéndome: acérquese a ver, acérquese, y cuando yo me acercaba, me decía: vea al diablo que está ahí. Otras veces decía: mire, ahí está Mourelle que hechina (Mourelle era una vieja yegua que había pertenecido a su padre y de la que hablaba muchas veces). Sus padres intentaban esconder todo lo posible esas extrañezas; parecía tener miedo de los gatos y de las gallinas, y sobre todo de las mujeres;

a veces, cuando me acercaba a él, se apartaba de mí como aterrizado; cuando le preguntaba el porqué de su actitud respondía con una carcajada. Era la contestación que tenía para todas las preguntas, o reproches, acerca de sus extravagancias.

Quince días antes del crimen. Rivière, al pasar por delante de nuestra puerta, me llama: ¿Qué quieres? le digo yo, «voy a ver al diablo» —me contestó; y al mismo tiempo soltó una enorme carcajada, y prosiguió su camino hacia un bosquecillo que pertenecía a su padre.

Hace dos años, vigilaba yo la casa de los Rivière, durante la ausencia de sus padres; su hermano Prosper me había recomendado fervorosamente un arrendajo al que tenía un gran afecto. Le dije a Pierre que le diera de comer, lo que hizo delante de mí; el arrendajo estaba perfectamente y a la mañana siguiente, a las cinco, lo encontré muerto en su jaula. Yo acusé a Pierre de su muerte, me contestó que no era cierto, pero lo decía riéndose; el tono que empleaba y su comportamiento me persuadieron de que yo estaba en lo cierto. Por la tarde reunió a unos cuantos chiquillos, hizo una cruz de madera, y enterró el arrendajo después de simular una serie de ceremonias de inhumación.

Durante más de dos años, Rivière trabajó en su granero, con un cuchillo y otros útiles que se procuraba en casa de los vecinos, diversos pedazos de madera que nadie sabía para qué los quería; sin embargo, mis hijos me dijeron que aquellas maderas se parecían un poco a un fusil; Rivière llamaba *Calibine* a este instrumento. Un día, seguido de los niños del pueblo, la fue a enterrar en un prado. Dos o tres meses más tarde, seguido también de los niños, la fue a desenterrar: esta escena ocurrió hace dos años más o menos.

Victor Marie, 26 años, empleado del señor Charles Grelly:

Hará alrededor de dos años vi a Pierre Rivière amenazar con una hoz que blandía en la mano a uno de sus hermanos, muerto hace ocho o nueve meses; el niño lloraba y gritaba: ¿Qué está haciendo?, le dije a Pierre. Pierre dejó de amenazar a su hermano; pero sin contestarme; el niño me dijo: Pierre me dijo que quería cortarme las piernas.

El inculpado se divertía, a menudo, aterrizando a los niños. Un día, hará un año más o menos, cogió al hijo de Charles Grelley, en casa del cual estoy empleado, y se lo llevó a la artesa donde comía su caballo, diciéndole al niño que quería que el caballo se lo comiese; el niño volvió a casa llorando, y luego contó lo que había ocurrido: el niño estaba tan aterrizado que durante mucho tiempo no se atrevió a pasar por delante de la puerta de Rivière.

He oído decir que el inculpado cometió varias veces actos de crueldad con pájaros y ranas, despellejando a éstas y clavando a los pájaros vivos en los árboles.

Michel Nativel, 38 años de edad, cordelero:

Hará cinco o seis años, habiendo entrado en casa de Rivière, me encontré a Prosper Rivière, que entonces tendría unos seis o siete años, sentado en una silla ante el fuego, con los pies atados en las trébedes y bajo éstas, las llamas que iban en aumento y pronto le quemarían; el niño que ya empezaba a notar el calorillo, lloraba; la tía de su padre, que estaba de espaldas al fuego, era tan sorda que no le oía; Pierre Rivière daba vueltas a la habitación riéndose a carcajadas, pero con una risa especial, la risa de los imbéciles. Yo corrí para desatar o cortar la cuerda que apresaba los pies del niño a las trébedes, cuando ya el fuego había chamuscado sus medias y me di cuenta de que, de no ser por mi intervención, el niño se habría quemado las piernas. Reñí vivamente a Pierre (ya que el niño me había dicho que era Pierre quien le había atado) por lo que había hecho, pero éste no me contestó y siguió riendo de aquella extraña manera.

Muchas veces le vi reír interminablemente, pero con una risa imbécil, durante más de un cuarto de hora.

Tenía la costumbre de aterrorizar a los niños y yo temía que les hiciera daño; cuando me ausentaba, siempre recomendaba que no los dejaran cerca de él; muchas veces le había visto llevarse a niños al borde del pozo y meterles miedo diciéndoles, te voy a empujar adentro o te voy a echar adentro.

A Rivière no le gustaban los gatos y un día mató uno que me pertenecía, utilizando para ello un gancho para el estiércol; no sé lo que hizo luego del cadáver, pero oí decir a sus hermanos y hermanas que se divertía atormentando a los animales y que cuando había matado uno se echaba a reír ante el cadáver como un imbécil. Me contaron que había crucificado ranas y pajaritos recién nacidos y que luego se quedaba delante de los pobres animalitos, mirándolos y riéndose.

Pierre Armand Quevillon, 24 años, campesino:

Varias veces vi reír a Pierre Rivière sin motivos, le vi revolcarse por el suelo y cuando le preguntaban por qué lo hacía, se echaba a reír por toda respuesta; no hace mucho que conozco a Rivière. No puedo decirles nada más.

Louis Hamel, 58 años, mecánico:

Tuve ocasión de ver al inculpado, hace alrededor de tres semanas; me pareció que en su mirada había algo extraordinario, algo que acusaba *locura*; se negó a sentarse a la mesa con nosotros, aunque aquel día, nos tuvo que ayudar con su caballo. Había que atar una cuerda en lo alto de un árbol que había que derribar y yo dije, riéndome, al inculpado, tú vas a subir a atar la cuerda, Pierre; ni por un momento se me había acudido que fuera capaz de hacerlo, teniendo en cuenta, además, que llovía y que el obrero que había subido a atar la cuerda a otros árboles se hubiera negado a subir a éste, en aquel momento. Rivière subió con agilidad hasta la punta del haya que tenía más de treinta pies de alto y que prácticamente no tenía ramas; había subido mucho más alto del punto donde había que atar la cuerda, bajó del árbol muy deprisa saltando desde doce pies de altura. Lo que hizo esa vez me confirmó que estaba loco.

Por la tarde mientras conducía la carreta, observé que maltrataba brutalmente a sus caballos sin ningún motivo; cuando llegó a lo alto de la loma de Roncamps, me di cuenta de que el árbol que llevaba Rivière en la carreta se había deslizado hacia el lado de los caballos, y que si el carro bajaba la cuesta de este modo (que es muy fuerte) podría matar o herir a los caballos. Le dije que se detuviera; en vez de obedecerme quería hacer seguir a sus animales e insistía hasta tal punto que tuve que echarme encima suyo para obligarle a detenerlos; a todos mis reproches me contestaba riéndose, cabizbajo y con el aspecto de un loco. Mi hijo me ha contado que, cuando iba a clase con Rivière, le vio crucificar ranas y pajaritos ante los que se ponía a reír hasta que morían; a estos efectos llevaba siempre consigo clavos y agujas.

17 de julio de 1835.

Charles Grelley, 49 años, comerciante:

Sólo podré darles una breve información sobre el carácter y los antecedentes de Rivière, pues mi domicilio está bastante lejos de la casa de la familia. Les diré solamente que en general se le tenía por loco y que cuando se hablaba de él se le llamaba casi siempre el imbécil de Rivière. Una vez, tendría entonces diez o doce años, vi cómo rasgaba su pañuelo en un espino, hacía como si rastrillara. Oí decir (pero personalmente nunca pude comprobarlo) que Rivière se había mostrado a menudo cruel con los

animales, que disfrutaba martirizando a las ranas, y a los ratones que encontraba en los prados.

3. Segundo interrogatorio de Pierre Rivière (18 de julio de 1835)

Nos, Exupère Legrain, el juez de instrucción abajo firmante, asistido por el señor Bidaux, secretario judicial.

Mandamos llamar de nuevo al llamado Rivière que interrogamos de este modo:

P. — El manuscrito que me ha entregado y de la composición del cual se ocupa usted desde el día de su interrogatorio del nueve de este mes, ¿sólo contiene cosas ciertas?

R. — Sí.

P. — Hay ciertos hechos que no menciona en sus memorias; por ejemplo: no cuenta usted que un día ató a los trébedes, cuando el hogar estaba ardiendo, las piernas de su hermano Prosper cuyas medias fueron chamuscadas y que probablemente hubiera sufrido graves quemaduras de no ser por la irrupción de un vecino que cortó la cuerda que ataba sus pies a las trébedes.

R. — Este hecho ha sido exagerado: mi hermano no sufrió el menor daño y no corrió ningún peligro; es posible que quisiera meterle miedo, pero no pasaba de aquí. Tengo que hacerles observar que yo tenía la costumbre de calentarme de este modo, pasando mis pies por una cuerda que ataba a las trébedes; mi hermano menor había querido hacer lo mismo y yo le había ayudado.

P. — ¿Parece que desde siempre disfrutaba como si de un juego se tratase aterrorizando a los niños?

R. — Sí, es cierto, pero no tenía intención de hacerles daño.

P. — Esto le ocurría muchas veces, lo cual nos deja suponer que encontraba un cierto placer al verlos aterrorizados y oír sus gritos.

R. — Me divertía; pero repito que no entraba en mis deseos hacerles daño alguno.

P. — La información ha probado en contra suya ciertos actos que denotan en su carácter un instinto de ferocidad. Tal como usted mismo confiesa en su manuscrito, crucificó a menudo ranas y pajarillos, ¿qué le llevaba a hacer esto?

R. — Me gustaba.

P. — Encontraba un gran placer en ello, pues es un hecho que casi siempre llevaba clavos y agujas en sus bolsillos a fin de otorgarse, cada vez que se presentaba la ocasión, un placer del que estaba ávido. ¿Dicen incluso que se pasaba horas enteras contemplando las víctimas de su crueldad y espiaba, riéndose, su dolor?

R. — Es cierto que esto me divertía; es posible que riera, aunque con todo no sentía un placer tan grande.

P. — ¿No es cierto que un día amenazó a su hermano con cortarle las piernas con una hoz que tenía en la mano? ¿Era su hermano Jean, el que murió?

R. — Nunca pensé hacerle daño; ya no me acuerdo de la circunstancia de que me habla, pero si es cierta, no pasaba de ser una broma.

P. — ¿Parece ser que tiene usted terror de los gatos y de las gallinas?

R. — Sí, siempre detesté a los gatos y a las gallinas y en general a todos los animales y ello obedece al odio que siento por los crímenes bestiales.

P. — Siempre fue de un carácter muy obstinado; ¿por qué, unas semanas antes de su crimen, se empeñó usted, a pesar de todas las recomendaciones en contra, en hacer subir su caballo cargado sobre un montón de estiércol, sin la menor necesidad y siendo evidente que podía matar o herir al caballo?

R. — Estaba persuadido de que era posible subir la carga encima del montón de estiércol y que de este modo el trabajo iría más deprisa.

P. — Más o menos por la misma época, acarreando troncos de árbol, al llegar a lo alto de una loma, éstos se habían deslizado hasta tal punto que amenazaban con aplastar al caballo, ¿no es cierto que insistió usted en hacerlo avanzar a pesar de que el señor Hamel, que se daba cuenta del inminente peligro que amenazaba a su caballo, le había prevenido?

R. — Este hecho no es cierto: yo detuve el carro cuando me di cuenta de que la carga se había torcido.

P. — Hará más o menos dos años, parece que tuvo la crueldad de matar un arrendajo perteneciente a su hermano Prosper y por el que el pobre niño, entonces enfermo, sentía un gran afecto.

R. — Yo no intervine en la muerte del arrendajo; yo le di de comer, el pájaro todavía no comía solo.

P. — Entonces tendría usted por lo menos dieciocho años; ¿por qué, a esta edad, hizo un acto propio de un niño: acompañado de los niños del pueblo, fue a enterrar el arrendajo simulando una inhumación y al final de la cual escribió incluso un epitafio?

R. — La realidad es que esto me divertía.

P. — ¿Quiere decirme qué puso en el epitafio?

R. — Decía lo siguiente:

»Aquí reposa el cuerpo del arrendajo Chariot de Prosper, originario de la parte baja del gran Yos, fallecido el...»

»Y al otro lado del papel puse:

»Entre los vivos, antes estuvo.

»De los cuidados de un ser humano fue objeto.

»La esperanza decía que un día de su lenguaje,

»Todos los pueblos pasmados le harían gran homenaje

»¡Y murió!...»

P. — ¿No es cierto que un día le dijo a su padre que quería hacer como los animales con cuernos,

R. — Sí, señor, hacía mucho calor, le dije esto a mi padre y me escapé a casa para echar un trago; era una broma.

P. — Pero dicen que su padre, aquel día, después de buscarle inútilmente, le encontró completamente desnudo en la cuadra.

R. — Eso fue otro día; mis vestidos estaban totalmente empapados a resultas de una tempestad y como todavía no estaba abierta la puerta de casa, porque mis padres no habían llegado, me desnudé en la cuadra.

P. — ¿Por qué los dio el nombre de Calibine a un instrumento del que habla en su manuscrito, instrumento que usted destinaba a matar pájaros?

R. — Me inventé esta palabra; quería encontrar un nombre que no pudiera designar ningún otro objeto.

P. — ¿Por qué, seguido de los niños del pueblo, fue a enterrar este instrumento?

R. — Cuando lo enterré, estaba solo; cuando fui a desenterrarlo, les comuniqué a los niños lo que iba a hacer y me siguieron.

P. — ¿Pero por qué lo enterró?

R. — Me costó mucho trabajo hacerlo y no quería destruirlo y, para conservarlo, lo metí bajo tierra.

P. — ¿Reconoce la hoz que le estoy enseñando?

R. — Sí, señor, es el instrumento de mi crimen.

P. — ¿Cómo es posible, infeliz, que la vista de este instrumento no le haga derramar ni una lágrima?

R. — Estoy resignado a la muerte.

P. — ¿Se arrepiente al menos de haber cometido esos crímenes espantosos que usted mismo confiesa, de haberse bañado en la sangre de una parte de su

familia? ¿Tiene verdaderos remordimientos?

R. — Sí, señor, una hora después de mi crimen mi conciencia me decía que había hecho mal y que no tenía que volver a hacerlo.

Hecha la lectura del presente interrogatorio al llamado Rivière, afirmó que sus respuestas contienen la verdad, y firmó junto con nosotros y el secretario, a todo lo preguntado.

4. Acto de remisión ante la cámara de acusación

El fiscal del tribunal civil de Vire, hecha la lectura del procedimiento criminal instruido contra Pierre Rivière expone lo que sigue:

El tres de junio pasado fue cometido un enorme crimen en la comuna de Aunay. La justicia se personó inmediatamente en el lugar de la tragedia y constató que Anne Victoire Brion, esposa del señor Rivière, campesino del pueblo de la Faucterie, de la comuna de Aunay, Jules Rivière, su hijo, y Victoire Rivière, su hija, habían sido asesinados en pleno día en su casa con un instrumento agudo y cortante. Todas las partes del cuerpo de las tres víctimas estaban surcadas en diversos sentidos por heridas largas y profundas; los golpes que recibió la infortunada mujer de Rivière habían sido tan violentos, que sus huesos y músculos formaban una papilla. Los médicos procedieron a la autopsia de su cadáver, y reconocieron un feto femenino que estaba en su mes seis o seis y medio de gestación.

El autor de este crimen fue pronto conocido, pues la llamada Marie Rivière, cuya casa está al lado de la de Anne Brion, la mujer de Rivière, había visto al asesino agarrando por los pelos a Victoire Rivière, su hermana y golpeándola varias veces en la cabeza con una hoz hasta que cayó muerta a sus pies. La mujer exclamó: ¡desgraciado, qué vas a hacer!, pero su voz fue impotente para impedir el crimen, pues había sido consumado en menos de un minuto.

En el mismo instante, dos vecinos llamados Jean Postel y Victoire Aimée Lerat, esposa de Jean André, vieron a Pierre Rivière que salía de la casa por la puerta cristalera que da al camino vecinal; llevaba en la mano una hoz ensangrentada y les dijo: «Acabo de liberar a mi padre de todas sus desgracias. Sé que me matarán, pero no me importa».

La gendarmería se puso inmediatamente a la búsqueda del asesino, pero no pudo capturarlo. Hasta el dos del julio pasado no fue detenido, en el

distrito judicial de Falaise, por el brigadier de la Gendarmería de Langannerie.

Interrogado por el juez de instrucción de Vire sobre el motivo que le llevó a asesinar a su madre, a su hermano y a su hermana, Pierre Rivière contestó: «que Dios se le había aparecido rodeado de ángeles y que le había ordenado Justificar su providencia». Pero acorralado por las preguntas Rivière abandonó este sistema y declaró que había querido:

«liberar a su padre de una mala mujer que lo llevaba a tales estados de desesperación que más de una vez estuvo tentado a suicidarse. Añadió que si había matado a su hermana Victoire fue porque estaba de parte de su madre, y dio como motivo de la muerte de su hermano, el amor que sentía por su madre y su hermana. Luego escribió con orden y método un relato detallado de las innumerables vejaciones que, según él, sufrió su padre por parte de su mujer desde los primeros días de su matrimonio.»

En un segundo interrogatorio, Pierre Rivière persistió en este último sistema que desarrolló ampliamente en una memoria que se convierte en pieza de convicción.

Se le presentó a Pierre Rivière el instrumento de su crimen, pero lo reconoció sin derramar una sola lágrima. Dice que se resigna a morir.

La información buscó cuidadosamente los antecedentes de Rivière y resulta que, desde su más tierna infancia tuvo los más crueles instintos. Disfrutaba aterrizando a los niños y torturando a los animales. Llevaba normalmente clavos y agujas en sus bolsillos destinados a clavar en los árboles a los animales que torturaba, y por último confiesa que se había inventado un instrumento de tortura para matar pájaros.

La educación no pudo enderezar los malos instintos de Rivière, porque no recibió ninguna; únicamente aprendió a leer y a escribir, y nadie se cuidó de darle una buena orientación a su espíritu. Dotado de una memoria extraordinaria, parece que sacó de sus lecturas ejemplos que justificaban su acción y se manifiesta como un ser superior ante los ojos de los hombres. Su inteligencia llegó a un tal estado de depravación que escogió el crimen como sistema, y se construyó una lógica para el uso del mismo.

Rivière no es un monomaniaco religioso, que es como quiso presentarse en un principio; tampoco es un idiota, tal como parecían suponerlo algunos testigos; de modo que la Justicia sólo puede ver en él a un ser cruel que se dejó guiar por los impulsos del mal, porque, como todos los grandes criminales, no quiso escuchar el grito de su conciencia, y no combatió con decisión las inclinaciones de su mala naturaleza.

En consecuencia el Fiscal del Rey pide al tribunal reunido en la cámara del consejo que, ateniéndose a los artículos 133 y 134 del Código de Instrucción criminal, el 96 y 299 del Código penal, decrete una orden de captura contra el llamado Pierre Rivière por ser fundadamente sospechoso de haber asesinado, el tres de junio del corriente, 1.º a Anne Brion, señora Rivière, su madre, 2.º a Jules Rivière, su hermano, y 3.º a Victoire Rivière, su hermana, y ordene que las piezas del procedimiento sean transmitidas al Fiscal general de la Real audiencia de Caen.

Ministerio Fiscal, 20 de julio de 1835
El Fiscal del Rey.

5. Sentencia de la cámara de acusación

La Real audiencia de Caen, cámara de acusación, ha dictado la siguiente sentencia:

Según el informe realizado por el Fiscal general del mencionado Tribunal del procedimiento instruido contra Pierre Rivière, de veinte años de edad, campesino, residente en Aunay, por el juez de instrucción del tribunal de primera instancia del distrito judicial de Vire, en ocasión de homicidio con premeditación.

Vistas por el Tribunal todas las piezas del proceso, cuya lectura ha sido realizada por el secretario y luego depositadas en la mesa del juzgado junto con una memoria redactada por el acusado.

Habiéndose retirado el fiscal general y el secretario

Visto al mismo tiempo el requerimiento civil y firmado por el procurador general, en este caso por el señor Lustigue como sustituto, que se añade a las piezas del proceso,

después de haber deliberado,

Considerando que hay cargos suficientes para acusar a Pierre Rivière, *primo* de haber cometido voluntariamente, el día tres de junio de mil ochocientos treinta y cinco, en la comuna de Aunay, un homicidio en la persona de Victoire Brion, señora de Rivière, su madre

de haber cometido el mencionado homicidio con premeditación

secundo de haber en el mencionado día y lugar matado voluntariamente a Jules Rivière, su hermano y a Victoire Rivière, su hermana,

de haber cometido dichos homicidios con premeditación

y los hechos siendo calificados como crímenes por los artículos doscientos noventa y cinco, doscientos noventa y seis, doscientos noventa y siete y doscientos noventa y nueve del Código penal, de la competencia de los tribunales,

haciendo justicia a la requisición del fiscal general,

el Tribunal ordena que se siga el procedimiento contra el llamado Rivière, la remisión al Tribunal del departamento de Calvados, que celebrará la sesión en Caen, a efectos de lo cual será redactada acta de acusación por el fiscal general

ordena que todas las piezas y procedimientos serán enviados a la escribanía de la real audiencia de Caen y que la orden de captura decretada contra el llamado Pierre Rivière por la Sala del Consejo del tribunal civil del distrito de Vire será ejecutada según su fórmula y términos

sigue a tenor de la mencionada orden

«El veinte de julio de mil ochocientos treinta y cinco el tribunal de primera instancia del distrito judicial de Vire ha transmitido a la Sala del Consejo la orden siguiente:

escuchado el informe del juez de instrucción del proceso prosiguiendo la demanda del fiscal, contra Pierre Rivière inculcado de los crímenes que se exponen

El tres de junio pasado, una serie de crímenes monstruosos llenaron de pavor y desolación la comuna de Aunay. Un hijo había matado a su madre encinta de varios meses. Un hermano había asesinado a su hermano y a su hermana. El culpable había sido visto, en el umbral de la puerta del domicilio habitado por sus víctimas, acabando con su infortunada hermana que intentaba huir y gritaba desesperadamente; un poco más lejos, blandiendo aún la hoz ensangrentada que acababa de utilizar para degollar a tres miembros de su familia, dijo al pasar cerca de uno de sus vecinos: he liberado a mi padre de todos sus problemas. Sé que moriré, pero le ofrezco el sacrificio de mi vida.

Este asesino, este parricida, era Pierre Rivière, de veinte años de edad y que ante los ojos de todos los que le conocían pasaba por un idiota. En general le llamaban, *el imbécil de Rivière, el loco de Rivière*. Se cuenta de él muchas cosas, que según sus vecinos y amigos de su familia, denotaba una total falta de inteligencia e, incluso, una alienación mental caracterizada.

Sea lo que fuere de esta opinión, que el inculcado desmintió sobradamente mediante las numerosas pruebas de inteligencia y sagacidad que ha dado desde su detención, Rivière, quien, según parece, había determinado entregarse, y que había venido varias veces a Vire mientras que

las brigadas de la gendarmería del distrito llevaban a cabo una activísima búsqueda para capturarlo; Rivière que, según él, se acercaba a los gendarmes cuando los encontraba en su camino, no fue detenido hasta el dos de julio, después de veintinueve días sin asilo, sin pan, alimentándose de raíces y mariscos, pasando por los caminos frecuentados y cobijándose por la noche en los campos y los bosques, había recorrido, sin esconderse, y sin ser molestado, la mayoría de los distritos que forman parte del departamento de Calvados, Rivière, llegado el siete de julio a la cárcel de Vire, fue interrogado el nueve. Primero adopta el sistema de defensa que, mantenido hasta el fin y ayudado por la reputación de idiotismo e imbecilidad que le habían valido entre los habitantes de Aunay algunas acciones extraordinarias, pero mal entendidas, probablemente le hubiera absuelto por considerársele loco. Pretendía que había recibido directamente de Dios y a efectos de justificar su providencia la orden de matar a su madre, a su hermano y a su hermana. Se le objetó que nunca Dios ordena matar, él contestó con citas de la Biblia, perfectamente adaptadas a la posición que quería crearse; perseveró tres horas con este sistema de defensa que desarrolló con una lógica sorprendente en un joven campesino que no había recibido educación alguna o que, al menos, sólo sabía leer y escribir. Sin embargo al final, acorralado por las preguntas, confesó que hasta el momento se había querido imponer a la Justicia con la idea de que le creyeran atrasado mental. Añadió que había matado a su madre porque atormentaba continuamente a su padre, porque le destrozaba y le llevaba a la desesperación, a su hermana porque se había puesto del lado de su madre, a su hermano porque quería a su madre y a su hermana. Más tarde declaró que había asesinado a su hermano porque quería hacerse odioso a los ojos de su padre y de este modo evitarle cualquier posibilidad de sentir su pérdida.

En el curso de su interrogatorio, cuando renunció a pretender que había sido empujado al crimen por inspiración divina, Rivière pidió permiso para exponer y expuso con un orden y un método inusitados las innumerables peleas que según él, había tenido lugar entre su padre y su madre, mala, viciosa, generalmente odiada, mientras que aquél era un hombre dulce, tranquilo, querido y considerado por todo el mundo.

En un segundo interrogatorio, el diecinueve de julio, Rivière persistió en sus últimas confesiones y al día siguiente, el veinte, remitió al juez de instrucción para que añadiera al procedimiento un escrito de unas cincuenta páginas en el que había trabajado desde su entrada en la cárcel. El escrito está dividido en dos partes; en la primera, los detalles muy especificados de la

conducta siempre humillante de su madre hacia su padre; en la segunda parte, una síntesis del carácter del inculpado, síntesis llena de energía que sorprende y que hace lamentar vivamente que Rivière, por medio de una acción atroz, destruya y haga inútiles para la Sociedad los dones que la naturaleza, sin la intervención de educación ninguna, le había libremente otorgado; una memoria extraordinaria, una gran aptitud para las ciencias, una imaginación viva y poderosa junto con un deseo de instruirse y alcanzar la gloria. En esta última parte de sus memorias, Rivière declara que un mes antes de haber cometido sus crímenes, ya había concebido el proyecto y que con este fin había afilado la hoz que luego utilizó. La hoz encontrada gracias a sus indicaciones ha sido presentada como pieza de convicción.

Trece testigos han sido escuchados...

En este estado de cosas el procedimiento ha sido comunicado, el veinte de julio, al Ministerio público que en el mismo día ha notificado sus conclusiones.

Se procedió luego a la lectura de las piezas

Resultando que es de indiscutible evidencia que el tres de junio pasado, Pierre Rivière, voluntariamente y con premeditación asesinó a Marie Anne Victoire Brion, la mujer de Rivière, su madre, a Victoire Rivière, su hermana y a Jules Rivière, su hermano,

Resultando que los hechos constituyen el crimen que prevén los artículos doscientos noventa y cinco, doscientos noventa y seis, doscientos noventa y siete y doscientos noventa y nueve del Código penal

Vistos los artículos ciento treinta y tres y ciento treinta y cuatro del Código de Instrucción criminal,

El Tribunal, conformemente a las conclusiones del ministerio público, ordena que las piezas de instrucción sean transmitidas al Fiscal general de la Real audiencia de Caen y que Pierre Rivière de veinte años de edad, campesino, nacido en la comuna de Courvaudon, residente en la comuna de Aunay, capital de cantón, distrito judicial de Vire, departamento de Calvados, de un metro seiscientos veinte milímetros de estatura, pelo y cejas negros y poco poblados, frente estrecha, nariz mediana, ojos rojizos, rostro oval, boca mediana, tez cetrina, mirada oblicua, cabizbajo, será capturado y permanecerá en la cárcel de este distrito hasta que la Real audiencia no determine otra cosa.

Entregado en Vire en la Sala del Consejo de dicho tribunal, en los días mencionados, del que formaban parte los señores Legrain, juez de instrucción, presidente en funciones por ausencia del ordinario, Hibert, juez, Ozanne,

abogado, primer juez suplente, en presencia del señor Robert, fiscal del Rey, asistidos por Théodore Le Bouleux, secretario del tribunal.

Ordena en consecuencia que el llamado Rivière sea conducido a la cárcel de Caen, conforme determina el artículo doscientos treinta y tres del Código de Instrucción, que sea inscrito en el registro de dicha cárcel y que una copia de la presente así como del acta de acusación le sean notificadas.

Caen, 25 de julio de 1835.

6. Acta de acusación

EL FISCAL GENERAL de la Real Audiencia de Caen

Expone que por decreto del 25 de julio de 1835 por la sala de acusación de este tribunal, ha sido declarado que había lugar acusar al llamado Pierre Rivière, de veinte años de edad, campesino, nacido en Courvaudon, residente en Aunay, de hechos calificados de crímenes por la ley y que el mencionado Rivière ha sido remitido ante el tribunal de Calvados, que celebrará sus sesiones en Caen.

El fiscal general, que en la ejecución de esta detención ha realizado un nuevo examen de las piezas del proceso, declara que de ellas resultan los hechos siguientes:

En el día del tres de junio pasado, de las once a las doce de la mañana, Victoire Brion, mujer de Rivière, Jules Rivière, de ocho años, y Victoire Rivière de 18 años de edad, fueron cruelmente asesinados en su domicilio de la comuna de Aunay. Ante los ojos de una vecina fue degollada esta última, que, en la lucha con su asesino la había desplazado hasta la puerta de la casa. El autor de este triple crimen no era otro que el hijo de una de las víctimas y hermano de las otras dos. Aprovechando los momentos de terror provocado por los gritos del primer testigo de su crimen, se alejó sin tan sólo pensar en huir, armado aún con la hoz ensangrentada que acababa de utilizar. Cuando se le intentó localizar, había desaparecido sin que nadie supiera en qué dirección. Las autoridades locales fueron inmediatamente alertadas y comprobaron, con la asistencia de dos médicos, el estado en el que habían sido encontrados los tres cadáveres. La madre estaba en el suelo cerca del hogar y todo lo que la rodeaba era prueba evidente de que había sido sorprendida ocupada en sus tareas domésticas, su cabeza en un charco de sangre, los huesos fracturados

así como los de su rostro, horriblemente desfigurado y surcado de profundas heridas. Las vértebras del cuello estaban rotas, y la cabeza sólo se aguantaba al tronco por los músculos de la izquierda y por algunos pedazos de piel; todo ponía de manifiesto la violencia con la que había sido destrozada por un arma cortante y pesada. La infortunada víctima estaba encinta de siete meses. Cerca de ella yacía el cadáver de su joven hijo, con varias heridas profundas en la cabeza; una parte de la bóveda del cráneo estaba casi desprendida, prueba irrefutable de la tremenda violencia de que había sido víctima. Tenía asimismo marcas profundas de heridas en la espalda y en la nuca. Al fin, cerca de esos dos cadáveres, estaba el de la hija de Rivière, con su labor por el suelo, sus zapatos cerca de la ventana de la habitación indicaban sus intenciones de huir; el desorden de sus ropas, una parte del pelo arrancada, a sus pies, eran testigos mudos de su lucha con el asesino.

— Varios golpes del mismo instrumento le habían penetrado en el cuello; también el rostro estaba surcado de múltiples heridas. Ni las causas de la muerte, ni el autor del crimen eran discutibles, ¿pero cuáles podían haber sido los motivos que habían llevado a su autor a cometer tal atrocidad? En un principio, la imposibilidad de una explicación del hecho contribuyó a alimentar la opinión de que su autor había sido víctima de un ataque de locura. Las extrañezas de su carácter, universalmente calificado de sombrío y poco comunicativo, algunas circunstancias que se pasaron por alto por parecer insignificantes e inmediatamente desfiguradas por inconcretos recuerdos y una cierta prevención, establecieron muy pronto esta opinión general. Entre tanto, y tras un mes de vida errante, Rivière fue detenido en la comuna de Langannerie; él mismo, por su propio comportamiento, se había constituido en sospechoso; no opuso la menor resistencia ni intentó disimular su identidad. Esa despreocupación aparente, la confesión de su crimen con explicaciones que denotaban cierta alienación mental, parecieron justificar por un instante, la opinión general. Pero hacerse pasar por loco era un papel demasiado difícil. Su inteligencia funcionaba demasiado bien cuando algo no encajaba en el sistema de defensa que había adoptado y el mismo sistema escondía el cálculo, y también, desde su primer interrogatorio, el acusado renunció a presentarse como un inspirado cuyo crimen había sido dictado por Dios, que se le había aparecido, y se decidió por una confesión más detallada. De modo que confesó haber matado a su madre para vengar a su padre y asegurarle de esta forma su tranquilidad; a su hermana porque quería a su madre y estaba de su parte frente a su padre; a su hermano porque quería a estas dos mujeres. Sus crímenes fueron el resultado de una profunda

reflexión, los calculó, preparó, y su lenguaje da fe de una total conciencia de lo que hizo y de su posición: algunas observaciones sobre el carácter, las inclinaciones, las costumbres del acusado no dejan lugar a dudas.

Pierre Rivière tiene 20 años de edad; desde su infancia, manifestó un carácter salvaje que le llevó a evitar a la gente de su edad y a buscar la soledad. Serio y soñador, la expresión de su fisonomía así como sus actitudes indican una cierta costumbre a la reflexión; habla poco —únicamente cuando se le interroga, y sus respuestas son cortas y precisas. Dotado de una memoria en la que todo se graba fácilmente y a la que nada escapa, sobresalió entre sus compañeros por su aptitud para aprender, igual que por sus deseos de instruirse. Siempre manifestó interés en aprovecharse de todas las ocasiones que se le ofrecieron de leer obras de todo tipo y su gusto por la lectura le llevó a consagrar noches enteras al estudio.

Su disposición a la crueldad se manifestó siempre por sus diversiones; generalmente consistían en actos de barbarie perpetrados en animales; gozaba sometiéndoles a torturas; también se han establecido una serie de hechos que dan testimonio de un carácter violento y fríamente cruel; es obstinado hasta el punto de que nada ni nadie, sin exceptuar a su padre, ha podido hacerle cambiar.

Así es el acusado, sombrío, soñador, con una imaginación ardiente, cruel y violento.

Toda su vida ha contemplado el espectáculo de las querellas domésticas de sus padres; y, en este punto, de acuerdo con la gente, atribuía a la conducta de su madre las inacabables desgracias que envenenaban la existencia de su padre; de modo que se había puesto de parte de este último y vivía con él, en un domicilio separado del de su madre. De estas circunstancias nació en el acusado un sentimiento de odio contra su madre que ni tan sólo ahora el arrepentimiento o los remordimientos han acallado por completo. Testigo diario de las desgracias de su padre, informado de la causa de las mismas, tuvo la idea de hacerlas cesar. Una vez que esta idea se introdujo en su imaginación sombría y acostumbrada a aferrarse a las cosas que por ella pasaban, no cesó de hostigarle; se convirtió en el objeto de sus constantes preocupaciones, de sus sueños solitarios. Incesantemente empujado por este funesto proyecto, todas las fuerzas de su cerebro mal organizado y exaltado por lecturas mal entendidas, se orientaron hacia un objetivo, su realización y su instinto sanguinario le indicarían el espantoso medio para conseguirlo.

De modo que la muerte de su madre fue decidida, así como la de las otras víctimas. Desde varios días el arma fatal estaba preparada y a punto. Sin

embargo, como cuenta él mismo, le falló su feroz valor; pero al fin, el tres de junio, después de estar esperando toda la mañana el momento favorable, consumó su crimen no tan inaudito como quizás el carácter de su autor, y contado por él mismo con la misma frialdad con que fue concebido.

Rivière ha sido visitado y observado en la prisión por un médico competente. Nada, ante los ojos de este hombre, pone de manifiesto el más mínimo desarreglo mental y si su fuga después del crimen, si ese intento de hacerse pasar por loco ante los ojos de la Justicia para escapar a ella, no dan muestras suficientes de su perfecta inteligencia de lo que hacía y de las consecuencias que debían derivar, su inteligencia vuelve a manifestarse en una memoria muy detallada, redactada por él después de su detención. Es evidente que muchas de las ideas que en ella se expresan denotan un deplorable desarreglo de ideas y juicios, pero no es la obra de un alienado y el estilo no es lo menos sorprendente de esta singular redacción.

En consecuencia de los hechos establecidos por las piezas del proceso, el llamado Pierre Rivière es acusado 1.º De haber cometido voluntariamente, el día 3 de junio de 1835, en la comuna de Aunay, un homicidio en la persona de Victoire Brion, mujer de Rivière, su madre.

De haber cometido el homicidio con premeditación.

2.º De haber matado voluntariamente el mismo día y en el mismo lugar, a Jules Rivière, su hermano, y a Victoire Rivière, su hermana.

De haber cometido los mencionados homicidios con premeditación.

Ministerio Fiscal de Caen,
28 de julio de 1835.

7. Artículos de los periódicos

«Le Pilote du Calvados», 17 de julio de 1835.

Pierre Rivière ha sido trasladado a Vire, dos o tres días después de su detención en Langannerie. Actualmente el caso está casi instruido y no tardará en ser sometido a la cámara de acusaciones.

Aseguran que este asesino es una especie de iluminado o intenta hacerse pasar por tal. Muy limitado intelectualmente, con un carácter sombrío muy poco de su edad, pretende, al consumir su triple asesinato, no haber hecho más que obedecer órdenes celestes.

Parece que este joven miserable se dedicaba arduamente a la lectura de libros piadosos y que fue una de estas lecturas la que, a falta de un discernimiento adecuado, le llenó del fanatismo que le condujo al crimen. Parece también que la idea culpable que tan espantosamente llevó a cabo, era, en él, el resultado de una idea fija, de una especie de monomanía que le obsesionaba desde un tiempo atrás.

Por lo demás la instrucción judicial dará a conocer los precedentes de este joven furibundo, su grado de inteligencia y la funesta inspiración que le llevó a levantar su mano criminal contra tres miembros de su familia.

P. S. Nueva información que nos acaba de llegar de Vire sobre el caso Pierre Rivière, nos indica que después de un largo interrogatorio realizado por el juez de instrucción, este individuo ha dejado de hacer el papel de iluminado y ha confesado que cometió el crimen con la idea de vengar a su padre de la conducta que, según la opinión pública, la mujer de Rivière llevaba desde hacía tiempo.

«Le Pilote de Calvados», 29 de julio de 1835.

Dicen que Pierre Rivière, autor de un triple asesinato en los miembros de su familia, ha transmitido a los magistrados encargados de las diligencias judiciales que su crimen comporta, una memoria muy notable. Este muchacho, aseguraban en un principio, era una especie de idiota del que se suponía que había actuado sin ser consciente de la dimensión de su crimen. Si son ciertos los rumores que corren acerca de sus memorias, Rivière no tiene nada en absoluto de atrasado o limitado mental y la explicación que da a los jueces, no para justificarse (pues parece que confiesa el crimen y la intención de cometerlo) sino para exponer las razones que le llevaron a su acción criminal, prueban por el contrario, que ese hombre tan simple en apariencia es algo muy distinto. Dicen que la memoria de la que les estamos informando, es muy razonable y escrita de tal forma que no se sabe si sorprende más la memoria o el crimen del que la redactó.

(Artículo reproducido en «La Gazette des Tribunaux.», el 1º de agosto de 1835.)

3

La memoria

1. Contrariamente al resto del expediente, transcribimos la memoria de Pierre Rivière en la misma forma del manuscrito. Esta elección nos planteó ciertos problemas; lo contrario nos parecía igualmente difícil de decidir y justificar.

2. Sin embargo, determinamos hacer algunas intervenciones para facilitar la lectura. El manuscrito no lleva ninguna mayúscula; nosotros las hemos restablecido en todos los nombres propios, y al principio de las frases, después de cada punto.

3. Hemos respetado la puntuación original, salvo en dos casos:

- a. cuando mantenerla hubiera implicado confusiones de sentido o dificultades de lectura; de este modo, en tres o cuatro frases, en donde el manuscrito lleva un punto o un punto y coma, allí donde el sentido implica una coma, o bien una coma en el lugar de un punto;
- b. cuando la ausencia de un signo de puntuación importante (. o ;) hacía que la frase, en el manuscrito, llegase al final de una línea. El deslizar la mirada de una línea a otra bastaba para marcar la escansión; en el texto, hemos restablecido el punto, y la mayúscula que le sigue, cada vez que esta operación facilitaba la lectura.

4. Hemos impreso entre corchetes [] las palabras omitidas por Pierre Rivière, que el contexto permitía restituir.^[5]

*Detalle y explicación
del
acontecimiento
ocurrido el 3 de junio en Aunay, pueblo de la Fauctrie escrito por
el autor de esta acción.*

Yo, Pierre Rivière, habiendo degollado a mi madre, a mi hermana y a mi hermano, y con la intención de dar a conocer los motivos que me llevaron a la realización de esa acción, he escrito la vida que llevaron mi padre y mi madre desde el día en que se casaron. Yo fui testigo de la mayor parte de los hechos, que son relatados al final de esta historia, y en cuanto a los que se refieren al comienzo, se los oí contar a mi padre cuando los comentaba con sus amigos, así como con su madre, conmigo y con los que los conocían. Más tarde contaré cómo me decidí a cometer el crimen, lo que pensaba entonces y cuál era mi intención, también explicaré la vida que llevaba por aquel entonces, contaré lo que ocurrió en mi espíritu después de haber cometido esa acción, la vida que llevé y los lugares en que estuve después del crimen hasta mi detención y cuáles fueron las resoluciones que tomé. Toda la obra estará escrita en un estilo muy grosero, porque sólo sé leer y escribir; pero mientras se entienda lo que quiero decir, no pido nada más y además la he redactado lo mejor que he podido.

Resumen de las penas y aflicciones
que mi padre sufrió
por culpa de mi madre
desde 1813 hasta 1835

Mi padre era el segundo de los tres chicos de Jean Rivière y de Marianne Cordel, fue educado con honestidad y religiosamente, siempre fue dulce y pacífico y afable con la gente, y era apreciado por todos los que le conocían; fue de la quinta de 1813. Como es sabido, en aquel tiempo todos los reclutas se marchaban, luego de que el contingente había sido llenado una vez, pasado un cierto tiempo volvían a los números y recogían a los restantes, pero los que se casaban antes de esta segunda llamada quedaban exentos; mi tío, hermano mayor de mi padre estaba en el servicio y temían que mi padre, a pesar de su número alto, fuera obligado a partir, de modo que decidieron que se casase. Un funcionario público al que conocía le prometió que le avisaría así que su contingente estuviera lleno, y que mientras tanto se buscara una buena amiga. Por conocimiento de François le Comte de Courvaudon, mi padre fue a pedir la mano de Victoire Brion, cuyas edades y fortunas más o menos coincidían; ella le fue prometida y mi padre la frecuentó durante seis meses, entonces le advirtieron de que ya había llegado el momento de casarse, pero entonces los

padres de mi madre no estuvieron de acuerdo, porque sus chicos habían muerto en el servicio y temían volver a tener problemas con su yerno. Entonces mi padre les explicó que si querían desdecirse tenían que haberlo hecho antes, ya que ahora le ponían en un aprieto; mi madre aplaudía lo que mi padre decía y lloraba al ver que sus padres se oponían a su unión; mi padre al verla llorar pensaba: me quiere porque llora, y al fin sus padres se decidieron y fueron con el contrato de matrimonio al notario de Aunay, el señor Le Bailly. Las cláusulas de este contrato determinaban que existiría entre los esposos comunidad de bienes muebles e inmuebles gananciales, que en caso de muerte de uno de los esposos antes que el otro, sin hijos en aquel momento, el sobreviviente disfrutaría toda su vida de la totalidad de los bienes propios de su cónyuge, y que si habían hijos, disfrutaría únicamente de sus bienes y los hijos de la otra mitad. Que el padre y la madre de la futura esposa le constituya y que ella constituya en dote todos los bienes inmuebles que pueda recoger e la sucesión de su padre y su madre. Estos bienes, en el momento en que sean recobrados, serán manejados y administrados por el marido conforme a la ley del régimen dotal. La inalienabilidad de esos bienes tal como está explicada en el código civil, también se menciona en el contrato. Incluía además que la aportación presente del marido en comunidad era valorada en 100 francos y la de la mujer consistía en ropa blanca y vestidos de todas clases, un armario de dos puertas, una cama, sábanas y varias cosas más. La totalidad de lo cual se valora en la suma de cuatrocientos francos. Que el día de la boda le valdrá de recibo de esta aportación en comunidad. Que la mencionada esposa autorizada como más arriba se indica, se reserva el derecho a renunciar a la comunidad en un tiempo determinado y de manera tal que si la disolución llegara, ella podría llevarse, excepción hecha de todas las deudas y demás obligaciones de este tipo, su aportación arriba mencionada, incluido todo lo que le hubiera llegado por herencia, convenientemente justificado. Que si la disolución de esta comunidad ocurriera estando los esposos en vida, el sobreviviente no sería en modo alguno privado de los derechos arriba mencionados de disfrutar durante su vida de los bienes personales de su cónyuge. Éstas fueron las cláusulas del contrato. Unos días después se casaron por lo civil. Luego por la iglesia. En estos últimos días mi madre cambió de parecer, no festejaron la boda, y el día de la misma no durmieron juntos porque como mi padre todavía no había sido dado por inútil de una manera definitiva, mi madre se decía: me deja preñada y luego se marcha y qué hago yo. Como esto le parecía razonable mi padre no la obligaba a acostarse con él. Unos días más tarde le dieron la excedencia, mi

padre fue a traer su acta de matrimonio, y por un retraso que sobrevino se quedó tres días más de lo previsto en Caen. Durante este tiempo mi madre no vino a Aunay para ver qué ocurría. Mi padre, al volver de Caen, pasó por Courvaudon y fue la primera vez que se acostaron juntos. Ahora explicaré cómo estaba compuesta mi familia, la de mi padre y la de mi madre. En la casa de mi padre en Aunay había mi abuelo y mi abuela, y una tía de mi madre, y un tío diez años más joven que mi padre, con lo que hacían un total de cinco personas. En Courvaudon estaban mis abuelos maternos y mi madre, en total tres. Mi abuelo paterno poseía cerca de 6 acres de tierra y mi padre y mi tío, además de otros trabajos, se ocupaban de esta tierra. Tenían un caballo que compartían con un hombre que tenía otro. Mi abuelo materno tenía cerca de tres acres de tierra que hacía trabajar por jornaleros que empleaba regularmente. El pueblo de Bouillon en el que vivía, dista una legua del de la Fautrie en el que vivía mi padre. Después de la boda mi madre se quedó con sus padres en Courvaudon, y mi padre iba a hacer los trabajos que eran necesarios. Durante la primera época de su unión con mi madre, iba a menudo a visitarla, pero ella siempre le recibía con una frialdad que le desconcertaba, y su suegro y su suegra le recibían también con el mismo desdén. Por esa frialdad que le manifestaba mi madre, él no la iba a ver tan a menudo; su madre se extrañaba de que no manifestase el ardor propio de los recién casados. Ella le decía, ¿no vas a ir al Bouillon esta noche?

—¡Ha! —decía él— ¿adonde quiere que vaya? En el contrato de matrimonio se notificaba que mi madre tenía un buen mobiliario. Pero no era más que la costumbre que había de poner esto en los contratos y ella no lo tenía, y como necesitaba una cama y se enteró de que había una en venta en un pueblecito cercano, le dijo a mi padre que deseaba la cama, él le preguntó si no preferiría una nueva, pero dijo que no y le increpó fuertemente porque iba a llegar demasiado tarde, mi madre pensó entonces comprarla al precio que fuera, y la compró por casi su valor total, pero durante la venta otras mujeres le preguntaron a mi madre que si no quería las sábanas viejas, y ella le dijo a mi padre que no, que eran demasiado caras; él le contestó: pero las he comprado, tenemos que utilizarlas, y ella que no quería, al fin mi padre dijo: no vamos a pelearnos por esto y cogió la cama y se vio obligado a volverla a vender. A principios de 1915 mi madre me tuvo a mí y estuvo muy enferma a resultas del parto. Mi padre tuvo todos los cuidados que requerían su estado, no durmió en seis semanas, dijo que cuando se acostó después no podía dormir, que se había acostumbrado a estar en vigilia; en esta enfermedad de mi madre se le pudrieron los pezones y mi padre los chupaba para extraer el

veneno que después vomitaba en el suelo. Mi madre durante su enfermedad manifestaba un claro desprecio y dureza sobre todo con su madre, la encontraba inútil para cualquiera de sus necesidades; sólo encontraba capaz de cuidarla a mi abuela paterna. Cuando ésta le preguntaba por qué no quería que su madre la cuidase, ella le contestaba: es demasiado tonta.

El dolor que mi madre sufría hubiera podido excusar su actitud, si no fuera porque ésta continuó manifestándose después. Durante esta enfermedad tenía diarrea, y no quería que le pusieran sus sábanas debajo, quería que pusieran las de su madre. Al cabo de seis meses se curó, mi padre como ya dije labraba lo que había que labrar en Courvaudon, y durante todo su matrimonio, a excepción del poco tiempo que ella vino a vivir con él, del que en seguida voy a hablar, sólo se acostó con mi madre cuando él venía a labrar o cualquier otro trabajo como preparar el grano, cortar leña, plantar árboles, hacer sidra, etc. Al año próximo mi madre volvió a estar embarazada y sus padres resolvieron mandarla con su marido y ella le advirtió que tenía pensado vivir con él, mi padre estuvo muy contento y mandó arreglar una habitación para sus cosas. Mi padre compró un armario y trajeron todos los muebles que mi madre tenía en Courvaudon; ella tenía que quedarse con los padres de mi padre y vivir todos juntos. La cosa funcionó durante dos o tres meses hasta el parto, fue cuidada como debe cuidarse a un enfermo, mi madre y mi abuela pt [paterna.] pasaban las noches con ella, y le daban lo que el médico les ordenaba y el pan lo compraban en casa de la viuda Michel-Guernier, panadero de Aunay. A pesar de todos los cuidados que mi padre y mi abuela tenían con ella, ésta les llenaba la cabeza de insultos y de palabras mortificantes; entonces mi abuela paterna no era capaz de hacerle nada y tenía que venir su madre de Courvaudon y ella encontraba que era la única capaz de cuidarla, se hacía servir platos de carne de cerdo al horno, y muchas otras cosas indigestas y como mi padre y mi abuela paterna^[6] se oponían ella decía que no se lo querían dar por avaricia, que la harían morir. Mi a-m venía a verla y decía que había que darle lo que pedía, se lo mandaba cocer y para satisfacerla le daba todo lo que pedía y luego de tomar todas estas cosas, le volvían las convulsiones y podría decirse que todo esto retrasó mucho su restablecimiento. Cuando empezó a encontrarse mejor, mí a-m al venir a visitarla le decía que le gustaría mucho que volviese a su casa y que mi a-a-m tenía ganas de verla y que tenía que marcharse con una carreta. Mi madre también dijo que quería volver y que no quería quedarse más en Aunal. Fue inútil que mi padre le hiciese ver que sería vergonzoso para él, que lo pensase mejor, ella dijo que lo quería hacer y que si él no le enviaba sus muebles, ya

los haría venir a buscar. De modo que volvió con sus padres, y mi padre le trajo los muebles, una parte de los cuales por la noche, porque la gente se le reía. En esa época mi madre manifestó una gran aversión hacia mi padre e hizo correr por todo Courvaudon que había vuelto porque allí no le daban de comer y le faltaba todo lo necesario para vivir, y que durante su enfermedad habían hecho moler dos celemines de maquila sin tamizar para alargar la cosa. Cuando mi padre iba allí a trabajar ella le manifestaba toda su aversión; él intentaba conquistarla, le decía: ya que no has querido quedarte conmigo, ¿quieres que venga a vivir aquí con tus padres? Qué harían ellos de ti, le contestó ella y mi padre le preguntó qué quería que hiciese y ella quería que se alquilara como doméstico y que cada año le trajera el dinero que ganaba para administrarlo como ella quisiera, mi padre dijo que teniendo trabajo en su casa no se alquilaría como doméstico y luego al ver cómo ella le trataba, decidió no volver a verla; muchas personas, entre ellas mi a-p, el difunto Nicolle de Saint Agnan con el que se repartía el trabajo del caballo, le aconsejaron que volviese, y entonces le dijo a su hermano y a Nicolle de ir a labrar los campos que había en Courvaudon, sin decírselo a nadie, y luego volver, pero los vieron y mi a-m les trajo la comida; algún tiempo después mi padre fue a cortar trébol, mi madre le trajo la sopa y entonces él le dijo: ¿quieres darme un beso? No vale la pena, le contestó ella, muy bien, dijo mi padre, cómete tu sopa porque yo no la quiero y segó todo el trébol sin comer y volvió a Aunay. En aquel tiempo, no sé exactamente por qué circunstancia, yo vivía con mi padre en Aunay. Yo tenía tres o cuatro años, mi madre acompañada de su madre vinieron a buscarme, me encontró en el prado donde estaban secando el heno, mi a-m me llevaba en brazos y sin decir una palabra a nadie se me llevó. Como que yo me puse a gritar mi padre corrió tras ella y dijo que no quería que se me llevara gritando, que él me acompañaría mañana con el caballo a Courvaudon, y al ver esto mi madre le dijo a su madre que estaba con ella: pégale, pégale, mi a-m. era algo maligna, pero no puede ni compararse con mi madre, tenía buen corazón y siempre recibía a mi padre amistosamente, y se cuidó de no hacer lo que mi madre le mandaba; entonces mi madre, al ver que mi padre no quería que se me llevaran en aquel momento, empezó a gritar por las calles: quiero mi niño, quiero mi niño, y de este modo se fue al encuentro del juez de paz de Villers para preguntarle si mi padre tenía derecho a retener al niño. Mi padre cumpliendo su promesa me acompañó al día siguiente a Courvaudon y desconcertado por todas estas cosas no volvió más, le aconsejaron que volviera, obedeció una vez más y volvió a trabajar allí, mi madre le hacía todas las trastadas posibles entre otras

retirarle la almohada y el colchón por la parte en que se acostaba. En aquella época, mi padre y mi tío compraron en su nombre tierra y casa, por mil escudos. Pidieron prestada la mitad de este dinero y mi padre todavía lo está devolviendo y en cuanto a la otra mitad, ellos tenían una parte y pensaban ganar el resto, y mi padre a pesar de la enfermedad y la muerte del tío en 1825 había solventado prácticamente el asunto, cuando surgió un proceso por causa de los bienes de mi madre de los que ya hablaré, aunque esto parezca ajeno a lo que estoy contando lo he mencionado, pues mi madre hizo correr el bulo muchas veces de que mi padre era un comilón y que dejaba morir de hambre a sus hijos. Pasaron épocas en que mi madre no manifestaba tanta aversión hacia mi padre, sin por ello tenerle más amistad, pues mientras mi padre y mi tío labraban no paraba de insultarlos, o cuando les traían leña, ya que los padres de mi madre no tenían suficiente y mi madre que tenía bastante se la traía cuando éstos la necesitaban; mi tío era más vivo que mi padre, no podía soportar todos los insultos de mi madre; cuando la oigo decir todas esas cosas, contaba, me pone negro, si continúa así acabaré por plantarle la mano en todos los morros. Mi padre tenía miedo de que lo hiciera y le dijo que no hacía falta que le acompañara, de modo que mi padre fue solo a labrar, sin él. Mi madre en 1820 tuvo una niña llamada Aimée y en 1822 un niño llamado Prosper. Contaré ahora la vida que llevaba mi madre con sus padres, cada día se peleaba con su madre, no le decía una cosa que no fuera para mortificarla, se reprochaban mutuamente cincuenta mil cosas, testigos son todos los que las vieron juntas, era inútil que mi padre sermoneara a mi madre sobre el respeto que debía tener con su madre, ella se le reían en las narices; yo permanecí en Courvaudon mis primeros seis años y era testigo de todas estas peleas y puedo decir también que no sentí un especial amor por mi madre, quería mucho más a mi abuelo y a mi a-m, sobre todo a mi a-a-m; me contaba muchas cosas cuando estaba con él y todos reconocen que fue un buen tipo, era carpintero de profesión, pero en la época de que yo hablo ya no hacía jornales, estaba mal de las piernas, trabajaba aún en su taller y allí estaba tranquilo, porque estaba bastante alejado de la casa y no oía el fragor de la misma. Mi hermana Victoria se había ido a vivir algún tiempo con mi padre en Aunay, tendría unos cuatro años y mi a-p que en otro tiempo tuvo una hija de su edad que se le murió, parecía ver en mi hermana la resurrección de su hija, mi madre vino a buscarla, mi padre le dijo lo que acabo de contar, pero mejor le hubiera tenido que decir que lo molestaba. Yo me fui a vivir con mi padre a la edad de diez años y desde entonces siempre permanecí con él. Mi madre en 1824 tuvo un niño llamado Jean, se decidió que serían mi a-p

y yo quienes le apadrinaríamos, mi padre estaba ausente, mi a-m se fue a Courvaudon y después de ver a mi madre que acaba de parir, examinó al niño que estaba envuelto en cuatro harapos, entonces mi a-p le dijo: hasta mañana no le pondrás el vestido. ¡Ah!, dijo mi madre, no tiene otra cosa, y puede estar contento de que tenga algo. Mi a-p entendió que había hecho aquello porque sabía que era ella quien le daría el nombre y llena de dolor volvió a Aunay y se lo contó a mi tío que entonces estaba enfermo; ¡Ah!, dijo él, traed al niño aquí, así no tendrá malos ejemplos. Mi a-m se fue al pueblo y encargó un gorro y lo necesario para vestir a un niño, la costurera se pasó la noche trabajando y al día siguiente le bautizaron; mi padre que ya había vuelto le preguntó a mi madre si vendrían también alguno de los niños, pero ella le contestó que sólo asistiría el que acababa de nacer; muy bien, nos lo llevaremos hasta la iglesia, ya que está en el camino de Aunay; cuando mi madre se dio cuenta de que iban a marcharse, le dijo a mi padre: ya veo que tienes ganas de que reviente y no quiso que se lo llevaran. En aquel tiempo mi a-a-m estuvo muy enfermo, tenía todavía algo de dinero que quiso dar a mi padre, prefiriendo confiárselo a él que a su mujer o su hija, mi padre le dijo que era mejor que se lo confiara a su mujer, mi a-m. y eso hicieron. Este hombre murió en 1826. En aquella época mi padre quería a sus hijos con él; mi hermana Aimée había manifestado deseos de ir, además mi madre pedía grano para alimentarlos y envió al molinero a por un saco, mi padre dijo que en su casa había pan para sus hijos, que podían ir a comerlo, y no soltó el grano; mi madre cuando vio esto, sabiendo que mi padre era amigo de los Vicarios de Aunay, se vistió como una mendiga y se fue a Aunay, entró en casa de mi padre y le dijo que era un glotón y un depravado que mantenía a las putas: te haces el devoto pero no se lo cuentas todo a tu confesor, iré a verle y a contarle la vida que llevas; luego, dirigiéndose a mi a-p le dijo: que se había equivocado educándolo en el vicio y que si era vil e indigno. Al oír estas palabras mi a-p contestó: pero que dice, fuera de aquí, yo también me voy, dijo mi madre; mi padre, ante todos estos reproches no había cambiado mucho de humor, siempre afable, e intentaba justificarse diciendo la verdad y mi madre se dirigió a casa del reverendo Grelly que por aquel entonces era vicario de Aunay. Le contó que su marido la mataba de hambre, que no tenía nada, que había otras mujeres en la vida de mi padre, en fin todo lo que su imaginación le proporcionó para difamarlo; me extraña, decía el Vicario, tenía a Rivière por una buena persona. Al final le dijo, mire, si estuviera con él, tendría lo mismo. Durante el día vio a mi padre y le habló de este asunto, mi padre se justificó lo mejor que supo y el señor Vicario no dio mucha fe a

las palabras de mi madre. En aquella época había una casa en venta al lado de la de mi madre en Courvaudon, ella la quería, pero mi padre que ya había observado que tenían más casas de las que necesitaban, y que temía los resultados de un proceso que acababa de montarse sobre los bienes de su madre, se oponía a la compra de esta casa, pero mi a–m la compró en su nombre y en ella emplearon sus ahorros. El proceso de que he hablado era por una porción de tierra que mi a–a–m había comprado a un hombre, la mujer del cual tenía por contrato de matrimonio una dote de doscientos francos sobre esta tierra, y esta hipoteca no había sido saldada, la cosa se complicó más de lo que pensaban, mi padre y mi madre consultaron con varias personas conocedoras de la ley y les advirtieron que perderían el proceso, aunque sin embargo era indiscutible que se trataba de un robo.

Esta mujer nunca aportó nada a su marido, y como mi madre quería poner pleito, los abogados que consultaron en Caen les dijeron que probando que aquella mujer nada había aportado tampoco podían reclamárselo, de modo que hubo un proceso y muy pronto lo perdieron, mi padre como ya dije tenía amigos, todos le ofrecieron dinero para salir del apuro e impedir que vendieran la tierra, y se las arregló y la cosa le subió a un total de 850 francos. Mi madre tenía una renta que le daba cerca de 200 francos y mi padre pagó el resto y tuvo que pedir dinero: y lo debió durante dos años. Mi a–p tenía una renta de 90 francos que le pasaban sus hermanos por su matrimonio; amortizaron una tercera parte, lo que prácticamente constituía la suma que mi padre debía, de modo que la renta de mi a–p sirvió para saldar los bienes de mi madre; durante todo este proceso mi madre trataba muy bien a mi padre, y desde entonces hasta los dos últimos años no hubo demasiadas cosas entre los dos; el año siguiente a este proceso en 1828 mi madre tuvo un niño llamado Jule, mi hermana Aimée y mi hermano Prosper vivían con mi padre, y al año siguiente se añadió a ellos; mi hermana Victoire y mi hermano Jule siempre vivieron con mi madre. En esa época yo iba con mi padre a labrar, y me daba cuenta de que las disputas entre mi a–m y mi madre seguían siendo las mismas, pero mi madre tomó las riendas del asunto ante mi a–m que iba perdiendo fuerzas, esa pobre mujer fue muy desgraciada y no sólo era víctima de las continuas querellas; varias personas cuentan haber visto a mi madre pegarla y tirarla de los pelos. Mi padre jamás pegó a mi madre a excepción de algunas bofetadas que le dio cuando las camorras que le armaba y de las que ya hablaré; pero él dice que si hubiera presenciado esos líos no se hubiera podido aguantar y la hubiera pegado; además mi madre ordenó a mi hermana Victoire que no obedeciera en nada a mi a–m de modo que estaban de

acuerdo y la perseguían entre las dos, ella le dijo varias veces a mi padre que deseaba hacer los lotes y retirarse en alguna de las casas del lado, pero mi padre le decía: yo ya haría lotes con usted, pero no todo es para usted; varias veces le había reprochado a mi madre en sus disputas la falta de fidelidad que tenía con mi padre y le había reprochado varios tratantes, jamás mi padre dio fe a estos decires, se limitaba a decir que los males que sufría le hacían imaginar estas cosas, hacía todo lo posible para intentar estar en paz con mi madre, le compraba vacas y las vendía cuando era el momento, le rendía cuentas al céntimo, mi madre tenía en su jardín una especie de mimbre, ella lo vendía si necesitaba un poco, él se lo pagó al precio que ella exigía; un día le cogió un cuarterón de *gleuf*.^[7] tuvo que dar una vuelta y decir que una persona le había pedido *gleuf*, y que lo compró por tal precio, y mi madre dijo que bueno... entonces pagó y cogió el *gleuf*; pues de haberlo cogido sin esta precaución ella le hubiera dicho que no le pagaba a buen precio y todas las compras o ventas que hacía para ella siempre las encontraba mal; cuando compraba, siempre era demasiado caro, cuando vendía, siempre era demasiado barato, por una bagatela de nada se ponía furiosa y un día que un vecino había plantado unas estacas un poco entradas en su terreno, un dedo todo lo más, ella se lo dijo a mi padre, él tuvo la desgracia de decirle que la cosa no era muy grave, ella empezó a soltarle mil insultos y se puso tan furiosa que le salía espuma por la boca. Ahora llego a los dos últimos años de matrimonio al principio de 1833; mi a-m estaba entonces en cama con la enfermedad que luego se la llevó, mi madre mandó hacerle un vestido a mi hermana Victoire, y como que se pasaba todos los sábados por la Fauctrie al volver de vender su manteca a Aunay, al pasar dijo que también quería hacerle un vestido a mi hermana Aimée; habida cuenta de que mi hermana tenía varios vestidos y que mi padre no tenía dinero para tirar, él contestó que de momento no era necesario. El sábado siguiente hablando mi madre con mi a-p le dijo que si ya se habían decidido por lo del vestido, y le dijo que no. Conque sí, dijo mi madre, no le cuesta trabajo gastar dinero en otras personas; se marchó con estas palabras y mi a-p comprendió que volvía a acusar a mi padre de manirroto y adúltero; la cosa empeoró el sábado siguiente; mi madre al pasar fue a ver a mi padre a la granja donde estaba trillando conmigo; mi padre acababa de construir un almacén cuya puerta había pintado al llegar, ¡ah, se exclamó ella, cuidas más tu almacén que tu casa, ya te has decidido a darme el dinero para pagar a Bringon^[8], y mi padre le dijo, nunca ha sido costumbre que yo te diera el dinero, dame, dijo mi madre, lo que me debes del precio de nuestro buey, y mi padre, no te acuerdas que lo contamos y las

cuentas salían justas. En efecto mi padre le había comprado una vaca y había arreglado cuentas con cuarenta cuartos más o menos^[9], además mi padre le había comprado una vaca que al ponerse enferma se la había quedado él, la había perdido y no le había reclamado nada. Mi madre le dijo: conque sí eh, de modo que tienes ganas de robarme, cuando tienes dinero te lo guardas, viejo asqueroso, viejo verde, macarrote, prefieres mantener a aquella mujeruca, dejas morir de hambre a mis hijos para mantener a los suyos,^[10] le siembras y le labras todas sus tierras; mi padre le contestó, de alguna manera tengo que ganarme la vida. Mi madre le dijo, todo lo haces para el cielo, ella sí que es graciosa, tiene el cono sagrado, ya me lo decía Sulpice, deberías morirte de vergüenza, ya tienes a mis hijos, también tendrás a la mujeruca, pienso venir a cuidarlos, no quiero que los dejes morir, tengo que impedir tus libertinajes, y se marchó. Entonces mi padre me dijo con lágrimas en los ojos, me arrepiento de haber dado tanto dinero por el Champ-Poulain, que era el nombre de la parte de tierra que había rescatado para mi madre.

A pesar de todo lo que acababa de decir, a mi madre no se olvidó pasar a buscar a mi padre para decirle que matara su cerdo, ya que mi padre sabía matar y salar cerdos; él fue durante la semana y cuando llegó preguntó que dónde tenía que poner su caballo, mi madre le contestó que no había sitio, aunque si lo hubiera buscado lo hubiese encontrado, pero le dijo que estaba muy bien fuera y mi padre lo guardó en casa de unos vecinos, luego preparó el cerdo y era costumbre que trajera un trozo para probarlo, pero esta vez no tomó ninguno. Mi madre le preguntó por qué; si lo tomase sería para dárselo a la que tiene el coño sagrado, de paso, y mi madre siguió con sus cuarenta y mi padre se marchó en seguida. Mi madre no iba a menudo a confesarse, y hacía años que no celebraba la pascua, sin embargo como mi padre era amigo del cura de Courvaudon ella se fue a confesar, y le habló de mi padre, acusándole de lo que ya he contado que le reprochaba, que quería ir a cuidar a sus niños a los que él dejaba morir. Algunos días después mi [padre] vio al cura que le [dijo] que había visto a su mujer y que deseaba venir a vivir con él. Y mi padre le preguntó, ¿no le ha dicho nada más? En cuanto a esto, dijo el cura, todos te conocemos, pero ella quiere estar con sus hijos, mi padre dijo, yo también lo quiero, pero ahora la situación es muy crítica. Su madre está enferma y quizás se muera, habría que esperar a que se curase, o bien si está absolutamente decidida a venir, poner a una persona que la cuide, al cura le pareció justo, y como la enfermedad de mi a-m evolucionó mal se murió en quince días, mi padre se encargó de los gastos del entierro y unos días más tarde le dijo a mi madre, querrías venir conmigo, ahora ya nada te retiene, ya

puedes venir; sin embargo, como le conocía demasiado bien, le hizo esta proposición, si quieres quedarte aquí yo seguiré viniendo a labrar, y haré lo mismo que antes, no, le contestó ella, no quiero tus limosnas, mi padre le dijo, así que sigues con la misma idea y dices esto para apenarme o lo crees realmente, pero mi madre no bajó del burro y le dijo que una vez que vino para hacer sidra, por su culpa se había visto obligada a pagar un día más de lagar, que sabía que el día antes, se había ido a pasear con su puta^[11], y todo esto se lo dijo también a mi hermana Aimée, y fue inútil que ésta le rogara con lágrimas en los ojos que se olvidara de estas cosas, que lo que ella decía de que mi padre había acompañado a aquella mujer, que no era cierto, que había sido otro del pueblo quien la había acompañado, Nativel, mi madre le contestó, si Nativel la acompañó no lo hizo por su bonita cara, le pagaba, y tú pobre tonta no te enteras de nada. Mi padre le dijo a mi madre que ya que quería venir con él que habría que alquilar la tierra, no era su intención y dijo que dejaría allí a sus dos hijas; que se ocuparían de la limpieza y de la comida de los animales; de modo que mi madre creía que iría y volvería y se quedaría con el dinero de todo; no se contentaba con gozar del dominio de sus bienes sembrando y trabajado, sino que quería dominar también los de mi padre, y que él no administrara nada, ni tan sólo tuviera poder de decisión para tomar una copa sin su permiso, ni el domingo con sus amigos, mi padre le dijo que no estaba bien que las niñas se quedaran solas en la casa, que se decidiera o a quedarse como antes o que alquilarían la tierra y le preguntó si prefería alquilarla toda o por partes, y ella dijo que prefería alquilarla a un solo granjero. Como mi padre tenía bastantes muebles en Aunay, le sugirió a mi madre que podrían vender los de Courvaudon, ella dijo que no querían que vendieran sus muebles, pues bueno, dijo mi padre, no los venderemos. Unos días más tarde fui a cortar leña en su casa y ella habló mal de mi padre: tenía ganas de vender nuestros muebles, sin duda su madre debió de aconsejárselo, para sacarse cuatro duros, es para reírse. Yo le dije, si él quisiera los vendería, ah sí, dijo ella, si pudiese, si tú^[12] tuvieras que tratar con otros, le dije, las cosas irían de una manera muy distinta, pero él te ha hecho una proposición, quédate tranquila, ah sí, dijo ella, y luego cuando venda algo se quedará con el dinero, no me voy a quedar con los brazos cruzados. Mi hermana Victoire parecía reírse de las razones que yo esgrimía, mi padre hizo saber públicamente que tenía la intención de alquilar las tierras, y entonces Pierre le Compte, su primo, vino a pedírselas; este hombre tenía tierras en Bouillon pero no casas, quería establecerse y ésta la parecía una buena solución; a mi madre le pareció muy bien, el precio se estableció delante suyo, el hombre

alquiló toda la tierra labrable y el prado, con el edificio en el que vivía mi madre, dos salas, una granja, una cuadra, todo por 250 francos al año con 50 francos de vino que le dio y se hizo el contrato por nueve años, establecía también que el granjero abonaría la tierra según la costumbre del país, que se cuidaría de las casas, que pondría frutales, que habría tanto de paja al entrar y que luego dejaría la misma y que habría una tala del bosque dos años antes de finalizar el contrato. Quedaban todavía dos casas por alquilar de las que se podían sacar 60 francos. Al cabo de quince días mi madre encontró todos los defectos a esta transacción, dijo que era demasiado barata, y cada vez que mi padre iba a Courvaudon, ya que mi madre debía quedarse allí hasta san Miguel, día en que empezaría el contrato, ella le decía que había que romper el trato, que su hija no paraba de llorar y que no se querría marchar, mi padre le preguntó a mi hermana si era cierto y ella dijo que no. Viendo que mi madre persistía en la idea de deshacer el contrato, mi padre habló con el granjero, y los dos se fueron al encuentro de mi madre, y le trajeron sus contratos de arrendamiento, entonces mi padre le dijo, si quieres puedes romper el contrato, ahí tienes los dos escritos, pero ten en cuenta de que yo no volveré por aquí, te las arreglarás como puedas, mi madre no quiso romper los contratos y no dijo ni sí ni no y mi padre se volvió con el granjero con los contratos bajo el brazo; pero mi madre persistió en la idea de que jamás se marcharía de su casa y un día que yo me encontraba allí y estaba hablando con mi hermana, entre otras cosas le dije que dentro de un año ya no estaría allí, por qué no voy a estar, me contestó ella, ya veremos si Pierre le Compte podrá echarnos de nuestra casa; pero ya obligará a papá a que os eche, le dije. ¡Ah! dijo ella, si papá hiciera esto, mamá se lo reprocharía toda la vida; como yo sabía que el granjero no forzaría a mi padre, le contesté a mi hermana, ¿pero si te quedas aquí cómo te lo harás si papá ya no viene más a labrar? Mira, me dijo, cogeremos a alguien, si no hubiera vuelto quince años atrás muy tranquilas estaríamos. Mi padre esperaba que el granjero no lo forzase y estaban al principio de la recolección y viendo que mi madre persistía en quedarse, cuando vino a preguntarle si no vendría ni a almacenar el grano, si quieres que lo traigan aquí, dijo él, iré, pero como esto no le convenía dijo varias cosas y se marchó; mi padre le dijo, vete vieja loca; cuando se marchó dijo mi padre que nunca le había dicho una cosa así. En aquel tiempo mi padre hizo un viaje a Delivrande y se llevó a mi hermano Prosper que estaba mal de la vista; mi hermana Victoire había manifestado intenciones de ir, mi padre fue a decírselo, ¡Ah!, dijo ella, no tenemos tiempo que perder corriendo por ahí, ¿quién se cuidaría de nuestra tierra? Mi madre alquiló jornaleros para

la recolección. Mientras tanto el granjero que había alquilado la tierra parecía dispuesto a mantener su trato, incluso hablaba alguna vez con mi madre, y ella le provocaba diciéndole que no era capaz de echarla de allí, eso le irritaba y hacía que se empeñara cada vez más en su trato del principio, y como mi madre tenía aún ciertos temores hizo podar muchos árboles durante el mes de agosto para que el otro no pudiese aprovecharlos, entonces el hombre se lo advirtió a mi padre; pero qué podía hacer él, sólo aconsejarle que desistiera de su idea; pero aquel granjero se creyó que mi padre y mi madre se habían puesto de acuerdo; están de acuerdo, decía, pero no me voy a quedar con los brazos cruzados. Llegó el día de san Miguel y mi padre fue a hablar con el granjero. Le ofreció todo el dinero que quisiera, muchas personas acompañaban a mi padre y le rogaron en su favor, al fin decidió cortar el trato, a condición de que hicieran un escrito conforme mi padre no lo alquilaría a nadie más, pero al domingo siguiente vino a decirle que se desdecía, entonces mi padre le dijo: haz lo que quieras, no pienso hacer nada aunque me arruines. Pero qué quieres que haga, le dijo, y pariente^[13] no lleva usted sombrero y se marchó diciendo que ya encontraría la manera de solucionarlo e hizo registrar su contrato y se lo enseñó a mi padre que al ver el tono que adquiría el asunto decidió ir a quitar los muebles. Antes fue a hablar con mi madre y se hizo acompañar por François le Compte de Courvaudon que era amigo de mi madre, para ver si éste le hacía entrar en razón. Todo fue inútil, dijo que nadie la sacaría de allí, que lucharía hasta la muerte. Unos días después salimos con el carro para ir a buscar muebles, éramos tres, mi padre, Fouchet con el que compartíamos el trabajo del caballo y yo; al pasar mi padre le rogó al adjunto de la comuna que viniera con ellos para avisarla, y vino, aunque dijo que no saldría en el caso de que mi madre no pusiera impedimentos; al llegar mi padre empezó a cargar el grano que estaba en unos sacos, mi madre no decía nada y el adjunto se marchó. Mi padre pidió la llave del granero y al negarse mi madre él cogió un cofre que había en la casa, mi madre se opuso; entonces mi padre la aguantó mientras yo lo cargaba ayudado por el hombre que nos acompañaba. Mientras mi padre la aguantaba ella empezó a arañarle la cara y le mordió y como mi hermanito Jule se había acercado, ella le dijo: muerde, muérdele hijo mío, muerde a este infame, mi padre dijo que se ponía sus dedos en la boca pero que no se atrevía a apretar; mientras tanto al darme cuenta de que el niño estorbaba me lo llevé a casa de unos vecinos, acabamos de cargar y nos marchamos. Por la tarde volvimos y a nuestra llegada todo el pueblo estaba en la calle; mi madre empezó a pelearse, y mi padre se encaramó por una ventana para alcanzar un

granero, entonces ella le cogió por las piernas y lo derribó abajo, le rompió la cadena de su reloj y le destrozó el traje, él no la tocó, pero dijo que para que se estuviera tranquila la encerraría en una casa, la tomó entre sus brazos para llevársela, pero sus manos se pusieron en movimiento y le arañó más que la otra vez, entonces la cogió de las manos y ella cedió; no la arrastraba, como decía ella, sino que intentaba levantarla para que le siguiera, mi hermana se metió para impedir que mi padre se la llevase y al ver que molestaba, la hice salir y le di unos cuantos bofetones mientras mi padre se llevaba a mi madre, que gritaba al igual que mi hermana: venganza, me mata, me asesina, me mata, venganza, dios mío, venganza. Una vez en la casa salió una prima que le hizo varias advertencias, que ella haría mejor ayudándonos a cargar, y de marcharse con su marido, en vez de hacer todo aquel escándalo. Eso la calmó un poco. Mi padre estaba tan cansado al llegar a la casa que escupía sangre. Volvió a cargar, mi madre le retiró otra vez varias cosas que él quería llevarse, cogió otras en su lugar y nos marchamos. Hablé con mi hermana y me decía que la había matado y atropellado, yo le dije, pero ¿por qué te metías, no sabes la cantidad de cosas que se ha inventado contra nuestro padre? Ella me contestó: no se ha inventado ni una sola cosa; mi padre, con Fouchet, también habló con ella y le rogó que aconsejara a mi madre y ella contestó que no dejaba de aconsejarla todos los días de que se fuera con él pero que de todos modos no ganaría nada. Mi padre le preguntó al trillador que estaba allí si se le debía algo, dijo que no. Al día siguiente vino mi madre para coger de nuevo su vaca, mi padre se opuso, ella le soltó unos cuantos insultos entre los cuales: te has llevado el cofre, creías que te llevabas el dinero pero no lo conseguirás. Luego dirigiéndose a mi a-p: usted le dijo que viniera a robarme, es su santa virgen que le ha aconsejado este recado. Y se marchó en busca del juez de Villers, que se la creyó y envió a mi padre una carta en estos términos: su esposa se queja de que ayer fueron ustedes con un carro al domicilio en que murió su difunta madre y del que ella es la sola y única heredera, que se le llevaron el grano, vacas, y toda clase de muebles. Creo que su mujer tenía derecho a hacer inventariar el mobiliario de esta herencia y que usted no tenía el de apoderarse del mismo sin mediar ciertas formalidades legales, sobre todo cuando vivía mal con ella ya que la arrastró por el brazo y las manos al oponerse ella a que usted derribase puertas y ventanas. Es evidente que si ella le demandara en juicio sería justamente escuchada y compensada. Para evitar disgustos, siempre incómodos entre marido y mujer, le invito a que se presente el próximo domingo a las nueve de la mañana en mi oficina de Lande para solucionarlo por las buenas, O bien

póngase en contacto con el juez de paz de su comuna que creo que podrá atenderle y hacerle entrar en razón.

Mi madre con esta carta en la mano se la enseñó al juez de paz de Aunay, y luego se la trajo inmediatamente a mi padre, que se disponía a ir a buscar el buey que no había sido vendido, y fue a buscarlo con el carro de volquete, pero al llegar, como mi madre volvía a ofrecer resistencia, se volvió sin llevarse nada y mi madre se lo vendió dos días después en Villiers acompañada de su trillador. El juez de paz de Aunay que había visto la carta hablando con el señor Rivière, director de correos de Aunay, así como a su hermano, le dijo: me extraña muchísimo, no tenía a Rivière por un tipo así, pero le contaron de qué iba el asunto. Como es deber del marido vivir con su mujer, el cura de Aunay al que mi padre le había contado que el granjero no quería romper el trato dijo que estaba bien. Entonces mi padre fue a verlo y le mostró su cara, ¡ah!, dijo el cura, como le compadezco, mi pobre Rivière. También le enseñó la carta que había recibido. El cura le dio otra para que fuera a consultar a un abogado amigo suyo en Conde, el señor Davou. Mi padre trajo su contrato, y en relación a una cláusula que podrá leerse en lo que escribí antes, le dijo que era útil un inventario del mobiliario. Mi padre le preguntó cómo debía hacer, y él le contestó: que su mujer haga ella misma la relación. Mi padre no había podido hablarle del estado de su mujer y puede desprenderse de lo que he contado, que esta solución era impracticable. Mi padre le preguntó cómo la haría venir con él, él le dijo; que podía utilizar la guardia nacional, en el caso de que el alcalde accediera, o bien la gendarmería. Mi padre no tuvo tiempo el domingo de ir a ver al juez de paz de Villers, estaba ocupado clavando estacas con uno de sus vecinos. Había que trillar el trigo aún y acabar el resto del trabajo. Mi padre no tenía tiempo de pelearse y meter bulla por ahí; hizo una relación de los árboles al granjero, le concedió que cortara madera al último año del contrato, a cuenta de los árboles que mi madre había hecho cortar, le dio el estercolero para la paja que habían acordado, de este modo el granjero empezó su contrato, segó su trigo, mi padre hizo lo mismo con el suyo y cuando bajó un poco el trabajo decidió entregar las casas. Antes le dijo el granjero que iría a ver al juez de paz de Villers, que los mandaría llamar a él y su mujer, pero el juez contestó que ya había escrito a aquel hombre y que no le había visto, que creía que su mujer tenía razón y que ella se explicaba bien. Que ya que él había alquilado su finca, podía obligarla a cedérsela, y pedirle una indemnización por lo que de hecho había perdido. El granjero le contestó que no quería hacerle pagar nada. De acuerdo, dijo el juez, ¿qué pide entonces? Y quedaron de esta manera, y

unos días más tarde mi padre fue con él para cederle una casa, y le dijo a mi madre: quieres que pongamos los muebles en las casas que están por alquilar, podrás retirarte en alguna de ellas y cobrar todos los beneficios de tu finca, pero ella le dijo que no y que había que sacar los muebles, pero cómo sacar los muebles, dijo mi padre, y además de qué servirá. Pero ella se empeñó en sacarlos y cuando estuvieron fuera, mi padre le dijo, quieres que los metamos en las otras casas, no, le contestó, entonces mi padre cerró la casa que acababa de vaciar y se marchó con el granjero. Pero apenas se marcharon mi madre y mi hermana volvieron a entrar todos los muebles, y mi hermana decía mientras los entraba: sin duda temían dejarnos sin trabajo, por esto lo hicieron; mi padre se decidió a venir con el adjunto y algunos notables y un cerrajero, para ir a romper las cerraduras, vaciar las casas, cerrarlas y llevarse todos los muebles. La noche anterior al día que debía hacer todo esto, pensó que a lo mejor el granjero cambiaría de idea y que si le reembolsaba todo lo que había hecho, más una indemnización, en fin, que sería mejor solución que forzarla a venir con él. Por la mañana nos manifestó sus intenciones y me dijo que llevara el carro hasta el pueblo del granjero y que en el caso de que llegaran a un acuerdo no irían más lejos; y el granjero se avino. Contamos todo lo que había hecho. La tierra que había sembrado, el vino que había dado, el registro del contrato, todo subía a la cantidad de 119 francos y otro tanto para anular el trato, lo que sumaban 238 francos; inmediatamente el granjero le devolvió el contrato, le dio un escrito que redactó el adjunto, confirmando que anulaba el trato. Mi pobre padre se pensaba que quedaría tranquilo; como no tenía ese dinero se lo pidió prestado a uno de sus vecinos, Hébert, sin embargo estoy tranquilo, decía, que todos mis hijos me den un beso, y que ella se quede hasta que le dé la gana en su casa. Todo lo que desearía es que el pobre pequeño^[14] estuviera aún aquí, ya que la otra se aviene con ella. Un mes después de este acontecimiento, mi madre vino a verle y le dijo: ahora que ya has hecho todas tus comedias, vengo a ver cuándo me devolverás lo que me robaste y la administración de mi finca, mi padre le contestó, ya puedes estar tranquila, el trigo está segado, todavía tienes una vaca y tienes tus ahorros^[15], déjame en paz, mi madre le dijo, quiero mis tierras, mi padre le dijo, te las devolveré, si quieres devolverme el dinero que di por ti, pero ella le contestó lo que siempre dijo en adelante, que no era cierto que mi padre le dio una indemnización al granjero, que se había puesto de acuerdo los dos para hacerla marchar, que mi padre le había hecho segar el trigo, que la había obligado a registrar su contrato y que el escrito que habían redactado conforme anulaban el trato indemnizándolo con cierta

cantidad de dinero, no era más que pura comedia. Ella fue a ver al juez de paz de Aunay que los mandó llamar para una conciliación, le hizo cantidad de advertencias a mi madre que no sirvieron para nada, ella dijo que iría más lejos, fue a consultar a François le Compte de Courvaudon que hizo todos los posibles para hacerla entrar en razones, diciéndole que podía estar tranquila, que su marido se lo dejaría, al fin pareció convencida, pero un día le dijo que su hija le decía que su marido tenía perfecto derecho a venir otra vez a llevársela las cosas y que quería asegurarse, y Le Compte le dijo: pero esto le costará dinero. Muy bien, le contestó, si yo lo gasto él también se lo gastará, y a la semana siguiente se fue a Vire, y se volvió sin haber hecho nada, pero les dijo a los que se informaron de su viaje que lo arreglaría dentro de seis meses y que le haría comer todas las tierras de su padre si le daba la gana. Entonces se decidió a crearle deudas. Normalmente compraba lo de arreglarse para ella y mi hermana, en Aunay, en casa de la señora Aod. Siempre había pagado, y entonces dejó de pagar. El trillador al que mi padre había preguntado si se le debía algo, vino a verle para contarle que mi madre no quería pagarle doce francos que le debía, que había podado los árboles. Mi padre se quedó muy extrañado, pero le dijo que no era justo que perdiera su dinero y que iría con él a ver a mi madre, que si ella no quería pagar, que se llevaría la casa y la vendería para pagarle; el día convenido fue allí y encontró al trillador en la casa y a mi madre y a mi hermana en la cuadra, cada una a un lado de la vaca, entonces le dijo cuatro palabras a mi madre, luego le dijo al trillador que se hiciera pagar como quisiera. Este hombre lo citó para una conciliación ante el juez de paz, pero mi madre asistió también. El juez se dirigió exclusivamente a ella^[16], le hizo nuevas advertencias como que era mejor que se fuera con su marido y ella contestó que sí, que iría, y mi padre pagó al trillador. Mi madre se quejó en esta audiencia de que mi padre dejaba de labrar su tierra^[17], para labrar la de los demás.

Estas palabras fueron el hazmerreír de los auditores. Las interpretaron de dos maneras y mi padre se convirtió en objeto de la risa pública. Marie Fortain le dijo: le ruego que no vuelva ante el juez de paz cuando ella le cite de nuevo, la gente se ríe demasiado. Mi padre volvió a labrar a Courvaudon ya que mi madre afirmaba que volvería con él. El le pregunto que cuándo vendría, pues muy pronto, le contestó ella; y con éstas mi hermana le dijo, se cree que vamos a irnos con usted para que nos mande, y mi padre sin perder la paciencia le dijo^[18], decías que no eras tú la que retenías a tu madre y ahora me doy cuenta de que eres peor que ella; no fui yo, contestó, quien le hizo volver hace quince años, no tenía que haberse movido usted, dejarla tranquila

y quedarse en sus manos. Mi madre también le dijo cuatro palabras que le dieron a entender a mi padre que no tenía intenciones de marcharse con él. Unos días más tarde, al pasar por allí, mi madre le preguntó que si no pensaba ir a segar la cebada. El le contestó que si se creía que estaba loco del todo para molestarle tanto por una persona que sólo le ocasionaba problemas; muy bien, le dijo mi madre, pero esta vez no vas a salirte con doce francos, te lo juro, y mi padre le dijo, si vuelves a cargarme con tus deudas vendré a buscar tus muebles para pagarlas. Ya lo veremos, le contestó mi madre. Y se marchó. Temiéndose que mi madre llevara a cabo sus amenazas, mi padre se fue a consultar a un abogado de Caen, al señor Beaucher, para pedirle si era posible hacer pública la orden de que nadie le vendiera nada a crédito a menos de que estuviera dispuesto a no cobrar. El abogado le dijo que esto sería difamador, que era mejor que la hiciera venir con él. Mi [padre] le contó una parte de la historia. Era una verdadera desgracia, le contestó, pero vaya a buscar los muebles un día en que ella no esté. Al salir de esta entrevista mi padre se fue a consultar a otro abogado, el señor Pouillier; éste le dijo que había que actuar según la ley y presentar una demanda al tribunal para que fuera con él, de modo que esta idea de hacerla ir con él era como pedir que se llevara al diablo, y mi padre no solucionó nada, habló con el labrador que trabajaba para ella, porque éste le dijo que si no veía inconveniente que lo hiciera, a lo que mi padre contestó, trabaje todo lo que quiera, pero no cuente conmigo para arreglar las cuentas, también habló con la señora Aod a la que ya debía 45 francos, para que no le vendiera nada más sin cobrar a toca teja; pero mi madre tenía más de una tienda, aparte de que compraba a los vendedores ambulantes que pasaban por el pueblo, compraba grano y lo revendía, y un día le dijo a un vendedor, a Le Roux de Courvaudon al que quería comprar tres o cuatro pacas de algodón, dígame a mi marido que le debo doce francos y me devuelve el resto. El hombre no quiso darle las pacas y mi madre fue con el mismo cuento a otra tendera a la que ya he perdido de vista. Mientras hacía todos estos líos, mi hermano Jean cayó enfermo en el mes de julio, enfermo del cerebro y no duró ni quince días^[19]. En los últimos días decidimos avisar a su madre a pesar de todo, yo fui a buscarla y vino a verle, cuando el pobre ya había perdido el conocimiento y no la reconoció; era un lunes. Mi madre se marchó y volvió el martes por la noche; entrada la noche a mi hermano le cogieron unos ataques con convulsiones que le venían cada cuarto de hora y que le hacían sufrir terriblemente. El niño había manifestado a pesar de su edad más capacidad de hacerse valer que nosotros. Ayudaba en cualquier trabajo y mi padre le apreciaba mucho. Es fácil imaginar cuál sería su estado

de desesperación ante el lecho de la pobre criatura. Mientras tanto mi madre le dio dos cartas, una de la señora Aod y la otra del recaudador para que pagase sus deudas y se mantuvo en sus trece a este respecto. Mi padre destrozado por de dolor exclamó: qué desgraciado soy, Dios mío, me vais a poner a prueba aún más, mi pobre niño cuánta suerte tienes de marcharte de este mundo, irás al cielo.^[20] Mi a-p presente le hizo varios reproches y luego le subió la sangre a la cabeza y estaba muy colorada. Al día siguiente murió el niño, los vecinos quisieron llevarse a mi padre de su lado en estos momentos, no, dijo él, no lo abandonaré, y cuando lo vio muerto dijo: Oh, mi pobre Jean, no madre mía, quédese yo ya no tengo más fuerza, me marchó. Dónde vas a ir pobre hijo mío, le dijo mi a-p, luego se inclinó sobre una cama, se sacó la gorra y se arrancó los cabellos; mi hermana Aimée le saltó al cuello: su hija nunca le abandonará, le dijeron los vecinos. Mi madre se fue y no cesó de decir por todas partes que mi padre había dejado morir a su hijo, y continuó con lo de las deudas, avisó al labrador, que se hizo pagar como le dio la gana. Cuando los vendedores y los comerciantes le pedían dinero les decía: vaya a cobrárselo al que robó mis tierras. Quiere que le firme algún papel. Temiendo que mi padre le fuera a buscar algo hizo trillar su cosecha inmediatamente después de cosechada, e hizo trillar en primer lugar la parte más gruesa del trigo para tenerlo más de prisa, vendía a todos los mercados de Aunay y de Evreci, sólo pagaba al recaudador, porque le advirtieron de que podría cobrar con parte de su mobiliario, los otros acreedores le pidieron el dinero a mi padre, que al ver que acabaría en la ruina si no ponía coto a esta situación se decidió a ir a buscar más muebles para ver cómo acababa el asunto. Mi a-p estaba muy afligida por todas estas cosas: ¡ah!, dijo llamando a Marie Fortain, me gustaría estar en el cementerio, por qué he tenido que sufrir tanto [en] esta vida^[21] para ser recompensada de este modo, por qué el Buen Dios me hace sufrir de este modo, por qué no me llama de una vez; Marie Fortain la consoló lo mejor que supo y mi padre y yo nos marchamos un día de mercado a Evreci donde esperábamos encontrar a mi madre, y para llevarnos una vaca y un cerdo que tenía. Al llegar nos encontramos a mi hermana, aunque mi madre no andaba lejos. Mi padre le dijo que se iba a quedar con la vaca, ante lo cual mi hermana se puso a gritar: mamá, mamá, se quiere llevar nuestra vaca; mi madre se acercó y quiso impedirlo, mi padre la cogió y se encerró en casa con ella, entonces le arañó y le mordió y luego le reprochó la muerte del niño. ¡Oh!, dijo ella, si lo hubiera sabido le hubiera hecho trepanar, al menos habríamos visto tu malicia, y mi padre le dio un bofetón y ella se puso a gritar venganza. Como yo intentaba coger la vaca mi hermana quiso impedirlo

haciéndola escapar, entonces yo le arree unos cuantos bastonazos con el mango del látigo, y nos llevamos un saco de cebada junto con la vaca, mi padre le ordenó al trillador que se marchara, y le preguntó cuánto se le debía, dijo que se le debían 28 cuartos y nos marchamos. Mi madre corrió tras nosotros y nos alcanzó; entonces mi padre la cogió por el brazo como si fueran al altar y ella se dejó caer tres veces, al caer la tercera vez hizo resbalar el pie a lo largo de la pierna, mi padre no hizo más que decirle, caray te has puesto justo bien, para [que] te arree, pero no estoy de humor. Varias personas vieron esta escena. Mi madre la utilizó luego para pedir una separación. Unos días más tarde vino a ver a mi padre para que le devolviera lo que le había quitado. Paga tus deudas, le contestó él, pero ella quería llegar a un arreglo para que mi padre le pagara sus deudas, le devolviera lo que le había quitado y le pasara una pensión. De dónde quieres que saque el dinero, le dijo él, del banco, como hace la gente, le contestó mi madre. Entonces se fue a buscar al señor Foucaut en Vire para obtener una separación de cuerpo, pero el abogado envió una carta a mi padre que lo citaba allí para una reconciliación, mi padre fue a verlo y le trajo certificados de buena conducta de los curas de las dos comunas, mi madre estaba allí y al fin convinieron que vendría a vivir con él, pero que la pondría en una casa aparte con sus muebles y todos sus enseres, que mi a-p no entraría sin su permiso o si entraba podría volver con sus bienes a Courvaudon, y que esta casa estaría dispuesta dentro de quince días o tres semanas a lo más tardar. Mi padre la acompañó desde Vire en su carro y acordaron que él iría a trillar en Courvaudon a finales de semana; mi madre fue a anunciar la tierra que quería alquilar, pues san Miguel estaba al caer; pero mi madre no estuvo contenta con este arreglo, volvió a Vire durante la misma semana y mandó trillar sin avisar a mi padre e hizo lo necesario para que el grano estuviera vendido cuando él llegara; él arreglaba la casa lo más rápidamente que podía y al enterarse de las intenciones de mi madre de venderlo todo esperó. Entonces cogió el carro y dos personas del pueblo y fue a buscar lo que quedaba de grano. Sólo encontró el sarraceno ya que el resto del grano estaba trillado, cogió también un cerdo y mientras cargábamos se estuvo con ella en casa para que se estuviera tranquila; hicimos dos viajes, al segundo mi madre ya no estaba, había ido a arreglarse los zapatos; al marchar se había querido llevar sábanas y como mi hermana se oponía, mi madre dijo que tarde o temprano tendría que traerlas, no, ella no irá, dijo mi hermana, se irá para arreglar los asuntos. Y efectivamente mi madre volvió a Vire y mi padre también para hablar con el señor Foucaut para pedirle consejo, él le preguntó si no la había visto y le

dijo que ella había vuelto dos veces. No la he visto, le contestó el abogado, y si vino habrá ido a encomendarse a otro santo. Por la noche, cuando volvió de arreglarse los zapatos mi hermana le dijo: vé si quieres, pero yo jamás me iré con un farsante como éste que nos ha robado todos nuestros bienes. Pero como mi madre se dio cuenta de que estaría obligada a ir, hizo una serie de disposiciones para continuar haciendo daño. Cuando la casa estuvo preparada mi madre fue a buscarla, acompañada de Quevillon, con quien compartíamos el trabajo, y de Victor, doméstico del señor Grellai; encontró muy pocos muebles, la marmita había desaparecido y a pesar de las muchas deudas que mi madre había contraído con las cosas de arreglar, no se veía ni una. Mi madre se resistió de nuevo, dijo que quería que pagara sus deudas antes de marcharse con él. Mi padre le dijo que ya había pagado una parte y que ya pagaría el resto. Pero no sabía de la existencia de una carta que mi madre creía que él habría ya recibido. Mi padre pidió a dos mujeres que la convencieran. Y se marchó llevándose esta vez a mi hermano Jule, y durante todo el camino, y eso lo pueden comprobar todos los que iban con él, cogía al niño en sus brazos y lo besaba. ¡Ah! pobrecito Jule, decía, estoy contento tú eres el mueble máspreciado, el que más ganas tenía de llevarme; en el segundo viaje, al aconsejarle las mujeres de que se fuera con él, ella se puso a llorar, por otra parte tenía la costumbre de llorar a menudo, y dijo: tenías que haberme llevado mientras vivía mi pobre hijo, ahora no estaría muerto. Y mi hermana y ella se vinieron. Por la noche, aunque todavía no habíamos podido arreglarlo todo, quiso dormir con sus dos hijos en casa. Mi padre que había ido a ver a mi a-p se encontró con que ésta le enseñaba una carta que acababa de llegar y cuyo contenido había puesto a mi abuela en un deplorable estado; se había echado al suelo y se había golpeado. Al ver tantos males la voy a repetir aquí.

Courvaudon... el... relación de las deudas contraídas en el año 1833. 40 francos a un mercero de Hamars, 30 francos a Goffé, 10 francos a Victor Bourse, 10 francos a un zapatero, 10 francos de misa, 17 francos a Sophie Rivière^[22], 27 francos a Marianne le Compte y 3 francos a Rose Leminée, 40 céntimos a Charles le Bas, 8 a la Riche, 48 a Sophie le Coc^[23] y 70 a Pierre Bretoire. Si estas deudas no se pagan en el plazo de ocho días se procederá a un embargo y habrá que pagar también las del año 1834, que son aún de mayor importancia. Mi padre no sabía nada de todas esas deudas, a parte de las que ya he mencionado, mi padre había pagado 25 francos al labrador al que había dicho de que no contara más con él. Pero el hombre se había fiado de mi madre y ella le había engañado; sufrió otro golpe al ver estas nuevas

deudas y la carta había sido escrita por mi hermana Victoire; mi padre se informó de estas deudas; Victor Bourse, al que le había dado 10 francos le dijo que le debía cerca de 30 céntimos, mi padre se creyó que con los demás sería lo mismo, pero fuera de los 30 francos de Goffe y de los 17 francos a Sophie Rivière, se vio obligado a pagar el resto; tengo que decir que este Goffe, el Compté hermano de esa Marianne de la que ya he hablado, y un albañil de Hamars, todas estas personas a las que mi madre consultaba eran solteros, y muy poco delicados acerca de la pureza; unos días después de su llegada, mi madre, mi hermana Victoire y mis dos hermanos, mi padre y yo, nos fuimos a recoger manzanas a Courvaudon, y al mediodía empezó la discusión, mi padre habló de la carta, pues todavía no había hablado de ella con mi madre, le preguntó por qué le perseguía de este modo, por qué quería hacerle pagar cosas que ni tan sólo formaban parte de sus bienes, pero ella le contestó que como no la había querido dejar tranquila le había ocurrido esto y otras cosas que le ocurrirían. Y se marchó a casa de su prima con mi hermana y mi hermana Jule, y como mi hermano Jule lloraba, aunque el niño sintiera ciertas simpatías por mi madre, quería también a mi padre y estaba contento cuando los veía sin disputar, mi padre quiso retenerlo con sus caricias pero no pudo. Entonces le dijo a mi hermano Prosper: ¿también tú vas a dejarme y marcharte con ellos? No, le contestó, y nos quedamos los tres. Mi padre habló también con la mujer de Jacques le Compté que estaba allí y le dijo; pero qué quiere de mí para quererme arruinar de este modo, después de lo que me ha costado conseguir lo que tengo para mis hijos, me veré obligado a vender tierra y cuando haya vendido un pedazo no bastará aún, si ella continúa tendré que vender más, tenía los ojos llenos de lágrimas mientras hablaba con esta mujer que le contestó que mi madre no tenía más que una sola idea, martirizarlo y hacerse unos ahorros a costa suya. Por la noche mi madre y todos volvieron a la Fauctrie. Un domingo mi padre se fue a Hamars para hablar con el mercero, le debía 40 francos que mi padre le pagó al sábado siguiente y se hizo hacer un recibo de este hombre conforme había pagado y no vendería nada a crédito a mi madre ni a mi hermana Victoire. El domingo que fue a verle llegó por la noche a Aunay y superado por todas estas cosas se encontró enfermo, se vio obligado a salir de la iglesia y se retiró en casa de la viuda Guernier. Mi madre quiso que los niños, mi hermana Victoire y mi hermano Jule durmieran en la misma casa que ella. Mi padre le intentó explicar que no era nada cómodo meter tantas camas en la casa y que había otros sitios para colocarlos, mi madre se negó y los dos niños durmieron en su misma cama. Algunos le dijeron a mi padre: me gustaría dormir con ella para

hacerla enfadar. Mi padre puso otra cama en la casa, y mi hermana se acostó en ella y él se acostó con mi madre, pero como no quería que Jule durmiera en otra parte, durmieron los tres juntos. Mi padre desde aquellas disputas no había tenido relación carnal con ella. Sin embargo para hacerla rabiar quiso intentarlo la primera o la segunda noche. Mi hermana Victoire los oyó. Entonces dijo: ¡Dios mío! ¿qué le está haciendo? Y a ti qué te interesa, le dijo mi padre, hago lo que los hombres hacen a las mujeres, déjela, le contestó ella, si no quiere. Bueno, dijo mi padre, la voy a dejar. Se acostó con ella varias noches y luego al ver que no le dejaba apenas sitio ni almohada, y que hacía todos los posibles para incomodarle, prefirió acostarse en la otra cama y desde ese momento mi hermana y mi hermano durmieron con mi madre, ella hacía la cocina y todos fuimos a vivir con ella, excepto mi a-p a la que le estaba prohibida la entrada en la casa; esta mujer que había dado la amortización de su renta para rescatar los bienes de mi madre^[24] tuvo que comer sola, lo que le daba mucha pena. Un día que la devoraban sus resentimientos y que acababa de darnos una camisa a Prosper y a mí, estando acostados en una habitación contigua, dijo: yo mucho me he preocupado para cuidarlos a todos y para educarlos lo mejor posible y ésta es toda mi compensación. Luego oí que daba golpes con la cabeza dos o tres [veces] encima de la mesa o contra el suelo, sí, decía, quiero golpear la tierra con mi cuerpo, por qué Dios me envía tantos sufrimientos, si hubiera un río cerca me echaría de cabeza. Mi hermana Aimée que estaba con ella le dijo: acuéstese madre, se lo ruego; y se acostó. Mi madre continuó causando daños, decía que la habían hecho ir allí para hacerla sufrir, que su hija se moría de pena y iba a las tiendas a vender hilo y fardos de estopa y contaba que lo vendía para comer, testigo de ello era la señora Guoix llamada Leminée, mi padre estaba desesperado por todas estas cosas y tomó la costumbre de gritarle cuando ella le hablaba de estas cosas; entonces le veíamos con una expresión muy triste hablar con ella, gritarle, hablarle bajito sin poder solucionar nada, mi madre se le reía y estaba muy contenta de verlo en aquel estado. Un día que se peleaba con ella y pasaba gente por allí, la mujer de Hébert vino a decirle que se callase. Toda la gente habla de vosotros, oí a algunos que decían: ella no se acostumbra, y otros, pues tampoco él es tan inocente, dicen que la apalea como a un perro. Algún tiempo después mi madre hizo una serie de preparativos. Lavó la ropa y se arregló los zapatos, nosotros estábamos haciendo sidra, y ella se daba cuenta de que mi padre estaba ocupado; un día se marchó sin despedirse de nadie llevándose sus vestidos y varias cosas más, mi hermana Victoire y mi hermano Jule la siguieron, mi hermana con su labor

bajo el brazo; advirtieron a mi padre que estaba en el lagar y corrió hacia ellos, yo me acerqué también para ver lo que ocurría y me lo encontré que volvía con el pequeño al hombro, mi madre le seguía, mi padre tenía una expresión de desesperación absoluta, parecía decir: renuncio a todo, abandono todo lo que tengo, pero a mi pequeño no se lo van a llevar, lo quiero aquí y estará siempre conmigo; por el camino yo le dije: déjalos que se vayan adonde quieran y hazles saber que no les daremos nada. No me contestó, estaba absorbido en sus ideas, y cuando llegamos al pueblo mi madre le dijo a Jule, no temas esta noche vendré a buscarte y se marchó. Mientras comíamos mi padre le dijo a Jule: no vayas más con ella, sólo quiere hacerte daño, hijo mío, y le dio un beso. Mi madre volvió por la noche con mi hermana, no supimos qué habían hecho durante el día, y mi madre volvió a meterse con mi padre y reírse de su tristeza. Al día siguiente estuvo muy ocupado en el lagar y como al otro día tenía que ir a labrar para Quevillon, yo le pregunté si no era mejor decirle que no podía ser, pero él decía que no, y estaba como abstraído, y al fin dijo: mira, lo abandono todo, lo dejo todo, me voy a echar al pozo y se marchó; yo le seguí y mi a-p también, pero no lo hizo, se tomó un vaso de agua y volvió al lagar; consintió en que avisara a Quevillon que no [podríamos] trabajar para él; una mañana estábamos limpiando el orujo, éramos tres, mi padre, mi abuela y yo. Hablábamos de lo de mi madre y mi abuela y yo le aconsejábamos a mi padre que tomara una solución antes de que nos arruinara, mi padre se negaba a hacer público el asunto de los créditos, sí, déjala hacer, le decíamos nosotros, te engaña. No dejaré que me engañe más, muy pronto acabaré este asunto. ¡Ah!, le dijo mi a-p amenázala de una vez o seré yo quien lo haga; y se marchó. Mi padre se quitó la gorra y se arrancó los pelos, tenía como un ataque de rabia o de desesperación. ¡Oh, oh, oh, oh, decía; yo me lancé a sus brazos y le dije, mi pobre papá, aguanta. Unos instantes después llegó mi hermana Aimée llorando, qué ocurre, dijo, mi madre está allí arriba llorando desesperada, y qué pasó, yo que acerqué a su oído y le dije, vé a buscar al cura, quiere matarse. Mi hermana se fue. Y luego volvió con mi a-p. Mi a-p le dijo a mi padre: le ha dicho a Aimée que fuera a buscar al cura, quieres que la vaya a buscar yo. Pero ya estaba más tranquilo. Y no fueron. Sin embargo estas ideas le volvieron y no sé si fue este mismo día o unos días después cuando dijo estas palabras: mira que no tener el valor de acabar con tantos problemas, otros acaban por mucho menos. Un tiempo después, esta Marianne le Compte a la que mi madre decía que debía un saco de trigo se presentó para cobrar. Seguramente se trataba de un arreglo que mi madre había hecho con esta mujer, de modo que ella le dio una

sola *bartée*,^[25] ya que al preguntarle mi madre de qué modo se lo había dado, ella le contestó que sólo le había dado las tres primeras *bartées*, ella se había llevado una cada vez, sobre los hombros en un saco y que la última la traía el caballo del molinero y que le había dado esta última *bartée* con un saco para llevársela. Mi padre le preguntó a mi hermana si había ayudado a mi madre a tomar aquel grano y ella le contestó que no, que sólo la había ayudado a comérselo. Mi padre le dijo a esta mujer que tenía fama en toda la región de estafadora, que no pensaba pagarle. Mi madre le dijo que le perseguiría y que le daría de golpes si no hacía lo que debía. La mujer la hizo entrar en razones. Mi madre se fue con ella. Mi padre argumentaba que alguien tenía que haberla visto con el grano en los hombros y que mi hermana debiera de haberla ayudado, el juez de paz le preguntó a la mujer si juraba por sus muertos que era cierto que aquello se le debía. Como esto parecía repugnarle, mi madre dijo: qué inocente es usted, yo lo afirmaré sin pensármelo. El juez concluyó diciendo, ya me doy cuenta de que esta mujer tiene la delicadeza de no querer afirmarlo de modo que páguele y en paz, y mi padre le pagó. El trillador al que mi padre le había prohibido seguir trabajando y con el que habían arreglado cuentas por 28 céntimos, había seguido trabajando y quería que le pagaran, el juez dijo que había que pagarle y mi padre pagó^[26]. Cuando mi padre hablaba con el juez de mi madre él le decía: ya ve su mujer es débil hay que cuidarla. Después de estos juicios mi madre se rió aún más de mi padre y pudo mantenerse en sus trece. Me olvidé de otra circunstancia de disputa que tuvo lugar antes de estas últimas. Un hombre que iba a casarse vino en la época en que mi madre estaba con mi padre y le pidió para alquilar una de sus casas para su mujer, esta casa era de las que no habían sido alquiladas al granjero del que ya hablé y tenía un jardín. Mi madre se negaba a alquilar. Y la tierra que había anunciado que quería alquilar no fue alquilada ya porque la gente no quería tratos con ellos en vista de los constantes cambios de idea, ya porque era demasiado tarde y san Miguel ya había pasado, y mi padre la puso en alquiler este año. En cuanto a la casa de que hablo que era almacén de carpintero y los sótanos fue alquilada por diez escudos, y acordaron que el granjero se quedaría con toda la producción de legumbres que daba el huerto y que mi padre utilizaría los sótanos hasta el día de año nuevo. Estas condiciones no le convencían a mi madre, que de hecho ninguna le podía convencer, y dijo que este hombre no la alquilaría y que ella arrancararía todas las legumbres del huerto. Un día que ella estaba por allí porque mi padre estaba en casa trabajando, por la noche ordenó a mi hermana que cortara las legumbres, y ésta obedeció. Mi padre le dijo: pero qué haces,

te prohíbo que las arranques ya que están alquiladas. Mi hermana le contestó: hay que aclararlas, y se retiró. Al ver esto mi madre se puso a arrancarlas ella misma mi padre se lo prohibió y ella le dijo: vete al cuerno, las voy a arrancar todas, mi padre le dio un bofetón y ella se puso a gritar: venganza, Dios mío, que me mata, mi hermana Victoire corrió hacia ellos y yo también y vi que mi padre intentaba sacarla del huerto; ella le pegaba patadas y también le asestó algunos puñetazos, una vez estuvo fuera. Por qué tengo que ser tan desgraciada, decía ella, un tipo infame que me mata por las noches, pero volveré a por mis legumbres y me las llevaré a pleno día. Volví con mi padre a Quevillon por un camino, y mi madre y mi hermana se fueron por otro. Cuando hacíamos la última sidra, mi madre no quería que trajéramos un tonel que había en Courvaudon y al ver que nosotros lo habíamos traído, se marchó a Hamars a consultar un albañil la manera en que podría obtener la separación, y desde aquel momento mi madre fue a menudo a consultar a unos y otros diciendo que su marido la dejaba morir y que la pegaba cada día; hacía unos días que habíamos hecho la lejía y mi madre dijo que quería lavar la ropa; todavía debía tener alguna. Mi padre le preguntó qué había hecho de su ropa blanca. Mi madre le contestó con cuatro palabras. Parece que mi madre había cogido toda su mejor ropa y la había escondido en casa de sus primos en Courvaudon, porque sabía que mi padre estaba obligado a suministrarle toda la necesaria; sus primas pasaban el sábado y se estaban con ella, una de ellas había dicho a una persona que mi madre iba aún por Courvaudon y seguía dejando dinero a deber; que si decían por todas partes que Rivière era tan buen hombre y añadía: yo no le tomo por tan buen tipo como dice la gente, por qué no dejaba a su mujer tranquila sin robarle lo que tenía; en otro tiempo la habían hecho venir a su casa, no pudieron aguantarla, bastaba con que le fuera a labrar como hacía antes y no pasar de ahí, ella se aferraba a su casa como cualquier persona. Esta prima le ponía buena cara a mi padre cuando se lo encontraba y decía en el pueblo de Aunay que mi madre era una mala mujer y que hacía sufrir a su marido. Un día nos pusimos a escuchar por un agujero del piso lo que decían mi madre y mi hermana. Yo ponía la oreja a menudo pero sólo se las oía cuando hablaban un poco fuerte. Un día que mi padre le había dicho a mi hermana Victoire que mi a-p pronto no podría trabajar, que habría que ayudar a cuidar las vacas y darles de comer por turnos, mi otra hermana y ella; cuando llegó mi madre ella le dijo repitiendo las palabras de mi padre con un tono burlón: ah, conque dijo que habría que darles de comer, que su madre ya no podría trabajar; mi madre hacía la cocina lo peor que podía y ponía hierbas a la sopa porque sabía que a

mi padre no le gustaban, mezclándolas con otras que sí le gustaban. A veces mi padre hablaba con los vecinos de sus males, hablaba de las sábanas que ella le había robado y decía: tienen ganas de marcharse, que se marchen donde quieran, pero no se van a llevar a mi pequeño Jule, no quiero que se lo lleven, quiero que se quede conmigo. Mi madre se fue a consultar al señor Blain, a Beauquay, le contó sus calumnias contra mi padre y le dijo que estaba embarazada. Había otras personas en casa del señor Blain y la cosa corrió por Aunay, y un hombre que hablaba con nuestro vecino le dijo: parece que tenéis a un vecino que debe maltratar de mala manera a su mujer, por lo que dice ella, debe ser terrible. Mi padre sabiendo que ella había dicho que estaba embarazada, no podía creérselo porque, decía, ella sabe que conmigo no puede ser, ella cree que yo me callaré para mantener mi honor a salvo, y cree que un día no me podré aguantar, la pegaré y conseguiré la separación. Estoy seguro, proseguía, que se pone algo en el vientre para parecer embarazada, tendré que vigilar; mantuvo este razonamiento ante muchas personas entre las cuales, Hébert y su mujer, la viuda Quesnel, Victor, sirviente del señor Grellai, una prima de mi madre de Courvaudon, Guerin guarda rural, un afilador de Aunay, y ante el cura de Aunay. Mi padre decía: ella dice que dejó morir al otro, pero yo le diré que me enseñe el que lleva en su vientre. Sin embargo, temiendo que se equivocara, me decidí aclarar el asunto, escuchando; una vez oí a mi madre y a mi hermana calculando el tiempo de este embarazo comparándolo con el tiempo que había estado las otras veces. Mi hermana dijo además: no hay que hacerle ningún vestido y cuando la gente esté delante: no tiene vestido porque no me diste dinero para comprárselo. Y ahí, añadía mi hermana, nos vamos a reír de veras; luego se puso a inventar y a decir lo que creía que mi padre diría en esta ocasión: ah, continuó, él te dirá, esto me lo has hecho para avergonzarme una vez más, siempre serás la misma, si de otra cosa se tratase ya lo habría solucionado; mi madre que temía que las oyeran le dijo: cállate. Mi hermana dijo en un tono más bajo: no te preocupes. Otra vez mi hermana había ido a Villiers a traer su labor y volvió sin que la pagaran. Entonces mi madre le dijo: que desgraciada me siento de estar como estoy, Dios mío, esto tiene que acabarse. Luego añadió: te has fijado si pagaban a las que también traían labores como la tuya. A lo mejor es tu padre quien le prohibió que te lo pagasen. Yo no dije nada de todas estas cosas a mi padre para no darle más disgustos. Otra vez que mi padre se había ido de viaje, oí que mi madre y mi hermana suponían que habría ido en casa de la persona en donde ella había escondido sus sábanas y los contratos de sus tierras: está en casa de Julie, decían, o en casa de Rinote,

seguro que le pediré los contratos y otras cosas, pero no se los van a dar, tendrían que ser muy cobardes para hacerlo; aunque mi madre estaba embarazada pensó que podría intentar un proceso para conseguir la separación, entonces no quiso cocinar más que para sus dos hijos, los que estaban con ella, ni coger el pan de casa de mi abuela, y después de consultar con gente durante tres o cuatro días, un día se fue a casa de su prima sin duda para coger su dinero. Y al día siguiente se marchó a Vire; me fijé que al irse, había un hombre con ella, sin duda sería uno de sus muchos amigos que tenía por allí; durante su ausencia mi hermana Victoire y mi hermano Jule se quedaron en casa, comiendo del pan que ella les había comprado, sin querer venir con nosotros que nos fuimos a vivir en casa de mi a-p. Por la noche mi padre le preguntó a mi hermana por qué dejaba perder el pan que había en su casa y compraba otro, ah, le contestaba ella, porque tenemos medios para comprarlo. Entonces paga tus deudas, le contestó mi padre, lo que le debes a Rabacle y los demás, no decías que les pagarías cuando tuvieras dinero. ¿Por qué impides a tu hermanito que venga a comer con nosotros? Yo no se lo impido; mientes, le dijo mi padre, se lo impides. Mi madre vino con una orden del presidente para comparecer a juicio. Fue el señor Valois, alguacil en Saint-Georges quien le trajo esta orden a mi padre. Todo el mundo estaba afectado al ver el espectáculo de cómo una persona tan buena como mi padre era maltratado de aquella manera, y perseguido, por una mujer. El domingo cuando entonó el Agnus Dei, ya que mi padre cantaba en el coro de la iglesia, casi cincuenta personas se pusieron a llorar. A lo largo de la semana mi padre obtuvo certificados, uno del alcalde de Aunay en el que se mencionaba su intachable conducta y la estima de que gozaba en la comunidad; uno de Courvaudon que contenía lo mismo y además decía cuatro cosas sobre la conducta de mi madre y otro escrito del señor cura y firmado por varios habitantes de la comuna que exponían la conducta de mi padre con mi madre, los muchos sacrificios que él había hecho para vivir en paz con ella. Mi padre cogió su contrato de matrimonio, lo estipulado ante el señor Foucaut, que perdió por el camino, fue encontrado y se lo devolvieron, el contrato roto, la carta de las deudas que le habían enviado, y se presentó al día siguiente de la Ascensión. Encontró que el presidente estaba dispuesto a favor de mi madre, sus certificados fueron mirados con indiferencia, el presidente llegó a decir incluso, al ver el de Courvaudon: de modo que el de Courvaudon lo ha hecho hacer contra su mujer. Mi padre dijo que el alcalde lo había hecho como había querido. Mi madre volvió a reprocharle que había dejado morir a su hijo. Mi

padre llorando le explicó el caso al señor presidente. También le enseñó lo estipulado ante el señor Foucaut.

El señor presidente le preguntó a mi madre por qué no quería mantener lo estipulado y le dijo que podía hacer tres cosas. O mantener lo estipulado, o volver con sus bienes a Courvaudon, o poner un pleito. Mi madre dijo que si volvía a sus tierras quería que mi padre le devolviese lo que le había quitado, sus muebles, su dinero, sus vacas, sus toneles, y muchas otras cosas que se le acudieron y que de hecho nunca había poseído. Mi padre le dijo: te lo devolveré todo; preguntaron que quién se encargaría de los niños, el señor presidente contestó que ellos mismos irían donde quisieran. Mi padre dijo: pero ella pretende estar embarazada^[27] ¿quién tendrá este niño? Le contestó que más bien sería de mi madre que de él, dado que ella le daría de mamar. Pero esto no le solucionaba las cosas a mi madre que como se ha visto tenía la intención de hacer este niño y no verlo más. Arréglatelas como puedas. No hizo ningún comentario sobre lo que el señor presidente dijo a este respecto. Este juez dijo también que si ella quería poner pleito que él no la desautorizaba pero que era un asunto que le costaría bastante dinero. Y esto era lo que quería mi madre que sabía que mi padre tendría que darle el dinero para que ella pudiera llevar a cabo su pleito. Al volver a Vire, el señor Auguste Grellay le preguntó que por qué quería arruinar a su marido. Es necesario que todos tengamos un poco de dinero, le contestó ella. Al volver mi padre la trajo en la grupa de su caballo desde Cadeholle hasta Aunay. Al llegar no manifestó mejores intenciones. Cuando mi padre le hablaba del viaje, ella le decía: qué pinta tenías, parecías un forzado. Y ella prosiguió con sus consultas, y a comprar el pan en las panaderías, hasta que el panadero le preguntó si su marido no tenía. Sí, dijo ella, pero cuando vamos a buscarlo hay una vieja que nos quita el hambre. Yo no comí con mi madre ni con mi hermana Victoire desde el día en que mi madre intentó la separación. Mi hermano Jule ya no buscaba tanto la compañía de mi padre, de mí, o de mi hermano Prosper, y no insistía en ir a caballo como antes^[28]. Sin embargo vino conmigo, vino varias veces a casa de mi abuela, a comer con nosotros cinco, y se llevaba bastante bien con todos nosotros, pero estaba más por mi madre que por mi padre. El sábado siguiente al día que volvió de Vire, mi hermana Victoire abrió el armario y le dio varios paquetes a mi prima que estaba de paso para que se los llevara. El domingo después de las vísperas vinieron varias personas de Aunay a visitar a mi padre y tomaron algo en casa de mi a-p. Luego se marcharon unos cuantos, pero otros se quedaron. Vino un carpintero de Courvaudon que reside en el pueblo de Bouillon donde vivía

también mi madre, entró primero en su casa y la abrazó y le hizo muchas zalamerías^[29] y luego entró en la otra casa y bebió con mi padre y con toda la gente allí reunida, hablaron de las herramientas de carpintero que mi madre le había dado, mi padre dijo que ella decía que se las había pedido y que él no quiso dárselas, y los dos fueron a buscarla. Pero ella dijo lo mismo que el carpintero, y mi padre consternado empezó a levantarle la voz. Mientras esto ocurría, las personas con las que yo me había quedado, dijeron: yo no estaría muy seguro en su situación con esta cantidad de tipos que la rondan. Luego Hébert dirigiéndose a mí me dijo: nunca abandones a tu padre, no dejará que vayas a la república. Pero yo tenía ideas muy distintas. Mi padre volvió y el carpintero también. La gente había salido al patio a tomar el fresco, el carpintero dijo: me he peleado con Rivière; mi madre y mi hermana estaban espiando detrás de la puerta, parecían divertirse de lo lindo ante el estado de abatimiento en que mi padre había caído. El carpintero se sentó y bebió, luego dijo que iba a cantar una canción, muy bien, dijo François Senecal, cántela en dos palabras, el carpintero empezó y cantó una canción que se burlaba de mi padre y se reía de su falsía. El final de la primera estrofa decía: que todo entre y que nada salga; en la segunda estrofa, decía: que Lise a fuerza de haberlos dejado entrar siempre por la misma puerta al cabo de nueve meses es natural que alguien por ella salga. Mi padre dijo entonces: volvámonos a casa, nuestra situación es más para llorar que para cantar. El carpintero volvió con nosotros, volvió a hablar de las herramientas y dijo: yo ayudé a su mujer a entrar el grano y ella me decía: tenga carpintero, llévese las herramientas y con esto dese por pagado. François Senecal le dijo: es que nos quiere atontar; y después de quedarse unos minutos se marchó. Algunas mujeres que estaban allí hablaron a mi padre y a mi a-p de sus penas, y que los veían hundidos, hay personas, dijeron al marcharse, que pasan su purgatorio en la tierra. Al día siguiente mi padre se marchó a Tessel, mi a-p le esperaba por la tarde: pero no volvió hasta el martes a las tres de la madrugada. ¡Ah!, le dijo mi a-p, qué has hecho todo este tiempo, he estado sufriendo como una loca, él le contestó que habiéndose marchado con intenciones de volver hacia las seis de la tarde, se había echado un poco para descansar y que se había dormido y que al despertarse había cogido el camino al revés, que había andado casi una legua, que entonces se había dado cuenta de que se equivocaba y había dado media vuelta. Y este día estuvo enfermo. Mi a-p se lo contó a una de las vecinas y aquella mujer le dijo: son todas las penas que pasa que le atormentan y lo destrozan de este modo. No tenía muchas fuerzas para

trabajar, se acostaba y descansaba, y siempre estaba abatido, soñador y pensativo; mucha gente decía: si coge una enfermedad no se saldrá de ella.

fin del resumen de las penas de mi padre.

Como prometí explicar mi carácter, lo que pensé antes de esa acción, haré como un resumen de mi vida personal y de los pensamientos que tuve hasta ese día.

De joven, es decir a los 7 u 8 años era muy piadoso. Me apartaba de la gente para rogar a Dios y durante las romerías me negaba a tomar los refrescos que se repartían durante un cuarto de hora; quería ser cura y mi padre decía que me ayudaría a serlo. Me aprendí sermones de memoria y prediqué delante de varias personas entre las cuales estaba Nicolas Rivière, de nuestro pueblo, y en casa de su hermano posadero en Aunay, delante de varios señores que se encontraban allí. Esto lo hice durante dos o tres años. Lo hacía inspirado por lo que había leído. Más tarde cambié de idea y pensé que sería como los otros hombres. Sin embargo era bastante raro. Mis compañeros del colegio se daban cuenta y se reían de mí, yo atribuía su desprecio a algunas tonterías que había hecho al principio, y que a mi modo de ver me habían desacreditado para siempre. Me divertía solo, me iba al jardín y como había leído algo sobre los ejércitos que imaginaba que eran nuestras barzas alineadas para la batalla, designaba los jefes y luego rompía unas cuantas berzas diciendo que eran muertos o heridos, mi a-p decía: es sorprendente, le gustan las berzas y las rompe; yo me divertí bastante tiempo con este juego, aunque no rompí muchas berzas. El hijo mayor de Rivière, me vio al pasar y desde entonces cada vez que me veía: qué, aún te peleas con las berzas! me decía; aprendí a leer y la aritmética, la escritura me costaba más. Cuando dejé de ir a la escuela me puse a trabajar la tierra con mi padre; pero ésta no era mi vocación, yo tenía ideas de gloria, me divertía mucho leyendo; en la escuela leímos la biblia de Royaumont, leí los Números y el Deuteronomio, el Evangelio y el resto del Nuevo Testamento, leí almanaques y libros de geografía, [leí] las historias de familia y un calendario del cura, algunas historias como la de Bonaparte, la historia romana, una historia de un naufragio, la moral en acción y muchas otras cosas, cualquier pedazo de periódico que me encontraba lo leía, leí también el Bon Sens del padre Melier, el catecismo filosófico de Feller y el catecismo de Montpellier. Lo que leí sobre la astrología y sobre otras cosas que había examinado me hizo irreligioso [hace] tres años. En esa época y antes me sentía devorado de ideas

de grandeza e inmortalidad, me consideraba mucho más importante que los demás, y hasta ahora me dio vergüenza decirlo, pensé que me elevaría por encima de mi estado. En ese tiempo la pasión carnal me molestaba. Pensaba que no era digno de mí y no pensaba nunca en abandonarme a ella. Sentía una especie de horror por el incesto y esto hacía que no quisiera acercarme a las mujeres de mi familia, cuando creía que me había acercado demasiado, hacía unos signos con la mano como para reparar el mal que creía haber hecho. Mi padre y mi a-p estaban desolados por estas cosas que duraron un año. Mi padre decía, quizás sean escrúpulos^[30] pero es raro porque ya no hay religión. Cuando me preguntaba por qué hacía estos signos, yo intentaba eludir la pregunta diciendo que quería ahuyentar al diablo; también decían que sentía horror de las otras mujeres, pues ya que cuando se ponían al lado de mí a-p o de mi hermana, yo me iba hacia el otro lado, Marianne Renaut que por aquel entonces servía en casa, al abrir un día la puerta del jardín, me llevó rápidamente la mano a los calzones, aunque estuviera bastante alejado; ah sí, dijo, anda agárrate bien los pantalones; pero no era de ella que tenía miedo, sino que al abrir la puerta temía que no fuera mi hermana o mi a-p. Estas ideas se disiparon. Pero seguía ocupado con mi excelencia, y mientras estaba solo me imaginaba historias en las que yo desempeñaba un papel, siempre me metía en la cabeza de los personajes que me imaginaba. Sin embargo me daba perfecta cuenta de cómo me miraba la gente, la mayoría se reía de mí. Intenté buscar la manera de solucionar este aspecto y poder vivir en sociedad, pero no encontraba la fórmula, no sabía qué palabras tenía que decirles, y no podía tener un aspecto sociable con los chicos de mi edad y sobre todo cuando había chicas entre nosotros, entonces sí que no encontraba palabras, incluso algunas para burlarse corrían hacia mí y me daban un beso, no quería ir a visitar a mis parientes, es decir a los primos, ni a los amigos de mi padre porque tenía miedo de los cumplidos que había que hacer. Al ver que era incapaz de conseguir estas cosas me consolé. Y desprecié en mi interior a aquellos que me despreciaban. Quise vengarme de la hija de Nicolas Margrie que me había besado a la fuerza componiendo una canción en su honor que estaba dispuesto a esparcir por los caminos, luego pretendí vengarme de todos los que se burlaban de mí componiendo canciones contra todos ellos, le dije a uno de mis amigos, Fortain, que podría vengarme de todas estas personas escribiendo sobre ellos, que podría difamarles y hacerles desterrar del país. Más adelante varias veces estuve tentado de retar a alguno de ellos en duelo. También decidí distinguirme construyendo instrumentos nuevos que creaba mi imaginación. En primer lugar decidí hacer un instrumento para matar pájaros

como nunca se hubiese visto y le di el nombre de calibene, trabajé en él mucho tiempo los domingos y por las noches, y al ver que no funcionaba tal como yo pensé lo enterré en un prado y luego lo desenterré y todavía está en el suelo de una de las casas. También decidí hacer un instrumento para batir la manteca, que funcionara solo, y un carro que marchara solo también, con resortes que sacaba de mi imaginación. Le conté todo esto a Fortain, mi amigo, y a Jean Buot, que trabajaba con nosotros. Me hacía más con los niños de nueve a diez años que con los chicos de mi edad, les hacía ballestas que yo mismo disparaba; me detuvieron con uno y aunque yo dijera que lo había hecho para hacerme pasar por loco, no era exactamente por esto. En casa también los disparaba pero miraba de esconderme lo mejor posible. No creía que fuera una necesidad que yo tuviera, otras veces había leído que esto lo utilizaban para cazar e incluso para luchar en la guerra. Unos días antes al disparar rompí un trozo de cristal de Nativel, y luego tuve vergüenza de que se supiera que había sido yo; mis dos hermanos lo vieron. Les preguntaron quién lo había roto, y ellos no dijeron que había sido yo. Como sospechaban de mí, mi padre le preguntó a Jule si había sido yo. El niño sostuvo que no. También crucificaba ranas y pájaros, y había imaginado asimismo otros suplicios para matarlos. Consistía en clavarlos con tres clavos en un árbol, por el vientre. A esto le llamaba yo encefalar, muchas veces me llevaba a los niños conmigo para hacer esto aunque otras lo hacía solo. Hace dos años que fui por Saint Clair a Sainte Honorine, solo, para observar los discursos que los amos y los sirvientes pronunciarían, y para instruirme y poder hacerlo si la ocasión se presentaba. Observé a varias personas entre las cuales el señor Viel de Guiberville, le vi hablar a varios criados y alabar a uno; miraba a las gentes sin decirles palabra, sin conocerles y sin que ellos me conocieran a mí; muchas veces me paseé solo por las asambleas y por los mercados. Siempre con la idea de instruirme y educarme. Pensaba que si algún día tuviese dinero me compraría libros y las instrucciones completas del abad Gaultier^[31] concernientes a la lectura, escritura, aritmética, geometría, geografía, historia, música, las lenguas francesa, latina y italiana etc. que costaba 60 francos. Pensaba que me educaría. A pesar de estos deseos de gloria, quería mucho a mi padre y sus desgracias me afectaban mucho. El abatimiento en que le vi sumido estos últimos tiempos, las continuas penalidades que sufría, me afectaron vivamente. Todas mis ideas estuvieron marcadas por esto y se concentraron en este problema. Concebí el espantoso proyecto que realicé, más o menos un mes antes de llevarlo a cabo. Olvidé del todo los principios que debían hacer que respetase a mi madre, a mi hermana y a mi hermano,

veía a mi padre como entre las fauces de perros rabiosos o de bárbaros, contra los que tenía que emplear las armas, la religión prohibía estas cosas pero me olvidé de sus reglas, incluso tuve la impresión de que Dios me había encomendado esta misión y que la realizaría justamente, conocía las leyes humanas las leyes de la policía, pero me creí más sabio que todas ellas, las veía innobles y vergonzosas. Había leído en la historia romana y había visto que las leyes de los romanos daban al marido derecho de vida y muerte sobre su mujer y sus hijos. Quise afrontar esas leyes, me pareció que sería una gloria para mí, que me inmortalizaría muriendo por mi padre, me imaginaba como los guerreros que morían por su patria y por su rey, el valor de los alumnos de la escuela politécnica cuando la toma de París en 1814 y me decía: esta gente moría por la causa de un hombre que no conocían y que tampoco les conocía, que nunca había pensado en ellos; y yo moriré para liberar a un hombre que me ama y me aprecia. El ejemplo de Chatillon que defendió solo hasta la muerte el paso de una calle por la que abundaban los enemigos para apresar al rey; el valor de Eleazar hermano del Macabeo que mató a un elefante creyendo que el rey enemigo iba en él, aunque sabía que sería aplastado por el peso de la bestia, el ejemplo de un general romano del que ya no recuerdo el nombre, que en la guerra contra los latinos se dejó matar por su causa. Todas estas cosas me pasaron por la mente y me alentaron a realizar mi acción. El ejemplo de Henri de la Roquejacquelin que leí últimamente me pareció tener un gran parecido con lo que me proponía realizar. Era uno de los jefes de los Vendeenses, murió a los veintiún años de edad por la causa del rey. Consideré su arenga a los soldados en el momento del combate: si avanzo, les dijo, seguidme, si retrocedo matadme, si muero, vengadme. La última obra que leí fue una historia de naufragios que me había prestado Lerot. Leí que cuando los marineros se quedaban sin víveres, sacrificaban a uno de ellos al que comían para salvar al resto de la tripulación, y pensaba: yo también me sacrificaría por mi padre; todo parecía invitarme a esa acción. Incluso me parecía más fácil entender el misterio de la redención, me decía: nuestro señor Jesucristo murió en la cruz para salvar a los hombres, para rescatarlos de la esclavitud del demonio, del pecado, y de la eterna condena, era Dios, era él quien debía castigar a los hombres que le habían ofendido; de modo que podía perdonarles sin sufrir aquel tormento; pero yo sólo puedo liberar a mi padre muriendo por él. Cuando oí decir que casi cincuenta personas habían llorado cuando mi padre había cantado el Agnus Dei, me dije a mí mismo: si extraños que apenas le conocen lloran, qué tengo que hacer yo que soy un hijo. De modo que tomé esa espantosa resolución,

me decidí a matarlos a los tres; a las dos primeras porque estaban de acuerdo en hacer sufrir a mi padre, en cuanto al pequeño tenía dos razones, una era que amaba a mi madre y a mi hermana y la otra porque temía que matando sólo a las dos, aunque mi padre estuviera horrorizado, me echara de menos cuando se enterase de que moriría por él, yo sabía que quería a este niño que era inteligente, pensé, tendrá un tal horror de mí que se alegrará de mi muerte^[32] y de este modo viviría feliz sin remordimiento alguno. De modo que habiendo tomado estas funestas resoluciones me decidí a ponerlas en acción. Primero tuve la intención de escribir toda la vida de mi padre y mi madre más o menos como la he descrito en esta memoria^[33], poner en el principio un anuncio del hecho y al final las razones que tenía para cometerlo y la burla que preveía hacer a la justicia, que la provocaba, que me immortalizaba y todo eso; luego cometer mi acción, traer mi escrito al correo y luego coger un fusil que habría escondido previamente y matarme; algunas noches me había levantado para leer el catecismo de Montpellier; con el pretexto de hacer lo mismo me levanté y empecé a escribir mi idea al principio, pero al día siguiente mi hermana se dio cuenta, le dije que escribía la vida de mi padre y de mi madre para presentarla a los jueces o bien a un abogado que mi padre consultaría para que viera el modo en que era tratado por mi madre o incluso que se contentaría con leerlo a nuestros amigos. Mi hermana, Aimée quiso ver lo que había escrito, yo me cuidé mucho de enseñárselo, pues se trataba de mi idea de cometer el acto. Poco después vino con mi padre y Quevillon, yo lo escondí, y ella me dijo: ¿es imposible verlo? yo le dije que había que esperar a que estuviera más avanzado. Pero temiendo que lo descubrieran lo quemé y pensé que escribiría la vida sin esconderme de nadie y que pondría secretamente las razones del fin y del principio una vez escrita la vida. De modo que una noche me levanté para escribir pero siempre acababa durmiéndome y escribía muy poco. Entonces tomé otra determinación, renuncié a escribir, y pensé que después del crimen volvería a Vire, que me haría detener por el fiscal del rey o por el comisario de policía; luego declarararía que moría por mi padre, que era inútil defender a aquellas mujeres, que no lo lograrían, y que mi padre desde aquel momento viviría tranquilo y feliz; también pensaba decirles: en otro tiempo vimos a Jael contra los Sirara, a Judits contra los Holofernes, a Charlotte Corday contra los Marat; ahora deben ser los hombres quienes empleen este sistema, son las mujeres las que mandan en la actualidad, en este maravilloso siglo que se autodenomina siglo de las luces, esta nación que parece tener un gusto tan marcado por la libertad y por la gloria, obedece a las mujeres; los romanos

estaban mucho más civilizados, los hurones y los hotentotes, estos pueblos considerados idiotas, lo eran mucho más, nunca se dejaron vencer, siempre fueron los más poderosos físicamente los que dictaron la ley. Creía que sería un gran honor para mí tener ideas opuestas a las de todos mis jueces, pelearme con el mundo entero, me creía Bonaparte en 1815. Me decía asimismo: este hombre hizo morir a millares de personas para satisfacer vanos caprichos, luego no es justo que deje vivir a una mujer que impide la tranquilidad y la felicidad de mi padre. Pensé que había llegado la ocasión de subir, que mi nombre se oiría por el mundo entero, que con mi muerte me cubriría de gloria y que en los tiempos futuros, mis ideas cuajarían y se harían apologías de mi persona. De este modo me decidí a realizar esta funesta resolución. Sin embargo temía que mi padre, que a mi modo de ver no tenía ideas tan sublimes como las mías, se suicidara por esto; pero pensaba hacerlo en su ausencia y que avisaría a la gente para que se lo impidiera y que una vez hubiera pasado el primer impacto ya no correría peligro. También pensaba que como que tendría que presentarme ante los jueces para mantener mis opiniones, que tenía que cometer esta acción con mi traje nuevo para marcharme a Vire una vez realizada la acción. El domingo 24 de mayo fui a afilar la hoz en casa de Gabin Laforge herrero de Aunay al que teníamos costumbre de utilizar para estos servicios; durante este día no hice nada, pensé que lo haría por la semana y que antes cogería mi traje nuevo; al ver que el sábado mi padre y mi a-p se marcharon a Aunay y que los tres que había decidido matar estaban en casa, cogí rápidamente mi traje nuevo, pero cuando ya estaba preparado, me di cuenta de que mi madre y mi hermano se habían ido al pueblo y pensé que tenían que volver, y como mi hermana Aimée me preguntaba por qué me había vestido de aquel modo yo le dije que me marchaba al pueblo y allí fui en espera de que mi madre volviera; como me la encontré por el camino, llegué al pueblo y volví de inmediato y al llegar me los encontré a los tres en casa, pero no pude decidirme a matarlos; entonces me dije: no soy más que un cobarde y nunca llegaré a ninguna parte y me fui al jardín; y vi volver a mi padre; entonces me cambié de ropa; mi padre y mi a-p me preguntaron por qué me había puesto tan elegante para ir al pueblo, que por qué no me había puesto mi camisa y mis otros pantalones; les dije que mi otro traje, en concreto mis pantalones, estaba demasiado desastroso; no me hicieron más preguntas; pensé realizar mi acción al día siguiente sin tantos problemas; pero la ocasión no se presentó o si se presentó no lo hice; estuve tentado de hacerlo por la tarde aprovechando que había gente con mi padre, pues pensé que esta misma gente le impediría suicidarse. Mientras tanto yo no

estaba con ellos, estaba rondando por el jardín ocupado en mis pensamientos; digo que tuve la ocasión, pero fui retenido por lo que en aquel momento llamaba mi cobardía. Incapaz de decidirme y viendo que aquel día no había modo de hacerlo, me fui con mi padre y con los que estaban con él, el carpintero, y los otros de los que ya hablé. Pensé que cometería esta acción durante la semana y que me escondería para coger mi traje nuevo, sabía que al día siguiente me sería imposible, teníamos que ir con el arado a casa de Quevillon; pero al otro día tenía que venir a la nuestra y en este caso era mi padre quien de ordinario iba y no yo, entonces pensé que cuando mi padre estuviera ocupado podría ejecutar mi proyecto; el lunes me fui con Quevillon, me dijo que no era seguro que mañana pudiera venir con nosotros, porque necesitaba un caballo prestado para ir a un prado el miércoles donde le serían necesarios tres, que si podíamos acabar de labrar los campos en que estábamos nosotros, para ir por la tarde a rastrillar el prado a fin de que estuviera preparado; que vendría con nosotros el martes, pero que sin ello le sería imposible. Cuando me enteré de todo esto hice correr lo más que pude a los caballos, y acabamos con los campos que estábamos trabajando, y por la tarde fuimos a trillar lo que nos había dicho. Al día siguiente vino con nosotros, pero como mi padre había vuelto a caer enfermo al haber pasado la noche fuera, no pudo ir con él y tuve que ir yo. Por la tarde como mi padre se encontraba algo mejor me dijo que si quería salir al jardín, o bien volver al arado, yo le contesté que prefería salir al jardín; por la tarde, encontrándome en la cuadra, le dije a mi hermana Aimée: cántanos el cántico: día feliz, santa alegría, por qué, me dijo; yo le contesté, es para aprenderme la canción, y por qué quieres aprenderla, me contestó, yo le dije: me gustaría saberlo, y entonces se puso a cantar y Quevillon dijo: ¡ah, qué bien! y se fue a bromear con mi hermana; luego se marchó con mi padre y el arado. Pero durante este día no hice nada tampoco, no se presentó la ocasión y luego tomé otra resolución; al día siguiente tenía que ir con Quevillon, decidí hacerme el enfermo para que fuera mi padre. De modo que por la mañana, a la hora de levantarse, hice ver que vomitaba y vino mi a-p. Le dije que estaba mareado y que no podría ir a labrar y mi padre fue aunque todavía no se acababa de encontrar bien; alrededor de una hora después me levanté y dije que me encontraba algo mejor y que me iba a trabajar al huerto, inmediatamente cogí mi traje nuevo y lo transporté a una de las otras casas llamada la casa Clinot, luego me vestí muy elegante, en aquel momento los tres estaban en casa, pero cuando ya estaba vestido, me di cuenta de que mi hermano Jule se marchaba al colegio; entonces decidí aplazarlo para otro rato; estaba en el jardín y me

disponía a entrar en la casa mencionada y ponerme mi traje de cada día cuando mi hermana me vio; al ver que me había visto yo me marché, me fui por el lado de Beauquay y decidí no volver hasta el mediodía en que los tres estarían en casa. Pero tenía que esperar demasiado, volví a casa para vestirme de cada día y decidí realizar la acción sin cambiarme. Me dije: qué importa si voy bien o mal vestido, me explicaré lo mismo, y volví a casa; en aquel momento la viuda Quesnel estaba en el patio; ah, le dijo a mi a-p, mira Pierre ha vuelto, fui a buscar en la casa donde había dejado mi ropa de cada día y vi que no estaba. Entré en casa de mi a-p y vi que estaba llorando; adonde quieres marcharte, me dijo, si crees que no ganas suficiente con tu padre y quieres marcharte a otra parte, dilo, y no te marches de esta manera sin decir nada a nadie; además no tienes dinero, qué quieres hacer, quieres abandonar a tu padre y sin embargo ya ves cómo está. Ah, dijo la viuda Quesnel, vas a matar a tu pobre abuela que tanto te quiere, dale un beso bien fuerte. Mi a-p me dijo: por qué lo hiciste, tu padre te ofrece todas las ventajas posibles, cuando eras niño decía que sacrificaría una parte de sus bienes para que fueras cura, te propuso aprender un oficio si éste era tu deseo, si quieres abandonarle, tampoco te dejará marchar sin dinero; la viuda Quesnel dijo: no está de más para ayudaros, puede vivir feliz con todos si le da la gana. Mi a-p dijo: mejor hubiera hecho marchándose esta mañana en lugar de su padre, que está enfermo, y date cuenta de su posición, si te vas tu madre tendrá más fuerza ante los jueces, les dirá: es tan malo que sus hijos le abandonan; sin embargo si quiere marcharse su padre no le va a retener; que lo diga y arreglaremos el asunto. Eludí todas las preguntas de mi a-p diciéndole que no era nada, que se montaban el gran tinglado por cuatro tonterías, y me fui a la habitación y recogí mi ropa, marchándome luego al jardín en espera de que llegara el mediodía. Mi a-p vino también y me hizo nuevas preguntas a las que le contesté que aquello no era nada, que no tenía que preocuparse. Sí, me decía, algo te llevas entre manos y cuando llegue tu padre quiero que se lo expliques; muy bien, le contesté, esta noche hablaré con él. Mi a-p dejó de hacerme preguntas. Llegó el mediodía y se fue a ordeñar las vacas con mi hermana Aimée. Mi hermano Jule había vuelto del colegio. Aprovechando esta ocasión cogí la hoz, entré en casa de mi madre y cometí aquel crimen atroz, empezando por mi madre, luego mi hermana y al final mi hermanito, luego redoblé los golpes, Marie, suegra de Nativel, entró, qué estás haciendo, apártese, le dije, o le pasará lo mismo. Luego salí al patio y dirigiéndome a Nativel le dije: cuídese de mi a-p ahora podrá ser feliz, muero para darle la paz y la tranquilidad, me dirigí también a Aimée Lerot, y a Pôtel, criado de

Lerot, vigilad, les dije, que mi padre y mi a-p no cometan ninguna tontería, muero para devolverles la paz y la tranquilidad. Luego me puse en camino en dirección a Vire, como quería tener el honor de ser el primero en anunciar el acontecimiento no quise pasar por el pueblo de Aunay, temiendo que allí me detuvieran. Decidí pasar por el bosque de Aunay, por un camino por el que había ido varias veces y que pasa cerca de un sitio llamado las Vergées, y para volver a tomar el camino de Vire por encima del pueblo al pie de los bosques de Aunay, de modo que cogí por aquel camino y eché la hoz en un campo cerca de la Fauctrie y me fui. Al marcharme sentí desfallecer aquel valor y aquella idea de gloria que me habían animado, y cuando estuve algo más lejos, llegando al bosque volví a encontrar la razón, ah, ¡es imposible, me dije a mí mismo, soy un monstruo! ¡infortunadas víctimas, es posible que haya cometido tal atrocidad, no, sólo es un sueño! ¡No, es demasiado cierto, abismos abriros bajo mis pies, tierra trágame!; lloré, me revolqué por el suelo, consideré el lugar y los bosques, otras veces había paseado por allí. Nunca me hubiera imaginado, me decía que un día me vería en esta situación; pobre madre, pobre hermana, culpables, hasta cierto punto, pero llegaron a tener ideas tan indignas como las mías, no, desgraciado niño, que venía conmigo a labrar, que conducía el caballo, que sabía ya trillar, han desaparecido para siempre jamás,

¡Nunca los volveré a ver! ¡Ah cielo, por qué me dejaste vivir, por qué me mantienes vivo aún! No me quedé mucho rato en este lugar, no podía seguir en el mismo sitio, mis remordimientos se disipaban al andar. Es fácil imaginar que ya había perdido las ganas de ir a Vire a exponer mis ideas que me animaron en un principio. Durante el mes que pasó entre mi crimen y mi detención mis ideas cambiaron más de una vez, explicaré estos cambios en función de los sitios por donde anduve. Como ya expliqué más arriba estuve primero en los bosques de Aunay, donde destrozado por los remordimientos andaba sin saber adonde ir, una vez en lo alto del bosque de Aunay, creo que me dirigí hacia Danvou; pero no sé si me acerqué mucho; por la noche me encontré en un bosquecillo cerca de Cadehol, me acosté y me abandoné a mis desesperados pensamientos, me levanté y cogí el camino, pasé por Cadehol y un poco más allá lo dejé y me fui hacia la derecha, anduve campo a través, descansé debajo un seto, el jueves pasé por lugares que apenas conocía, el miércoles no había cenado y el jueves comí varias clases de hierbas, como acedera, comí también champiñones, no tenía más que catorce céntimos que llevaba en el bolsillo en el momento en que me marché, llegué a Tourneur donde compré una libra de pan y luego seguí el camino vecinal. Al pasar por

un pueblo, que me dijeron que se llamaba Saint–Pierre, oí una mujer que le decía a otra: ... ¿te enteraste de la desgracia que ha ocurrido en Aunay? sí, le contestó la otra, pero no estoy segura de que sea cierto; ah sí, dijo la primera, y tan cierto como es. Por la noche mientras estaba en los campos cerca de la carretera principal entre Mesnil au Souf y Cadehol, decidí matarme, la idea del crimen que había cometido me era insoportable. Temiendo que quizás acusaran a mi padre de complicidad, de haberme escondido, o haberme hecho desaparecer de una manera u otra; pensé que era necesario que encontraran mi cuerpo, y como normalmente llevaba cordel en mis bolsillos y en aquel momento lo tenía a mano, resolví colgarme de un árbol, busqué cuál de ellos me podría servir, pero en el momento de hacerlo, el temor del juicio de Dios me retuvo, pasé el viernes trastornado por estas ideas, y al fin decidí aceptar mi situación habida cuenta de que el mal era ya irreparable, decidí vivir de hierbas y de raíces hasta que ocurriera algo imprevisto; mientras esperaba que las fresas, las zarzamoras, y las moras madurasen, decidí ir hacia el mar, para vivir de los cangrejos, de los mejillones y de las ostras; me marché el viernes por la noche, el sábado por la mañana me aparté un poco de la carretera y pasé el día en los bosques cercanos a Mesnil au Souf, a la izquierda en dirección de Caen, viajé las noches siguientes excepto el martes que caminé durante el día, y llegué a Port. Aquel día me había encontrado el lunes por la mañana cerca del bosque de Juvigni a un hombre que me había preguntado adonde iba y si tenía papeles, yo le había contestado que me dirigía a Fontenay, y no me había preguntado nada más; de modo que por la tarde me encontraba, como ya dije, en Port; comí algunos cangrejos, luego me di cuenta de que no hacía muy buen efecto y decidí volver a las raíces y a las plantas con bulbos que se encuentran en los bosques en los que había estado cerca de Mesnil au Souf, volví a pasar por Bayeux el martes por la noche y dormí en una especie de fosa cerca de Cremel; no me preocupaba por si me detenían o no y el miércoles viajé durante el día, quise comprar dos cuartos de rábanos en el puente de Juvigni, pero no había y me fui. Marianne Beau vais que estuvo de sirvienta en casa durante un año y ahora lo es de Dupont, mesonero en Juvigni, me vio al pasar y seguro que se lo dijo a los que estaban con ella, pues oí gritar detrás mío: ah, ah, avisad a los gendarmes, pero como yo no me volvía, ella me gritó dos o tres veces: Pierre, Pierre, llegué a la primera vuelta del camino y me encontré al mismo hombre que me había interrogado el lunes: la gente ya no gritaba y él no me dijo nada, bebí y comí unos berros, en un arroyo donde hay un puente cerca de Juvigni y proseguí mi camino. Pasé por Villers de noche y el jueves estaba de nuevo en los bosques

de Mesnil au Souf; pensé que no lograría salirme de esta forma y dándome cuenta de que sólo una extravagancia había sido capaz de llevarme al crimen, decidí entregarme a la justicia y hacer que me detuvieran en Vire, pero temía contar la estricta verdad; sin embargo mi primera intención fue decir que me arrepentía pero me vino la idea de contar que había sido víctima de unas visiones, que absorbido por las penas de mi padre había visto espíritus y ángeles que me habían mandado realizar aquel acto por orden de Dios, que desde siempre había sido mi destino, y que ellos se me llevarían al cielo luego de mi acción y que por esto lo había hecho; pero que inmediatamente después me había dado cuenta de todo y me había arrepentido, como de hecho ocurrió tal como ya he contado. De este modo la noche del viernes al sábado me marché de los bosques de Mesnil au Souf, entrada la noche, no quería que me detuviesen antes de llegar a Vire y llegué el sábado por la mañana, aunque no tenía fuerzas para entregarme y prefería que me pidieran la documentación. Al llegar me acosté en un hoyo y como nadie me decía nada, me dirigí a lo alto de la calle de Calvados, me paseé un poco y al ver que nadie me detenía, pregunté por el camino de Cherbourg, porque había leído que un soldado para llevar las órdenes de Thoiras, al cardenal Richelieu, había nadado dos leguas y pensé que también yo podría nadar hasta llegar a alguna de las islas inglesas como la de Jersai de Grenesai d'Aurigni y de Vig que había visto en los libros de geografía y en los mapas, sabiendo que no estaban muy lejos del continente francés, o quizás moría en la travesía, pero que había que arriesgarse; de modo que volví a Papilloniére y pasé por el camino que me habían indicado. Pero al darme cuenta de que lo que pensaba era imposible y que en caso de que lo consiguiera tampoco me salvaría, decidí volver a Vire; por la mañana me había marchado y por la tarde volví. Me senté en lo alto de la calle de Calvados donde había unos gendarmes y varios señores, pero al ver que no me decían nada, me fui a otra calle y pregunté a una mujer por la casa del comisario de policía; la mujer me dijo: ¿usted se refiere a la casa del gran jefe, no? Luego me dijo en qué calle era y un señor que pasaba por allí me lo indicó también. Me dirigí hacia donde me habían indicado; pero al no conocer la casa y también por resistirme a ir, me senté bajo unos árboles que hay cerca de la iglesia; luego decidí denunciarme a un gendarme y fui hacia donde estaban; me senté de nuevo delante de ellos y al verlos indiferentes decidí volver a los bosques para continuar la vida que hasta entonces había llevado; siempre dormí al aire libre y sólo pedí caridad en tres casas cerca de Papilloniére y en una casa al volver a Bayeux y todas se me negaron. Me marché de Vire donde había pasado el sábado y me fui a un bosquecillo más

allá de la capital del Ave-Marie, donde pasé el domingo, comí berros y a la noche siguiente volví a los bosques de Mesnil au Souf, allí volví a comer hierbas, raíces, intentaba distraerme de mis pesares y me ocupaba en recitar mis plegarias, además consideraba la naturaleza, examinaba los astros, pensaba que vería el cometa de Hallay, pasé algunos días en estos bosques, y luego al darme cuenta de que me era imposible decidí entregarme de nuevo a la justicia. Pero decidí camuflar aún más la verdad, más de lo que en un principio había decidido y concebí la idea de hacer el papel que hice al principio de mi detención. Pensé que hubo locas, y eso lo vi en los museos familiares, locas que se hacían pasar: una por reina de Francia, otra por reina de todas partes, otra por papesa y además inspirada por el Señor para predicar en la tierra. De modo que pensé que no tenía que decir que me había arrepentido, sino que había sido como un ejecutor del Señor, que era su instrumento y obedecía sus órdenes; que le había visto y a los ángeles también. Fue muy a pesar mío que adopté este medio de defensa, pero creí que me sería útil. Abandoné los bosques y me fui a Vire y decidí hacerme notar por los caminos. Sin embargo como temía el resultado a todo esto, esperé aún, decidí emplear el escaso dinero que me quedaba, hasta aquel momento, a excepción de una libra de pan y dos cuartos de nueces, me lo había guardado pensando que podría necesitarlo para algo más importante que comer; tenía el estómago tan vacío que me lo enfajaba con mi pañuelo para que me costara menos andar; pasé esta segunda vez por Vire un jueves por la mañana y al llegar compré dos libras de pan y un *garreau*.^[34] y seguí la carretera de Conde, no la conocía, pero dio la casualidad de que era aquélla. El viernes pasé por Vassi, me acosté al borde de un prado cerca de Vassi, para ver si me detenían, algunas personas se me acercaron y parecían sorprendidas, pero no me detuvieron, por la noche llegué a Conde y compré dos panes en casa del panadero, me acosté en un especie de hoyo y a la mañana siguiente seguí camino en dirección a Fier, me encontré un comerciante de Aunay al que reconocí rápidamente y él a mí también ; me dijo : hola chico, adonde vas, por ahí te van a detener, lo que has hecho no está bien, nada bien. Yo hice ver que escuchaba sus consejos y me fui, no me quedaba más dinero y empezaba a comer hierbas; al día siguiente me encontré cerca de Fier a Laurent Grellay, llamado Ficet, que conducía unos bueyes y que me dijo: Ah Rivière, te van a coger; yo pensé para mis adentros, es exactamente lo que quiero, y sin contestarle proseguí mi camino, llegué a Fier, crucé el mercado y llegado al otro lado del pueblo cerca de las últimas casas me acosté al sol al borde de la carretera, fui algo más lejos, y por la tarde volví al mismo sitio

donde me había acostado por la mañana. Para excitar la atención pública, así como para comer empecé a hurgar la tierra en busca de hierbas a los lados de la carretera, todos los que pasaban me miraban y parecían extrañados, pero nadie intentaba detenerme, al fin llegaron dos hombres de los cuales uno dijo al otro : este tipo está ahí desde esta mañana. El otro se me acercó y me preguntó que qué hacía allí; entonces le contesté según la táctica que había adoptado, que era de todas partes, le dije al fin que me había marchado de Aunay, pero el hombre no sospechaba de mí, me invitó a su casa diciéndome que me daría de comer, fue necesario que me lo dijera más de una vez, al fin fui y me dio pan y sidra, luego me marché, pasé otra vez por el pueblo y decidí volver a Vire y volver a gesticular por el camino, pasé por Conde una tarde cuando la gente se paseaba y me acosté en una calera que estaba algo más arriba de Conde; por la mañana me marché y encontré un resto de cartuchos de 50 céntimos cerca de un pueblecito que está en una loma, al ver esto decidí esperar un poco a dejar que me cogieran, pasé de nuevo por Vassi, y me detuve en un mesón algo más lejos, el mismo en el que se detuvieron los gendarmes cuando me llevaban a Vire, me hice servir pan y huevos y sidra, gasté 14 céntimos y por la noche volví a pasar por Vire, compré 3 céntimos de nueces y fui a una panadería a comprar seis panes, el panadero me dijo, como también me lo había dicho la que me vendió las nueces, que si necesitaba más que volviera, por la noche me marché a los bosques de Mesnil au Souf, en los que pasé tres días, en la noche del jueves al viernes me marché y me dirigí a Mesnil au Souf, por senderos y campo a través llegué por la mañana entre le Plessis y les Forges Viret, pasé el día al borde de un río y me cobijé entre las rocas porque llovía, a la noche siguiente seguí el camino vecinal, pasé por les Forges Viret y al fin llegué a la carretera que me parece que va de Conde a Halcour, anduve durante todo el sábado, pensaba que de un momento a otro me detendrían, mientras tanto como tenía muy poco dinero decidí hacer una ballesta para matar pájaros y comérmelos, o para distraerme cazándolos, y en el caso de que me detuvieran con esto encima serviría perfectamente para el papel que pensaba representar; pero como si mataba alguno tendría que cocinarlo al pasar por Halcour compré un cristal de reloj que me costó 4 céntimos para hacer fuego con el sol, creyendo que tendría el mismo efecto que las gafas, pero lo probé y al ver que no funcionaba lo rompí. Había tomado el camino de Halcour a Caen, llegué a un pueblo, entré en una tienda, compré dos cuartos de yesca, un céntimo de azufre, tenía pedernales que había recogido por el camino y con mi cuchillo podía hacer fuego, tenía algunas hojas y un almanaque que llevaba encima

desde el día en que me escapé, que podrían servirme de cerillas. También compré un céntimo de nueces, entré en una panadería y compré dos libras de tortas, por la tarde descansé en los prados a lo largo de los setos, y atrapé un mirlo, metí el pájaro en el bolsillo y continué mi camino, ya no me quedaban más que cuatro céntimos y me los gasté por la noche en un albergue bebiéndome un cuarto de sidra y en una tortita con mantequilla, y pasé la noche en un campo; por la mañana pasé por Caen, tomé el camino de Falaise y me metí por los bosques cerca de Languanri, busqué trozos de madera seca, hice fuego al pie de un árbol, que lo abrigaba del viento, y me cociné el mirlo; quizás se diga que cogía pollos y patos u otros animales o robaba leña; pero en el bosque donde estuve aún pueden verse los restos del fuego así como el poco de madera seca que había recogido, o si ya no está basta con preguntárselo a los que la cogieron, no hay más, insisto, que trozos de madera seca recogidos por el bosque, y nada más que plumas de mirlo. De modo que llegué a estos bosques el domingo, y después de comerme el mirlo, me fabriqué una ballesta y varias flechas. Por el camino me había encontrado un clavo muy largo y a fuerza de limarlo con mi peor cuchillo le había podido cortar la cabeza, y la puse en la punta de una de las flechas (las otras flechas, si nadie las ha tocado, estarán aún en el árbol junto al que hice el fuego) luego utilicé esta arma para intentar matar pájaros, pero no lo conseguí; si hubiera encontrado ranas, les hubiera cortado las ancas para comérmelas, pero no encontré ni una. Pasé cuatro días en estos bosques; son tres pequeños bosques no muy distantes unos de otros en uno de los cuales encontré muchas fresas, me las comí, y pensaba, o me detienen o viviré de este modo, o moriré. Como vi otros bosques, más lejos, decidí ir a investigar si encontraba algo para comer en espera de que madurasen otros frutos del bosque en que había estado; y pensé que mientras esperaba a que me detuviesen iría de un bosque a otro para alimentarme. De modo que me marché el jueves por la mañana y llegué al pueblo de Languanri con mi ballesta bajo el brazo; al pasar alguien dijo: mira, un tipo que lleva una ballesta. Crucé rápidamente el pueblo y estaba ya por las últimas casas cuando un gendarme de paisano, al pasar cerca de mí, me miró y me dijo: ¿De dónde es usted, amigo? Le contesté según mi idea, soy de todas partes. Tiene documentación —No —¿Qué hace por aquí? —Dios me guía y yo estoy a sus órdenes —Creo que a usted le buscan, ¿de dónde es? —Salí de Aunay —¿Cómo se llama? —Rivière —Ah, muy bien, haga el favor de seguirme —¿Qué quiere de mí? —Sígame, ya se lo explicaremos. Y luego dirigiéndose a una mujer que debería ser de su familia, le dijo, éste es el tipo de Aunay. Me metió en una habitación, me registró y se

apoderó de todo lo que llevaba. Cuando estaba a punto de meterme en la celda me dijo, ¿usted es el que mató a su madre? Sí, le contesté, Dios me lo ordenó y yo obedecí sus órdenes, él me protegerá. Ah sí, conque es por esto, dijo mientras me abría la puerta de la celda, vamos adelante, muchacho, entre ahí. Luego mantuve este sistema de defensa en Falaise y en Conde, me costaba mucho sostener esas cosas y decir que no me arrepentía; al llegar a Vire decidí decir la verdad, aunque cuando estuve ante el fiscal del Rey, sostuve lo mismo. Cuando me dejaron solo, decidí de nuevo decir la verdad y se lo confesé al carcelero diciéndole que pensaba declarar toda la verdad ante los jueces; pero cuando me hicieron el primer interrogatorio ante el juez de instrucción, no supe decidirme y mantuve la postura de la que ya he hablado hasta que el carcelero habló de lo que le había dicho. Estuve muy satisfecho de su declaración, me quitó un enorme peso de encima. Entonces sin esconder nada declaré toda la historia de mi crimen. Me dijeron que lo escribiera, y lo escribí; ahora que he dado a conocer toda mi monstruosidad, y que todas las explicaciones de mi crimen están escritas, espero la suerte que me será destinada, conozco el artículo del código penal sobre el parricidio, lo acepto como expiación de mis faltas; si pudiera ver revivir a las infortunadas víctimas de mi crueldad, si para ello bastara sufrir todos los suplicios posibles; pero no, es inútil, nada más puedo hacer que seguir su mismo camino; así espero la pena que merezco y el día que pondrá fin a todos mis remordimientos.

FIN

El presente manuscrito empezado el 10 de julio de 1835 en la cárcel de Vire, ha sido concluido en el mismo sitio el 21 del mismo mes.

P. RIVIÈRE

Consultas médico-legales

1. Certificado del doctor Bouchard

El abajo firmante, Doctor en medicina, académico correspondiente de la real Academia de medicina, y del Ateneo de medicina de París, certifica haber examinado con el mayor cuidado, y reiteradas veces, al llamado Pierre Rivière, de la comuna de Aunay, acusado de haber asesinado a su madre, a su hermano y a su hermana. Éste es el resultado de mis observaciones:

Pierre Rivière tiene veinte años de edad; su constitución es buena, su estatura ordinaria, piel cetrina, aspecto tranquilo aunque sombrío, la mirada oblicua. Todos ellos síntomas de un temperamento bilioso-melancólico.

Su salud es excelente, come y duerme perfectamente. Nunca tuvo enfermedades de la piel, ni hemorragias que se repitiesen de una manera regular. Nunca ha tenido problemas circulatorios. No ha adquirido la práctica de las sangrías. Su estómago es sano.

Jamás se cayó de cabeza; tampoco recuerda haber recibido golpes en la misma. En resumen, a pesar de las preguntas que le he formulado, me ha sido imposible encontrar enfermedad alguna que pudiera haberle afectado el cerebro en el sentido de trastornar sus acciones.

Como las personas de un temperamento bilioso y melancólico, Rivière habla poco. Si se le hace una pregunta, contesta claramente, pero con pocas palabras. Es altamente sorprendente su hilación de ideas de la que es difícil apartarle. De modo que, después de haberle hablado mucho rato y tras haberle formulado infinidad de preguntas, coge de nuevo la pluma y continúa escribiendo su memoria, como si no hubiera sido interrumpido. Nada hay en sus respuestas que indique el menor trastorno de sus facultades mentales. Si se le recuerda su crimen, habla del mismo con una tranquilidad que hiere.

No he hecho investigaciones frenológicas, pues aunque esta ciencia está muy poco evolucionada, debo decir que en este punto, mis conocimientos son

demasiado imperfectos para que pudiera aplicarla en una circunstancia de esta gravedad.

Pero si sobre la causa del crimen debiera emitir una opinión, ésta es la que adoptaría. Dotado de un temperamento bilioso y melancólico, constante testigo de las querellas entre sus padres, Rivière sintió profundamente las penas de su padre. Al huir de la gente fue asaltado por las ideas más turbulentas. Se apoderaron de su mente y no le dieron respiro. Desde este momento, Rivière sólo tuvo un objetivo, liberar a su padre, y para alcanzarlo, tenía que asesinar a su madre. Esta obsesión le seguía a todas partes; dos veces, es cierto, no tuvo el valor de llevar a cabo su acción en el momento en que iba a cometer el más atroz de los crímenes, sin que por ello abandonase su funesto proyecto. En la soledad concibió la idea del crimen; en la soledad que sumergió de nuevo antes de levantar contra su madre una mano parricida.

Resumiendo:

Ninguna enfermedad pudo trastornar el cerebro de Rivière, y en las numerosas visitas que le hice desde su estancia en Vire, no he podido observar en él el menor signo de alienación mental. Creo pues que sólo puede atribuirse el triple asesinato del que es culpable a un estado de exaltación momentáneo, provocado por las desgracias de su padre.

Vire, 21 de julio de 1835.

Sigue la firma

2. *Dictamen del Doctor Vastel*

El tres del pasado junio, un joven de veinte años, mató con premeditación y a sangre fría, a su madre, a su hermana y a su hermano. Abandonando sin prisas el lugar en el que había llevado a cabo aquella escena de horror, se presentó ante sus vecinos, y cubierto de sangre, con el arma en la mano, les hace saber que acaba de liberar a su padre, les encomienda su cuidado, se aleja lentamente y desaparece.

Un mes más tarde es detenido en la carretera y conducido a la prisión de Vire. Allí, interrogado por el fiscal y por el juez de instrucción, confiesa lo que ha hecho, entra en detalles y explica los motivos que le llevaron al hecho. A petición de estos magistrados, escribe una memoria en la que se describe tal como es. Transferido al fin a las prisiones de Caen, ésta es presentada ante el tribunal de Calvados.

Un joven abogado, conocido tanto por sus cualidades, por su buen corazón y probidad como por su defender esta causa, quiere tener la opinión del médico que, como profesional de uno de los grandes centros de alienados de Francia, le parece más apropiado que nadie para aclarar su conciencia.

Y a esta última circunstancia debo el honor de haber sido consultado por M. Bertauld, quien después de haberme expuesto el caso, me remite las piezas del procedimiento, la memoria escrita por Rivière, y me conduce luego a la prisión de este hombre a fin de que pueda verlo e interrogarlo. Informado por estos diversos documentos y por mis propias observaciones, la pregunta que se me había hecho pronto dejó de ofrecer dudas, y tuve la profunda y completa convicción de que la inteligencia de Rivière no era sana, y que la acción que ante los ojos del ministerio público pasaba por un horrible crimen, no era sino el deplorable resultado de una auténtica alienación mental. Los motivos que me llevaron a esta convicción y que sirvieron de base a mi juicio proceden de la apariencia exterior, de la manera de ser de Rivière, de su origen y de su parentesco, del estado de sus facultades mentales desde su infancia, de la propia naturaleza de la acción que cometió y de las circunstancias que la acompañaron; en fin, de todo lo que ocurrió desde este acontecimiento hasta el momento actual.

1.º Exterior y manera de ser habitual de Rivière.

Tiene veinte años, de estatura media, de formas redondeadas, constitución flemática, rostro sin expresión, su cabeza, de volumen ordinario, está normalmente inclinada sobre su pecho, su frente es baja y estrecha, las cejas atravesadas, su mirada insegura, tímida, oblicua, su habla tiene algo de infantil, de poco viril; sus respuestas son lentas, una sonrisa ingenua florece a menudo en sus labios, su postura es incómoda; su andar extraño, como sacudido por algo. Para cualquiera que lo observe objetivamente y con atención, se le hará evidente que este hombre no es como los demás, que se aparta de lo normal, y que se parece, no diré absolutamente a un idiota, pero sí a estos pseudo-imbéciles de facultades muy limitadas y que su mediocridad intelectual se manifiesta en su aspecto externo. Ahora bien, sin dar más importancia de la necesaria a la constitución física de las personas, pienso que no debe negarse por ello la posibilidad que tiene ésta de informarnos sobre el nivel mental de quien la posee, sobre todo cuando las presunciones que se apuntan se ven corroboradas por gran cantidad de hechos más importantes, tal como vemos que ocurre con el caso Rivière, prosiguiendo su examen.

2.º Origen y parentesco

Rivière procede de una familia en la que la alienación mental es hereditaria. El hermano de su madre murió alienado, luego de haber manifestado durante su vida muchos de los mismos actos de locura que pronto señalaremos en su sobrino, entre otros su horror a las mujeres. Dos de sus primos hermanos han manifestado numerosos síntomas también de locura. Su madre tenía un carácter tan irascible, una voluntad tan obstinada y cambiante a la vez, una maldad tan continua, una extrañeza tal, que a pesar de todo lo que hacía sufrir a su marido, él no podía reprochárselo, ya que hacía tiempo que se había dado cuenta de que su cerebro no era normal y que en consecuencia no era dueña de sus actos. Y al fin, el hermano de Rivière es casi totalmente idiota, hasta tal punto que el cura de la parroquia desespera de poderlo hacer comulgar, debido a la absoluta imposibilidad en que se ve de enseñarle las verdades más elementales de la religión. Este muchacho tiene sin embargo de 15 a 18 años, y sus facultades afectivas están tan poco desarrolladas como sus facultades mentales ya que, tal como nos lo hace notar Bertauld, la catástrofe de que ha sido testigo no le ha costado ni un suspiro, ni una lágrima.

No nos extrañemos pues sí, dentro de poco, vemos que Rivière hace los actos más extravagantes y si le hemos descubierto el sello interior de la locura, ya que su origen y su consanguinidad con tantos locos explican sobradamente en él la existencia de esta cruel enfermedad. La herencia es realmente una de las causas más poderosas en la producción de la locura; ha sido señalada por todos los autores, y estudios especializados han permitido apreciar su funesta influencia, y, si fuera necesario apoyaría con los resultados de mi experiencia esta verdad que otros han proclamado; diré que desde hace trece años, luego de haber estudiado a cerca de mil locos y de haber pasado varias horas al día entre más de trescientos de esos infortunados, he constatado que la herencia es la causa más activa y quizás la más frecuente en la producción de la alienación mental. De modo que no hace falta buscar más lejos la causa de la estructura primitivamente defectuosa del cerebro de Rivière.

3.º Estado de sus facultades intelectuales desde su infancia. Numerosos signos de alienación mental.

Nacido con esta desagradable disposición, no tardó en confirmar lo que de ella podía esperarse. Hasta la edad de 4 años, dicen los testigos, se pareció a los demás niños de su edad, pero desde este momento siempre pasó por un idiota o un imbécil. De este modo, muy pronto se convirtió en el juguete y en el hazmerreír de todos los niños, cosa que, haciéndolo más tímido y vergonzoso aún, impidió sin duda el normal desarrollo de las facultades afectivas, dado que es notable que, no sólo era frío y apático con sus padres, sino que nunca tuvo un amigo y vivió en un aislamiento afectivo muy adecuado para fomentar su inferioridad intelectual y moral. Buscando por instinto la soledad más inaccesible, se pasaba días enteros en el fondo de canteras abandonadas o en el rincón más oscuro de un granero, y allí, reflexionando en los escasos temas de sus pobres lecturas, y dotado de una imaginación muy desarrollada a la par de un falso juicio, se aferraba a todo lo que había de maravilloso, negligía lo positivo y daba una dirección tanto más viciosa a su espíritu, que, al no abrirse jamás a nadie, nadie tampoco podía rectificar sus errores; así pues muy pronto se convirtió en un auténtico alienado. Se le había sorprendido hablando solo varias veces y discutiendo con interlocutores invisibles, o riéndose a carcajadas, o quejándose con gritos plañideros. A veces le encontraban restregándose por el suelo, otras gesticulando de la manera más extraña. Algunas ideas religiosas le pasaban por la cabeza; inmolaba y torturaba animalitos para reproducir las escenas de la pasión de Cristo. Cuando era el relato de una batalla el que afectaba a su imaginación, llevado por una especie de arrebató, se lanzaba sobre las legumbres del huerto y las rompía gritando desafortadamente. Cuando le venía alguna idea de poder o de superioridad, intentaba realizarla asustando a los pobres niños. A veces les amenazaba con cortarlos con su hoz; otras los cogía y los suspendía de un pozo y los amenazaba con dejarlos caer; en otras circunstancias quería que su caballo los devorase, y luego de haberlos asustado lo suficiente, satisfecho con la idea que él creía que le había conferido aquel poder, les dejaba marchar expresando su alegría por medio de risas desmesuradas.

El diablo y las hadas ocupaban un lugar muy importante en su cabeza enferma, y a fuerza de pensar en ellos creyó verlos y oírlos. Conversaba con ellos, hacía pactos, y asustándose él mismo de sus propias ideas, exclamaba a menudo huyendo con terror: ¡El diablo, el diablo! Siempre preocupado por extrañas ideas, sólo manifestaba por los actos de la vida cotidiana una atención dividida; había que llamarle varias veces seguidas y en voz muy alta antes de que contestara, y su obcecación era tal que eran necesarios esfuerzos

sobrehumanos para hacerle abandonar un trabajo que había empezado. Incapaz de calcular las consecuencias de muchos de sus actos, más de una vez puso en peligro su vida y la de sus caballos, al querer realizar trabajos más allá de sus fuerzas.

Al fin, como si tuviera que presentar para sí mismo un ejemplo de cada tipo de delirio, se imaginó que un fluido fecundante emanaba sin cesar de su persona y podía de este modo, a pesar suyo, hacerle culpable de crímenes incestuosos y otros más temibles aún. Por ello vivía con temores continuos, sólo se acercaba a las mujeres con muchas reservas y a menudo se apartaba horrorizado ante la proximidad de su madre, de su abuela o de su hermana, cuando pensaba que se les había acercado demasiado. Para reparar entonces el mal que había hecho e impedir el incesto, hacía movimientos ridículos que según él retiraban el pretendido fluido fecundante, causa de sus inquietudes. La presencia de un animal hembra le molestaba muchísimo por las mismas razones y todos los que le conocieron estaban sorprendidos por la mezcla de terror y pavor que le causaban la proximidad de una gallina o de una gata.

¿Se necesita más para caracterizar la locura o debo contar otros hechos aún? ¿Quién de nosotros, conocedor de los que acabo de relatar, no hubiera mirado a Rivière como a un alienado y hubiera compartido la opinión general tratándole de loco?

4.º Crimen cometido por Rivière, y circunstancias que le acompañaron

La familia Rivière no estaba unida. Su madre, de carácter fuerte, dominante, agrio, desde tiempo atrás hacía desgraciado al padre. Éste, constantemente hostigado, sin tener un momento de respiro, llegó a un tal estado de desesperación que más de una vez le vino la idea de dar fin a sus días liberándose de esta manera de los continuos tormentos de los que era incapaz de prever el fin. Su hijo tenía demasiada imaginación para que estas cosas no le afectasen; tuvieron una gran influencia en él, le exaltaron, falsearon las pocas ideas justas que le quedaban. Se imaginó al género humano abatido bajo el yugo de las mujeres, víctimas de una ley vergonzosa, sometidos a sus caprichos. Pensó que sería noble y glorioso liberarlo de esta tutela, y que bastaría con un ejemplo generoso; que en todas las épocas y en determinadas circunstancias hubo hombres que se sacrificaron, cuyos nombres pasaron a la posteridad. Su memoria le proporcionó varios ejemplos de sacrificios voluntarios en el antiguo Testamento, el propio misterio de la redención sirvió para confirmar sus ideas: si un Dios se había sacrificado por

los hombres, con mucha más razón debía él sacrificarse por sus semejantes; la valentía de Larochejaquelin, el ejemplo de Charlotte Corday le vinieron a la memoria; se creyó inspirado por Dios, actuando en su nombre, y decidido a dar su vida para liberar a todos los hombres y a su padre en particular, decretó la muerte de su madre. Muy pronto su hermana fue incluida en este fatal decreto, ella siempre había vivido con su madre, siempre estaba de su parte; si se quedaba, continuaría ejerciendo una funesta influencia sobre su padre, debía pues liberarlo también de ella, el sacrificio tenía que ser completo. Es difícil imaginar que el delirio pueda llegar más lejos, sin embargo Rivière fue más lejos. Se imaginó que su padre, tranquilizado por esas muertes, por estos crímenes, no gozaría sin embargo de una felicidad completa; liberado por su hijo, sufriría por él cuando la ley le cortara la cabeza. Hay que impedir este remordimiento, la felicidad del padre debe ser total hasta el punto de que incluso llegue a aplaudir la muerte del libertador. Si no lo supiéramos, nunca habiéramos imaginado qué medio decidió emplear Rivière, siempre dentro del delirio, para conseguir este objetivo: matar también a su hermano pequeño al que amaba con ternura y que era tiernamente amado por su desgraciado padre. Cuando haya cometido este crimen, dijo Rivière, mi padre se quedará tan horrorizado que ya no tendrá pena por mí e incluso deseará mi muerte. De este modo, de delirio en delirio, el alienado decretó el luto de toda su familia, con la idea de darles la felicidad.

Esta resolución, por sí sola es, a mi modo de ver, tan sintomática de locura, que bastaría para declarar loco a Rivière. Nunca la falsificación de un juicio fue llevada tan lejos, nunca el fanatismo de la alienación mental llegó a ser tan marcado. Sin embargo, el corazón del desgraciado reflexionó mucho tiempo, le costaba decidirse, se reprochaba vivamente su cobardía. Sin embargo el día fatal llegó, se viste con sus mejores ropas, hace que le cante, por medio de su hermana, un cántico que empieza con estas palabras: «¡O día feliz, santa alegría!» y con la mente totalmente trastornada, blandiendo una hoz en la mano, inmola a su madre, a su hermana y a su hermano.

Esta horrible catástrofe, esta carnicería humana, toda esa sangre derramada, de la que está empapado, no le impresionan lo más mínimo; sale tranquilo, anuncia plácidamente que acaba de liberar a su padre, y con el hierro mortífero en la mano, toma con calma el camino de Vire, glorioso de declarar él mismo la gran acción que acaba de cometer.

En verdad, jamás, entre los centenares de monomaniacos que he cuidado, he visto alienación más evidente; es tan clara, que uno siente más piedad que horror por este pobre desgraciado.

Creo que incluso no hubiera planteado duda alguna en este sentido si Rivière, fiel a su primera idea, se hubiera presentado de inmediato ante los jueces. Pero apenas el desgraciado hubo dado cuatro pasos, el aspecto del cielo, la calma de los bosques que atravesaba, al contrastar con la acción que acababa de cometer, devolvieron un rayo de luz a su inteligencia oscurecida; se detiene como horrorizado de sí mismo, se pregunta si acaba de tener una horrible pesadilla, y pronto convencido de la terrorífica realidad, se abandona a la mayor desesperación. La razón había vuelto en parte, la exaltación fanática disipada, la naturaleza se apoderaba de nuevo de sus derechos, y el parricidio clamaba venganza.

5.º Conducta y sentimientos de Rivière, desde el crimen hasta el momento actual

En Rivière ocurre un fenómeno moral demasiado importante para no detenernos en él. Durante un mes entero piensa en la acción que acaba de cometer, la medita, se prepara, calcula los medios de realizarla, y nunca se le presenta bajo su verdadero aspecto. Cuanto más piensa en ella, cuanto más se fortifica en su proyecto, más se fanatiza. Pero apenas realizada, sus ojos vuelven a ver, y de repente se vuelve razonable como nunca lo fue. Es imposible no reconocer en este hecho el efecto de un fuerte trauma en el sistema nervioso, y si cada día vemos a miles de personas que pierden la razón tras una fuerte impresión moral, no debe extrañarnos que sea recobrada en las mismas circunstancias. Además este hecho no es ni mucho menos el primero; todos los autores que han tratado de la locura presentan ejemplos análogos y si no fuera por temor a extenderme demasiado, podría relatar aquí varios de ellos. «Ocurre a menudo, dice el doctor Orfila, en su Tratado de Medicina legal, que algunas crisis se detienen bruscamente, después de una fuerte conmoción moral, y vemos renacer la calma cuando los enfermos consiguen llevar a cabo los proyectos a los que confieren una enorme importancia». Hoffbauer, uno de los más célebres médicos legales de Alemania, afirma «que el recobrar la razón es a menudo el resultado de la ejecución de un proyecto». Insisto en este hecho, porque a partir de este momento. Rivière, sin ser aún del todo razonable, es, con todo, un hombre diferente.

Es fácil imaginar que al ver su acción tal como era en realidad, lo horrible y lo insensato de la misma, le desaparecieran las ganas de ir a pavonearse ante los magistrados. Profundamente aterrorizado por el peso de los

remordimientos, hubiese querido que la tierra se lo tragase. La vida se le hizo una carga, decidió quitársela, y ya estaba haciendo los preparativos para colgarse cuando la idea de la justicia divina lo retuvo. Desde este momento hasta el de su detención (un mes exactamente), llevó una vida errante. Ya cediendo al sentimiento que nos aferra a la vida, se escondía en el fondo de los bosques; ya, al contrario, cansado de la existencia, deseaba la muerte, y buscaba que le prendiesen sin tener, no obstante, la fuerza para denunciarse por su propia voluntad. Comparemos ahora esta debilidad, esta dubitación, esta falta de decisión, con el carácter de Rivière en el momento del parricidio, y podremos convencernos de que toda su firmeza, su dureza, eran un resultado pasajero y enfermizo de la inteligencia, y que al cesar, ha dejado al desgraciado tal como es en realidad, incapaz de ideas profundas, tímido e irresoluto.

El parricidio que había cometido le atormentaba, y al fin le pareció, como realmente era, un acto de locura. Entonces se acordó de otras historias de locos que había leído, decide manifestarse como si tuviera aún el sentimiento que le llevó a cometer el crimen, a fin de pasar por un alienado, en el caso de que lo detengan, y cuando le detienen, lo intenta y sostiene este papel durante unos días ante el juez de instrucción. Pero no puede decidirse a seguir fingiendo, confiesa todo lo que siente y a petición del magistrado escribe él mismo una larga memoria que me queda por examinar.

Ante todo quiero hacer notar que la trampa empleada por Rivière no anula en lo más mínimo el hecho anterior de su alienación y que no supone en absoluto unas cualidades intelectuales especialmente desarrolladas. No se inventa un papel de loco para representarlo, únicamente esconde el horror que le inspira el parricidio, y alega ante el juez los motivos que le movieron verdaderamente, pero que más tarde reconoció la extravagancia que implicaban. ¿Hay que extrañarse de que la idea de suplicio y de una pena infamante haga temblar unos instantes, cuando volvió a la razón, a quien nada le detenía y despreciaba a esta razón cuando una sombra velaba su inteligencia? «Es un hecho, dice Orfila, que en estos casos el temor del castigo, que no existía en el momento de la agitación, aparezca una vez culminada ésta.» Y como si este célebre médico hubiera adivinado la conducta de Rivière, añade: «Lo que no impide a la mayor parte de estos enfermos que se confiesen inmediatamente y no huyan de la justicia: dicen que merecen ser castigados por haber cometido esos actos atroces». Y éste es, precisamente, el lenguaje que emplea en estos momentos el desgraciado que nos ocupa.

Si ahora examinamos las memorias escritas por Rivière nos damos cuenta de que, por muy sensatas que sean, no suponen las especiales facultades que en un principio podríamos creer, y que, no siendo más que una relación exacta de los hechos, en su primera parte, sólo ponen de manifiesto una cualidad muy desarrollada en este muchacho, la memoria. Realmente se acuerda de las menores circunstancias de hechos ocurridos muchos años atrás, nada escapa a su recuerdo. Pero, aparte de que es muy frecuente encontrar una memoria prodigiosa en hombres muy mal equilibrados en la relación de sus facultades, puede ser brillantísima en gran cantidad de locos. Tampoco hay que buscar en la segunda parte de este relato una historia completa de las sensaciones y de los actos de Rivière. Sobre muchos ha guardado silencio y son éstos, precisamente, los que evidencian de la manera más clara su anterior estado de alienación. En fin, aunque estas memorias fuesen una obra maestra, como parece que están consideradas, nada de positivo podría concluirse respecto a la integridad y a la inteligencia de su autor, ya que fueron escritas después del parricidio y que, por otra parte, vemos a diario a los alienados más irrazonables escribir cartas de una sensatez ejemplar.

Este hombre tiene, en consecuencia, un estado intelectual, que, aún ahora, a pesar del efecto bienhechor del trauma moral que le ha liberado de una parte de sus manías, podría concebir nuevas obsesiones, cuyos resultados podrían ser tan deplorables como los primeros. La sociedad tiene pues el derecho de pedir, no el castigo de este desgraciado, ya que sin libertad moral no puede haber culpabilidad, sino el secuestro por vía administrativa, como el único medio capaz de alienado.

Resumiendo:

Rivière es desde su infancia un alienado mental.

Esta alienación procede de la propia familia de Rivière en la que la locura es hereditaria.

Las circunstancias en las que vivió incrementaron aún esta afección primitiva.

La locura se manifestó mediante una serie de actos anteriores y extraños al crimen que se le imputa; estos actos son numerosos, referidos por un gran número de testigos y que habían hecho que Rivière fuera considerado, ordinariamente, como un loco y un imbécil.

Su alienación es absolutamente indiscutible en la concepción de su horrible proyecto y en los motivos que le determinaron a inmolar a su joven hermano.

Es igualmente manifiesta en la calma con la que lo ejecutó y en el modo de relatarlo una vez culminado el acto.

La razón de la que parece gozar desde entonces se explica por el fuerte trauma moral que provocó en su persona la sangre derramada.

La redacción de sus memorias no puede excluir en absoluto la existencia de la alienación anterior al parricidio.

Finalmente, el retorno de Rivière a ideas más sanas puede no tener mucha duración, y si no es culpable, es al menos peligroso y debe ser secuestrado por su propio interés y sobre todo en el de la sociedad.

L. VASTEL

Caen, 25 de octubre de 1835.

Una última exploración, la de los médicos parisinos, se encuentra, para comodidad de la exposición, en el expediente de pp.^[]*

El proceso

A/ Las audiencias

1. *Interrogatorio de Pierre Rivière por el presidente del Tribunal*

4 de agosto de 1835

El presidente, Armand de Gournay, comunica a Rivière la denegación formal de Aimé Bardou, abogado de Caen, escogido por el acusado, de encargarse de su defensa.

Al no escoger Pierre Rivière otro defensor («no, no lo escogí ni creo que tenga que escoger a ninguno»), se le designa al abogado de oficio Berthauld, abogado en Caen.

2. *Lista de los jurados*

DUROSEY (Guillaume Jean Hector) doctor en medicina, elector, nacido el 4 de julio de 1777, domiciliado en Lisieux.

GILLOT (Jacques, François Théodose) propietario, elector, nacido el 28 de febrero de 1778, domiciliado en Bavent.

DUPONT (Constant) fiscal, elector, nacido el 11 de enero de 1786, domiciliado en Caen.

ENGUEHARD (François Victor) doctor en medicina, nacido el 24 de enero de 1804, domiciliado en Saint-Sever.

LONDE (Auguste) tratante en vinos, elector, nacido el 5 de noviembre de 1798, domiciliado en Caen.

LE THOREL (Louis) comerciante, elector, nacido el 5 de abril de 1778, domiciliado en Le Tourneur.

GOSSELIN (Théodore) abogado, licenciado en derecho, nacido el 17 de marzo de 1772, domiciliado en Vire.

LEFEVRE DUFRESNE (Pierre Joseph) propietario, elector, nacido el 12 de agosto de 1770, domiciliado en Garcelle Socqueville.

DE FAUDOAS (Anne Marie Félix Gabriel) miembro del consejo general, elector, nacida en mayo de 1778, domiciliada en Englesqueville.

LEROUX (Louis) propietario, elector, nacido el 8 de febrero del 1787, domiciliado en Amfreville.

DE BECHEVEL (Louis Jean Gabriel) miembro del Consejo general, elector, nacido el 3 de abril de 1775. domiciliado en Fontenay.

JAMES (Jean Baptiste), propietario, elector, nacido el 29 de octubre de 1782, domiciliado en Tallevende le Grand.

Han sido rechazados por el acusado:

LE PETIT (Pierre-Frédéric) propietario, elector, nacido el 18 de octubre de 1777, domiciliado en Authie.

LE CONTE (Louis Victor) verificador de pesos y medidas, elector, nacido en 1785, domiciliado en Caen.

3. Lista de los testigos y certificado de los habitantes de Aunay

a) Testigos de cargo citados por el fiscal;

1. Théodore Morin, médico de Aunay.
2. Marie Rivière, viuda de Pierre Rivière, sus labores, domiciliada en Aunay.
3. Victoire Aimée Lerot, esposa de Jean André, comadrona en Aunay.
4. Jean Postel, doméstico de M. Lerot, en Aunay.
5. Michel Harson, propietario y alcalde de Aunay.
6. Pierre Jean Louis Suriray, cura de Aunay.
7. Pierre Fortin, carpintero en Aunay.
8. Pierre Binet, llamado Lami Binet, jornalero en Aunay.
9. Marguerite Colleville, esposa de Louis Hébert, campesina en Aunay.
10. Geneviève, Viuda Quesnel, sus labores, domiciliada en Aunay.
11. Michel Nativel, cordelero en Aunay.
12. Louis Hamel, mecánico en Beaugnay.
13. Bouchard, médico de los hospicios de Vire.

b) Testigos de descargo propuestos por Pierre Rivière:

1. Jean Nicolle, pizarrero en Longuevillers.

2. Marguerite Colleville, esposa de Louis Hébert, campesina en Aunay.
3. François Elie Le Compte, consejero municipal en Courvaudon.
4. Jean Bidot, adjunto en la alcaldía de Courvaudon.
5. Nicolas Guérin, guarda forestal en Courvaudon.
6. Fortin, hijo de Pierre, carpintero en Aunay.
7. Rosalie Lairot, esposa de Aze, en Aunay.
8. Pierre Retond, campesino de Aunay.
9. Vastel, doctor en medicina de Caen.

c) Informe remitido a Rivière

Nosotros, los consejeros municipales y propietarios de la comuna de Aunay abajo firmantes, atestiguamos que sabemos perfectamente que el llamado Pierre Rivière, acusado de triple homicidio, siempre, desde la edad de doce a treces años, manifestó un carácter tan sombrío, tan extraño, tan apartado que todas las personas que le veían pasar (pues no tenía la más mínima relación con nadie) decían: mira por ahí va el imbécil de Rivière. Atestiguamos, asimismo, que luego de cometidos los crímenes, todos compadecieron al padre a su manera, y que cada uno se decía para sí: en vez de un imbécil, el pobre, tiene a dos, pues Prosper Rivière, hermano del criminal, de unos catorce años de edad, tiene una inteligencia muy limitada, rayana al idiotismo.

Siguen 52 firmas legalizadas por el alcalde — 4 de noviembre de 1835

4. Informes de la audiencia

a) «Pilote du Calvados», 12 de noviembre de 1835

Audiencia de Calvados, sesión del 11 de noviembre.

Presidencia de Daigremont Saint-Maniveux

Acusación de parricidio y de fratricidio

Una considerable afluencia de público se reunió hoy en el recinto de la sala de audiencias, donde debía apelarse el caso de Pierre Rivière, acusado de un triple crimen de parricidio y de fratricidio.

Nuestros lectores se acordarán de la dolorosa sensación que produjo en el pueblo de Aunay, el 3 del junio pasado, el espectáculo de los tres cadáveres degollados por la mano furiosa del hijo y del hermano de aquellas infortunadas víctimas.

Aquí tenemos, según la acusación, o más bien según las confesiones del acusado, consignadas por él mismo en la memoria que redactó desde su detención, las circunstancias en las que se cometió el crimen, que es no sólo un ultraje a las leyes, sino a la naturaleza y a la civilización.

«... quería mucho a mi padre y sus desgracias me afectaban mucho^[*] El abatimiento en que le vi sumido estos últimos tiempos, las continuas penalidades que sufría me afectaron vivamente. Todas mis ideas estuvieron marcadas por esto y se concentraron en este problema. Concebí el espantoso proyecto que realicé, más o menos un mes antes de llevarlo a cabo. Veía a mi padre como entre las fauces de perros rabiosos o de bárbaros contra los que tenía que emplear las armas. La religión prohibía estas cosas, pero olvidé sus reglas; incluso me pareció que Dios me había encomendado esta misión, y que ejercería su justicia.

Conocía las leyes humanas, las leyes de la policía, pero me creí más sabio que todas ellas. Las veía como innobles y monstruosas. Había leído en la historia romana, y había visto que las leyes de los romanos daban al marido derecho de vida o muerte sobre su mujer y sobre sus hijos. Quise afrontar estas leyes: me pareció que sería una gloria para mí; que me inmortalizaría muriendo por mi padre. Me imaginaba como los guerreros que morían por su patria y por su rey, recordaba el valor de los alumnos de la Politécnica, cuando la toma de París en 1814. Me decía; esta gente moría por la causa de un hombre al que no conocían y que tampoco les conocía a ellos, que nunca había pensado en ellos; y yo, moriría para liberar a un hombre que me ama y me aprecia. El ejemplo de Chatillon, que defendió solo hasta la muerte el paso de una calle por la que abundaban los enemigos dispuestos a apresar al rey; el valor de Eleazar hermano de los Macabeos que mató a un elefante creyendo que el rey enemigo iba en él, aunque sabía que sería aplastado por el peso de la bestia, el ejemplo de un general romano del que ya no recuerdo el nombre, que en la guerra contra los latinos se dejó matar por su causa, todas estas cosas me pasaron por la mente y me alentaron a realizar mi acción. El ejemplo de Henri de la Roquejacquelin que leí últimamente me pareció tener un gran parecido con lo que me proponía realizar. Era uno de los jefes de los Vendeenses, murió a los veintiún años de edad por la causa del rey. Consideré su arenga a los soldados en el momento del combate: si avanzo, les dijo, seguidme, si retrocedo, matadme, si muero, vengadme. La última obra que leí fue una historia de naufragios que me había prestado Lerot. Leí que cuando los marineros se quedaban sin víveres, sacrificaban a uno de ellos al que comían para salvar al resto de la tripulación y pensaba: también yo me

sacrificaría por mi padre. Todo parecía invitarme a esa acción, incluso el misterio de la redención. Pensaba que de esta manera era más fácil de entender. Me decía: nuestro señor Jesucristo murió en la cruz para salvar a los hombres, para rescatarlos de la esclavitud del demonio, del pecado, y de la eterna condena. Era Dios; podía perdonarles sin sufrir aquel tormento; pero yo sólo podía liberar a mi padre muriendo por él. Así tomé esa espantosa resolución. Decidí matarlos a los tres: a las dos primeras porque estaban de acuerdo en hacer sufrir a mi padre, en cuanto al pequeño tenía dos razones: una porque amaba a mi madre y a mi hermana y la otra, porque temía que matando sólo a las dos, mi padre, aunque horrorizado, me echara de menos cuando se enterase de que moría por él. Sabía que quería a aquel niño, que era inteligente. Pensé: tendrá un tal horror de mí, se alegrará de mi muerte, y de este modo viviría feliz sin remordimiento alguno.

»Habiendo tomado estas funestas resoluciones, me dispuse a ponerlas en acción. Primero tuve la intención de escribir toda la vida de mi padre y de mi madre, más o menos como la he descrito aquí, poner al principio un anuncio del hecho, y al fin mis razones para cometerlo, y la burla que preveía hacer a la justicia, que la provocaba, que la inmortalizaba; y luego de cometer mi acción, traer mi escrito al correo e inmediatamente coger un fusil que previamente habría cargado y matarme. Pero pronto cambié de idea; pensé que después del crimen, iría a Vire, que me haría detener por el fiscal, luego haría mis declaraciones, y que moría por mi padre; que era inútil defender a las mujeres, que aquélla no triunfaría; que mi padre desde aquel momento viviría tranquilo. Pensaba decir asimismo: “Antaño vimos a Jaël contra los Sirara, a Judit contra los Holofernes, a Charlotte Corday contra los Marat; ahora tienen que ser los hombres los que empleen este sistema. Son las mujeres las que gobiernan ahora. En este maravilloso siglo que se autodenomina siglo de las luces; esta nación que parece tener un gusto tan marcado por la libertad y por la gloria, obedece a las mujeres. Los romanos estaban mucho más civilizados: los Hurones, los Hotentotes y los Algonquines, estos pueblos considerados idiotas, lo eran mucho más. Jamás desacreditaron la fuerza.” Pensé que había llegado la ocasión de subir; que mi nombre sonaría por el mundo entero; que con mi muerte me cubriría de gloria, y que, en los tiempos futuros mis ideas serían adoptadas.

»Primero pensé que, como tendría que presentarme ante los jueces para mantener mi acción, tenía que realizarla con mi traje nuevo, para marchar hacia Vire inmediatamente después de consumada. Llevé a afilar la hoz el domingo 24 de mayo, en casa de Gabin Laforge, herrero de Aunay...

»Al sábado siguiente, al ver que mi padre y mi a-p se habían marchado a Aunay, y que los tres que había decidido matar estaban en casa, cogí rápidamente mi traje nuevo; pero cuando estaba preparado, mi madre y mi hermano se habían marchado al pueblo. Me alejé unos instantes. Cuando volví, los encontré a los tres en casa; pero no me decidí a matarlos. Me dije entonces: “No soy más que un cobarde; nunca llegaré a ninguna parte”.

»Al día siguiente fui detenido otra vez más por lo que entonces llamaba mi cobardía. Durante los próximos días no se me presentó la ocasión, porque tenía trabajo en la tierra. El 2 de junio tomé la resolución. Decidí hacerme el enfermo para no ir a labrar al otro día, 3. Este día, en el momento de levantarme, hice ver que vomitaba y dije que no podía ir a trabajar. Una hora más tarde, me levanté y dije que estaba algo mejor. Cogí en secreto mi traje nuevo. Lo llevé a una casa llamada casa Clinot; luego me mudé... Los tres estaban en casa. Pero cuando estaba vestido me di cuenta de que mi hermano Jules se había marchado a la escuela. Entonces me marché y no volví hasta el mediodía, porque sabía que los encontraría a los tres. Pero tenía que esperar demasiado. Volví a casa para recoger mi ropa de cada día, y decidí realizar la acción sin cambiarme. Pensaba: ¿Qué importa si voy bien o mal vestido? Me explicaré lo mismo sin el vestido nuevo. Al mediodía mi hermano había vuelto de la escuela. Aprovechando esta ocasión cogí la hoz. Entré en casa de mi madre y cometí aquel crimen atroz, empezando por mi madre... luego mi hermana... y mi hermano pequeño... Luego, redoblé los golpes...

»Marie, suegra de Nativel, entró: ¿Qué estás haciendo?, me dijo — Apártese de enmedio, le dije, o le pasará lo mismo. Luego salí al patio y le dije a Nativel: “Michel, cuide de mi padre y mi abuela; ahora podrán vivir felices. Muero para devolverles la paz y la tranquilidad”.

»Luego me puse en camino en dirección a Vire. Como quería tener el honor de ser el primero en anunciar el acontecimiento, no quise pasar por el pueblo de Aunay, temiendo que allí me detuvieran. Decidí ir por el bosque de Aunay, por el camino de Vergées. Eché la hoz en un campo y me marché. Y al andar sentí desfallecer aquel valor y la idea de gloria que me animaban, y, cuando llegué a los bosques, recuperé del todo la razón, —¡Ah! ¿Es posible? me decía. Soy un monstruo. ¡Infortunadas víctimas! ¿Es posible que lo haya hecho? No, sólo es un sueño. ¡No, es demasiado cierto! Abismos, abriros bajo mis pies, tierra trágame!... Lloré; me revolqué por el suelo; y me acosté.

»... Pueden imaginarse que ya no tenía ningunas ganas de ir a Vire. Anduve sin saber adonde iba... Por la noche, me encontré en un bosquecito

cerca de Cadehol. Me acosté y me abandoné a mis desesperados pensamientos...».

El autor de la memoria da cuenta luego de sus tribulaciones, de su vida en los bosques alimentándose de raíces, de urchillas salvajes, etc... en el mar, cerca de Port, adonde se había dirigido con la esperanza de vivir de cangrejos y de mariscos, hasta el momento en que, fatigado de su vida errante, y después de haber varias veces dudado de entregarse él mismo a la justicia, fue detenido al fin cerca de Langannerie, después de un mes de tormentos y de vagar por el monte.

Los debates no han hecho sino confirmar los hechos articulados por la acusación. Rivière solo tiene 21 años; su rostro, a pesar de su extremo abatimiento, inspira aún interés. Parece absorto en tristes pensamientos. Contesta, con pesar, con voz débil y por monosílabos. En el momento en que se le presentó la hoz con la que había cometido el triple asesinato, y cuando el presidente le hizo notar que estaba manchada aún de la sangre de su madre, de su hermana y de su hermano, apartó la mirada y dijo gimiendo: «quiero morir cuanto antes». En lo demás, el acusado persiste en las confesiones recogidas por la instrucción.

Declaró que, al degollar a su madre, sabía perfectamente que hacía algo condenado por la moral y por la ley, pero que estaba convencido que de este modo devolvía la tranquilidad a su padre y que la certeza de esta afirmación le bastaba: que moría voluntariamente para asegurar la felicidad de su padre. En cuanto al asesinato de su hermana y de su hermano, lo explica diciendo que su hermana compartía el odio de su madre hacia su padre y que en consecuencia debía tener el mismo fin. En lo que se refiere a su hermano pequeño, le pegó primero porque quería a su madre, y luego porque era el único medio de levantar la cólera de su padre contra él, —su padre que tanto quería a aquel niño—, y de este modo no tendría pena cuando supiera que lo mataban como expiación de su crimen. La mayoría de los testigos, tanto de cargo como de descargo, han relatado diversos hechos que, si bien no prueban un total trastorno de las facultades intelectuales del acusado, le suponen una notable debilidad mental. Sin embargo, Bouchard, médico, que le visitó con frecuencia en la prisión de Vire, declaró que no había observado en el desgraciado ni el carácter de la locura propiamente dicha, ni el de la monomanía del crimen.

Esta declaración ha dado lugar a un debate lleno de interés en el que tomaron parte el señor Vastel, que habló como testigo de descargo, y los

señores Trouvé y Lebidois, doctores en medicina de la facultad de Caen, que declararon en virtud del poder discrecional del presidente.

La acusación corrió a cargo del señor Loisel, sustituto del fiscal general, que está especialmente interesado en que se deduzca de los debates, de la instrucción y concretamente de la memoria redactada por Rivière, la prueba de la capacidad intelectual del acusado^[**]

La defensa fue presentada brillantemente por el señor Barthauld, joven abogado del Colegio de abogados de Caen, que hizo valer con el mayor arte posible las circunstancias resultantes de los debates y de los precedentes del acusado, tendiendo a establecer la ausencia absoluta de juicio y, en consecuencia, la ausencia, de culpabilidad de su parte.

Después de tres horas de deliberaciones, el jurado abrió de nuevo la sesión y resolvió afirmativamente y por mayoría todas las cuestiones que se le habían planteado.

En consecuencia, el Tribunal condenó a Rivière a la pena capital.

b) «*Gazette des Tribunaux*» (lunes 16, martes 17 de noviembre de 1835)

(Correspondencia particular)

Presidencia de Daigremont-Saint Mauvriex hijo.

Audiencias del 11 y 12 de noviembre de 1835.

Acusación de parricidio y de fratricidio

Inconcebible sistema de defensa del acusado.

Pierre Rivière es un joven de apenas veintiún años, parece abatido, aunque su rostro inspira aún cierto interés, a pesar de la enormidad de los crímenes por él cometidos. La afluencia de público es inmensa. Podemos ver entre la gente al Primer Presidente y al Fiscal general; varios médicos, profesores de nuestra escuela secundaria, están presentes también. Se sabe de antemano que en los debates la cuestión de los hechos materiales desaparecerá ante la más grave del discernimiento y de la razón en la persona del acusado. El acta de acusación es leída por el ujier; el tres del junio pasado, en el pueblo de Aunay, armado con una hoz, mató a su madre, a su hermana y a su hermano. En una memoria redactada por él mismo Rivière confesó y explicó su crimen, detallando las circunstancias que acompañaron al mismo. Alegó que creía haber hecho una acción loable, aunque condenada en apariencia por las leyes divinas y humanas, porque quería morir por su padre, al que quería darle paz y tranquilidad. Rivière padre era desgraciado a consecuencia de la conducta de su mujer; los esposos vivían separados. La madre vivía con su hija Victoire

de dieciocho años de edad, y con su hijo Jules, de ocho años. Pierre Rivière vivía con su padre y una hermana llamada Aimée y otro hermano llamado Prosper. El padre de Rivière sentía un gran afecto por el pequeño Jules; éste parece que también sufría las consecuencias de los mencionados problemas domésticos.

*Siguen extractos de la memoria
(los mismos que en el artículo precedente)*

Los debates han confirmado los hechos articulados por la acusación. Pierre Rivière responde con pesar a las preguntas que se le dirigen, y parece absorto en tristes pensamientos. Cuando se le presentó la hoz maculada aún con la sangre de las víctimas, apartó la vista y dijo con voz plañidera: quiero morir cuanto antes. Persiste en todas sus confesiones. La defensa debía apoyarse en el estado de demencia del acusado en el momento de la acción; los debates revelaron ciertos hechos, que si bien no prueban un absoluto trastorno de las facultades mentales, anuncian al menos una notable debilitación de las mismas. Pierre Rivière tenía una educación primaria prácticamente inexistente; pasaba por una especie de *idiota* o de *infeliz*; vulgarmente le llamaban *el imbécil de Rivière*. Al mismo tiempo, Buchard, médico que le visitó varias veces en la prisión de Vire, declaró que no había observado en él ningún síntoma de locura propiamente dicha; que tampoco había encontrado síntoma alguno de monomanía asesina...

Un debate muy vivo e interesante tuvo lugar respecto a este punto entre Vastel, médico del Bon-Sauveu (manicomio de Caen) que declaró como testigo de descargo y los señores Trouvé y Lebidois que declararon en virtud del poder discrecional del Presidente.

La acusación fue mantenida con fuerza por el abogado Loisel, sustituto del fiscal general. Este se centró sobre todo, siendo los hechos constantes y confesados, en establecer, por el conjunto de la instrucción y los debates, concretamente por la propia memoria del acusado, que éste sabía perfectamente discernir el bien del mal, que tenía absoluta conciencia de su crimen y que no presentaba ni una locura caracterizada, ni monomanía criminal.

La defensa confiada al letrado Berthauld, abogado del Colegio de abogados de Caen, fue presentada con talento, y sus esfuerzos podían haberse visto coronados con el éxito, si el éxito hubiera sido posible. Los señores jurados permanecieron tres horas en la cámara, deliberando; sin duda leerían la memoria redactada por el acusado que, seguramente, contrastó de una

manera singular con el sistema de la defensa. A las dos menos cuarto de la mañana, dieron cuenta de su veredicto de culpabilidad, y en medio del estupor general, el tribunal pronunció contra Pierre Rivière la pena de los parricidas.

c) «*Anales de higiene pública*» (1836, pág. 201)

Bouchard, requerido por la audiencia e interrogado sobre si Pierre Rivière era un alienado, contestó: Pierre Rivière no es un alienado, por dos razones; 1.^a porque, al estudiar su constitución física, no puede apreciarse nada que hubiera podido impedir el normal funcionamiento de su cerebro; 2.^a porque su estado mental no puede situarse en ninguna de las clasificaciones adoptadas por los autores. «De modo que, dijo Bouchard, Pierre Rivière no es un monomaniaco, ya que no delira sobre un único objeto; no es un maniaco porque no está en un estado constante de agitación; no es idiota ya que ha redactado una memoria cargada de sentido; y finalmente, no es un demente, como podrá apreciarse a simple vista. *Luego Pierre Rivière no es un alienado*». Cuatro médicos estaban presentes en la audiencia y fueron escuchados. Dos compartieron la convicción de Vastel; dos estuvieron de acuerdo con Bouchard.

A pesar de la defensa elocuente y llena de convicción del abogado Berthauld, el jurado declaró culpable a Pierre Rivière; en consecuencia, el infeliz fue condenado al suplicio de los parricidas. Sin embargo, asustados quizás por la enormidad de la pena infligida a un hombre que, según sus propias palabras, *nunca gozó por completo de la razón*, los jurados se reunieron y redactaron una petición de conmutación de pena.

5. Informe del presidente del Tribunal a la Dirección de asuntos criminales.

Miércoles 11. Jean Pierre Rivière de 20 años de edad, campesino, nacido en Courvaudon, residente en Aunay.

Acusado de haber matado voluntariamente y con premeditación, el 3 de junio de 1835, a Victoire Brion, mujer de Rivière, su madre, a Victoire Rivière, su hermana y a Jules Rivière, su hermano.

Condenado al suplicio de los parricidas.

El 3 de junio, hacia el mediodía. Marie Brion, esposa de Rivière, de 40 años de edad, Victoire Rivière, su hija, de 18 años de edad y Jules Rivière, su hijo, de siete años de edad, fueron encontrados muertos en su casa de la comuna de Aunay. Sus cadáveres yacían en medio de un gran charco de

sangre. La madre tenía el rostro y la parte anterior del cuello tan destrozados que las vértebras cervicales estaban totalmente separadas del tronco, la piel y los músculos de la parte izquierda retenían aún la cabeza; mostraba señales de numerosos golpes en esta parte del cuerpo, asestados con una violencia tal que los huesos y los músculos formaban una papilla sanguinolenta. La mujer estaba encinta.

Victoire Rivière tenía la cabeza abierta por diversos sitios y en distintas direcciones y el rostro surcado por numerosas heridas, una parte de su pelo había sido arrancada.

Jules Rivière presentaba en la cabeza anchas y profundas incisiones que habían penetrado en el cerebro así como en el cerebelo; señales de otros golpes se apreciaban en la nuca y en los hombros.

Estas heridas, que habían ocasionado la muerte, parecían hechas con un instrumento cortante.

Una vecina del matrimonio Rivière vio a Pierre Rivière luchar con su hermana Victoire; tenía una hoz en la mano y le asestó un golpe que la hizo caer ante sus pies. Esta mujer pidió socorro, pero ya las tres víctimas yacían muertas. Unos minutos después, un habitante del pueblo encontró a Rivière que salía de la casa de su padre, éste le dijo: acabo de liberar a mi padre de todas sus desgracias, sé que me matarán, pero no me importa: mientras decía esto tenía en la mano una hoz ensangrentada.

Las autoridades emprendieron la búsqueda de Rivière inútilmente, durante un mes consiguió escaparse. Fue detenido el 2 de julio en una comuna del distrito judicial de Falaise. A las preguntas que le hicieron los gendarmes, contestó que había matado a su madre, a su hermana y a su hermano porque habían pecado. Llevaba una especie de arco, una flecha con un clavo en la punta, algo de azufre y dos cuchillos. Una vez en la prisión de Falaise creyeron que había intentado evadirse, pero él mismo declaró más tarde que había hecho un intento de evasión para no permanecer con los otros detenidos para los que creía ser un objeto de horror.

En su primer interrogatorio ante el juez de instrucción de Vire, quiso primero mantener el papel que había representado desde el momento de su detención: decía que, al matar a su madre a su hermana y a su hermano, obedecía órdenes de Dios, que le había mandado matarlos porque estaban de acuerdo para perseguir a su padre, y citaba varios ejemplos sacados de la Biblia que según él probaban que Dios había autorizado algunas veces tales acciones; pero no tardó en confesar la verdad, reconoció que había matado a su madre para liberar a su padre de una mala mujer que le atormentaba, a su

hermana porque estaba con su madre, y a su hermano porque las quería a las dos. Un mes antes había hecho afilar la hoz, dos veces quiso intentarlo y dos veces no tuvo fuerzas para hacerlo, al fin, el 3 de junio se sintió con fuerzas para llevar a cabo el horrendo proyecto. Añadió que había intentado hacerse pasar por loco, pero que ya había renunciado y que ahora se sometería a la suerte que le estaba reservada.

En una memoria bien redactada y escrita total mente por Rivière durante quince días, dio cuenta de la forma más detallada de la conducta culpable de su madre hacia su padre, de los sentimientos que esta conducta le provocaba, de las reflexiones que le llevaron a concebir el proyecto de matar a su madre para asegurar la tranquilidad de su padre, de sus dudas, de los esfuerzos que tuvo que hacer para ponerlo en acción, de los remordimientos que luego le destrozaban las entrañas, del modo en que vivió hasta el día en que le detuvieron, de los pensamientos que no le dejaban en paz, y de los deseos de acabar con su vida que se le había convertido en una carga.

Después de unas confesiones de esta naturaleza, sólo quedaba comprobar si Rivière estaba en pleno uso de sus facultades mentales en el momento de la acción, y en esta dirección se enfocaron las instrucciones y los debates.

La fisonomía de Rivière no tiene nada de particular, manifiesta más bien dulzura que inclinación a la crueldad; durante los debates permanece tan inmóvil como su cuerpo; su espíritu parecía tranquilo y no perturbado por ningún sentimiento; sin embargo, ante la hoz todavía maculada de sangre volvió la cabeza horrorizado diciendo: quiero morir lo antes posible. Sus respuestas siempre han sido claras y precisas, escuchó su condena con la mayor impasibilidad; fueron necesarias reiteradas instancias de su padre, de su confesor y de su defensor para determinarlo a firmar su apelación.

Se ha demostrado que Rivière no tuvo enfermedad ni herida algunas que pudieran haberle ocasionado un trastorno de las facultades mentales.

Durante su infancia, Rivière parecía algo obtuso; tuvo muchas dificultades para aprender a leer y a escribir. Pero el cura de su parroquia, hombre notable por su capacidad, no tardó en descubrir en él grandes aptitudes, sobre todo por las ciencias exactas. Tenía una memoria prodigiosa, leía con una avidez extrema todos los libros a su alcance, y no olvidaba nada de lo que había leído. Luego de haber sido muy religioso, abandonó toda práctica devota y luego volvió a sus primeros sentimientos; explica de este modo su conducta: la instrucción religiosa que había recibido y los libros devotos me había convencido de la verdad de la religión, un libro llamado *Le bon sens* del cura

Meslier me había hecho dudar, el catecismo de Montpellier y mis reflexiones disiparon mis dudas y actué conformemente a los sentimientos que tenía.

Todos los habitantes que, por su instrucción, por su posición social, y por sus relaciones con Pierre Rivière, eran útiles para dar una información exacta, lo describieron como una persona de un carácter sombrío y melancólico, que huía de la gente; a veces se marchaba de casa y pasaba varias noches en los bosques. Estaba considerado como un idiota, pero no se le habían observado aficiones viciosas. Testigos acreditados contaron cosas que parecían probar su alienación mental. De niño, Rivière clavaba en una madera pájaros y ranas y los contemplaba agonizar sonriendo, con la sonrisa de los imbéciles; según Rivière, de este modo reconstruía la pasión de Jesucristo; más de una vez le habían visto fuera de sí y manifestando una gran emoción porque creía ver al Diablo, y afirmaba también que hablaba con las hadas en sus paseos nocturnos; y todo, contestó él en los debates, para reírse de los que creían estas absurdidades; varias veces le sorprendieron decapitando coles con un palo gritando: derecha, izquierda. Él afirma que se imaginaba general de los ejércitos. Durante dos años trabajó en su granero en la construcción de un instrumento para matar pájaros al que llamaba *Calibine*; luego se escapó a un campo seguido de los niños del pueblo; en la misma época enterró a un arrendajo que había pertenecido a su hermano simulando una ceremonia religiosa; entonces tenía 18 años; otros hechos de esta índole, que ponían de manifiesto su extrañeza o extravagancia, fueron referidos en los debates.

Es un hecho indiscutible que Rivière sentía una gran aversión por las mujeres y hacia todos los animales hembras, temía sobretodo la presencia de las mujeres de su familia, y cuando se le preguntó la causa, contestó que leyendo las santas Escrituras había sentido un enorme horror por el incesto y la bestialidad, y que temía que existiera un fluido invisible que le relacionara a pesar suyo con las mujeres o con los animales hembras, cuando estaba cerca de ellos.

Dos parientes de la madre de Rivière murieron alienados; tenían la misma aversión por las mujeres. Uno de los hermanos de Rivière de 13 o 14 años de edad pasa por idiota total.

Los debates no revelaron nada que permitiera suponer que Rivière sintiese hacia su madre, su hermana o su hermano algún sentimiento de odio, de venganza, de celos o de envidia. Las disensiones existentes entre Rivière padre y su mujer eran conocidas por toda la comunidad y todos acusaban a esta última; consideraba todo el mundo que el pobre Rivière sentía por su padre un tierno afecto, y el continuo espectáculo de las torturas de que era

objeto y de las desgracias que le perseguían, exaltando su imaginación sombría y melancólica, parece ser la causa exclusiva que le llevó a la concepción de su horrendo proyecto, ejecutado el 3 de junio.

La memoria de Rivière está escrita con claridad, orden y precisión, todos los malos tratos de su madre para con su padre están en ella referidos con el mayor detalle. Se desprende de ella que a Rivière le atormentaban unos deseos desmesurados de gloria y de cultura, y que una serie de falsos razonamientos apoyados en ejemplos sacados de la historia le llevaron a la idea de que realizaría una acción meritoria y se inmortalizaría sacrificando su vida para asegurar la felicidad de su padre. Esta memoria supone en Rivière una gran inteligencia y una total aberración de criterio; aunque Rivière sólo recibió la educación que se da en un pueblecito, el estilo es bastante correcto y hay páginas de una elocuencia muy notable.

En esta memoria Rivière da, respecto del motivo que le llevó a matar a su hermano pequeño, una explicación diferente de la que encontramos en sus primeros interrogatorios; dice que mató a su hermano para hacerse más odioso ante su padre y para que su suplicio no le ocasionara pena alguna.

Al término de los debates se llamó a los médicos para que dieran su opinión sobre el estado mental de Rivière, tres determinaron que no estaba en su sano juicio en el momento de la acción, otros tres adoptaron la opinión contraria y, reconociendo las extrañezas de su conducta y su falta de criterio, consideraron que tenía el suficiente para apreciar la moralidad de su acto y ser responsable del mismo. Los dos médicos que dirigen el manicomio del Bon Sauveur de Caen fueron de distinta opinión.

El jurado, que contaba entre sus miembros a hombres de notable formación y sagacidad, declaró culpable a Rivière por unanimidad, aunque seis jurados estuvieron de acuerdo en admitir circunstancias atenuantes. La lectura de la memoria parece que ejerció una gran influencia en la opinión adoptada.

El proyecto premeditado de Rivière de matar a su madre, a su hermana y a su hermano, el horror que le inspira la acción que va a cometer, sus dudas, su arrepentimiento, sus remordimientos y sus confesiones prueban que era consciente de la atrocidad de su acción, y que en consecuencia debía ser declarado culpable y condenado. No obstante, no puede verse en Rivière a un hombre que pueda asimilarse al asesino cuyo brazo está armado por las pasiones culpables que de ordinario llevan al hombre al crimen. No actuaba en su interés personal, su móvil era el deseo mal entendido de procurar la felicidad de su padre; si en el momento de la acción tenía uso de razón, su

crimen, sea cual fuere su incapacidad de criterio, debe ser castigado con toda la severidad de la ley. Pero la propia enormidad del crimen y la ausencia de motivos razonables junto con las extrañezas de su carácter y la extravagancia de algunas de sus acciones han dado lugar a dudas sobre su estado mental. A este respecto hubo diversidad de opiniones entre médicos igualmente dignos de confianza y entre los miembros del jurado. El público que ha seguido con el mayor interés los debates de este caso está también dividido, y graves dudas se hubieran apoderado de los miembros del tribunal de haber sido llamado a pronunciarse. De modo que, al ser Rivière tan diversamente juzgado por esos hombres concienzudos e ilustrados, podemos pensar que hay algo en él que no permite confundirle con otros hombres culpables de acciones tan atroces y, si la alienación mental tiene diversos grados, puede atribuirse su crimen a un estado de exaltación momentáneo provocado por las desgracias de su padre, estado que sin duda no es el de la locura, pero que no implica el uso de la razón, sobre todo en un hombre cuyas acciones tuvieron un marcado carácter de extravagancia.

A los ojos de los que creen que Rivière es culpable en toda la extensión de la palabra, y esta opinión viene garantizada por la respuesta del jurado, su ejecución es un ejemplo que reclama indispensablemente el interés de la sociedad, mas este ejemplo sólo será saludable mientras no quepa la menor duda sobre la culpabilidad de Rivière, de otro modo tendría unos resultados desastrosos.

Si la clemencia del rey dignara posarse en Rivière, su estado mental sería el único motivo, y en este caso creo que su pena debería ser conmutada de modo que fuera privado de libertad hasta el fin de sus días.

6. Artículos y cartas relativas al proceso

a) «Diario de Rouen y del departamento de Seine-Inférieure», domingo 15 de noviembre de 1835

Audiencia de Calvados
Lacenaire y Rivière

Nuestras columnas, así como las de los periódicos de la capital, están llenas, desde hace tres días, del extenso desarrollo de un horrible caso, que no sólo suministra a la curiosidad abundante pasto, sino que, incluso sumerge el alma en dolorosas reflexiones sobre la humanidad y el estado actual de

nuestras costumbres. El hombre, que es el héroe principal, nos presenta la existencia más abominablemente criminal que imaginarse pudiera. Es el crimen personificado en todo su cinismo, con toda su ingenuidad, si cabe la expresión, privado de remordimientos, de arrepentimientos, de esperanzas; es la espantosa encarnación de Robert Macaire, pavoneándose envuelto en su capa con las medallas de la deshonra, paseándose fanfarrón por la leyenda de sus monstruosidades, detallándonos las circunstancias de sus crímenes con la impasibilidad y la verbosidad complacida de un novelista de la Edad Media describiendo los rincones de una mansión gótica; el Carlos I de la corrupción, que ambiciona ser la llave de bóveda del imperio del mal, y desde las alturas del Pandemónium desde donde domina, se apiadaba de sus cómplices, vulgares asesinos, que no saben, como él, ser dignos del cadalso; y sus jueces se detienen a compulsar sus monstruosidades, sus engaños de escolar, como médicos que se molestaran en extirpar los callos del pie de una pierna gangrenada que hay que amputar.

Es cierto que la literatura frenética, en nuestros días, ha llegado lejos en el desenfreno de las concepciones satánicas, pero no ha ido más allá del tipo infernal juzgado estos días en los tribunales del Sena. ¿Se dirá que ha nacido un solo monstruo de la influencia de las letras de nuestra época? ¿O bien estas letras no han sido más que la monografía de una raza inmunda que ha brotado de repente en el hálito de los funestos días que estamos viviendo? Dos cuestiones que aterroriza profundizar.

La audiencia de Calvados se ha encargado de ofrecernos el espejo de este horrible cuadro que acaba de desarrollarse en las audiencias del Sena. El joven Rivière, que acaba de ser juzgado en Caen y cuya historia entresacamos del «Pilote du Calvados», había matado a su madre, a su hermana y a su hermano menor. ¿Cuál era el motivo que le había llevado a este triple asesinato? Él mismo nos lo explica, en un fragmento de memoria que remitimos a nuestros lectores: con la única idea, espontánea y desinteresada, de hacerle un favor a su padre.

Deliberadamente y sin ser coaccionado por nadie, quiso liberar a su padre de una esposa, su propia madre, cuya desenfrenada conducta era un escándalo para toda la familia; añadió a éste el crimen de su hermana, porque simpatizaba con su madre y parecía que seguía sus mismos pasos; añadió también el crimen de su hermano, porque éste, al contrario, merecía el mayor afecto de su padre, y porque, al decidirse a subir al cadalso, por pura generosidad para con el autor de sus días, quería evitarle, mediante una

diabólica compensación, tener que sentir por su hijo el más mínimo reconocimiento.

Todo eso, hay que reconocer, tiene algo de vértigo, de locura, de exaltación enfermiza, de un cerebro perturbado. Sin embargo, el ministerio público invocó la memoria de Rivière donde éste expone con todo detalle la concepción y la deducción lógica que acabamos de leer como prueba de la *sana inteligencia* del inculpado, y el jurado de calvados, aceptando los motivos del ministerio público, dio un veredicto que condena a Rivière a la pena de muerte.

El jurado ha decidido con plena conciencia y nosotros no podemos censurar la conciencia legalmente consultada. Pero si se admite que Pierre Rivière pudo actuar con discernimiento en la realización de su triple crimen, ¿cuál es el estado moral de esta sociedad que crea naturalezas tan depravadas como las de Rivière o Lacenaire? Una, representante del *egoísmo* en su más abyecta desnudez, la otra del sacrificio altruista dentro de la aberración más monstruosa; ambas nos llevan a la nada, una por la negación absoluta de cualquier ley, de cualquier creencia moral; la otra por una sobreexcitación epiléptica de los órganos de la sensibilidad...

Las personas que todavía sueñan con un retorno al pasado no dejarán de invocar tales enseñanzas en las que encontrarán las consecuencias de los últimos triunfos de la filosofía sobre la religión cristiana, y se reafirmarán en sus esfuerzos de restauración de la silla episcopal y del altar. No obstante sería un error creerse autorizado aquí a anatemizar a la filosofía. No hay que juzgarla por fragmentos particulares, sino en la totalidad de su obra, destructiva de un lado, creativa por otro. Necesitaba destruir lo que había que destruir en el orden antiguo, para poder edificar uno nuevo. La victoria de la filosofía sobre la fe católica ha producido, en el orden moral, una perturbación de las mentes y una solución de continuidad, a las que hay que atribuir, quizás, todos los males que se ciernen sobre nuestra sociedad. Pero son estas, condiciones transitorias, cuya solución está unida al advenimiento de las nuevas creencias, y no a la resurrección de las creencias pasadas. El nombre que en este siglo ha dado el más elocuente testimonio de la fuerza moral y política del catolicismo, Maistre, a quien los devotos no podrán acusar de impío o de materialista, ha consignado en las *Soirées de Saint Petersburg*, estas memorables palabras, que son la confirmación de nuestra apreciación:

«Tenemos que estar preparados, dice, para un acontecimiento en el orden divino, hacia el que nos acercamos a gran velocidad y que los observadores

no pueden dejar de ver. Ya no hay religión en la tierra, el género humano no puede seguir así... Pero esperad a que la afinidad natural de la religión y la ciencia se unan en la cabeza de un hombre de genio. La aparición de este hombre no está muy lejos, y quizás exista ya... Todo anuncia una gran unidad hacia la que avanzamos a pasos agigantados.»

Basta, realmente, con mirar a nuestro alrededor, para asegurarnos de que vivimos en tiempos análogos a los que precedieron al establecimiento del cristianismo. Es el segundo ejemplo que se ofrece al mundo, el de una sociedad abandonada a todos los apetitos materiales sin el menor freno moral. Nuestra época repite todas las infamias que antaño mancharon el bajo imperio ; pero no olvidemos que el bajo imperio fuera el que preparó la gran unidad católica, que esta unidad desapareció para dejar sitio, según la concepción profética de Maistre, a una nueva unidad más grande y más bella aún.

b) *«Pilote du Calvados», 15 de noviembre de 1835*

Recibimos con la rogativa de su publicación las reflexiones siguientes, sobre la condena recientemente pronunciada por el Tribunal. Aunque las consideraciones morales formuladas en este escrito se apartan en varios puntos de nuestras opiniones personales, hemos considerado, sin embargo, que debíamos acoger estas opiniones, estas observaciones, al menos como uno de los elementos de solución del problema que preocupa desde un tiempo a esta parte a los moralistas más distinguidos de nuestra época.

Otra pena de muerte

«Hoy, a la una y cuarto de la mañana, después de largos debates, y a pesar de los esfuerzos, a pesar, sobre todo, de la convicción expresada con tanta elocuencia por su joven abogado, Pierre Rivière, de la comuna de Aunay, acusado y convicto de un triple crimen cometido en la persona de su madre, su hermano y su hermana, ha sido condenado por el Tribunal de Calvados, a la pena de los parricidas.

»Pierre Rivière es un joven menor de edad, que por su nacimiento y educación pertenece a la clase más humilde y más numerosa de la sociedad; su aspecto externo, sus respuestas y hasta su sonrisa ponen de manifiesto todos los síntomas de idiotismo; esta primera apariencia responde por otra parte a todo lo que los testigos que le conocieron declararon sobre su pasado, y a todo lo que las circunstancias de su crimen podían hacer presumir.

»Pero Rivière tuvo la desgracia de tener una constitución mental trastornada de otro modo, desorganizada de otra manera que la de los alienados, los maníacos y los monomaniacos que las familias, los tribunales y los hospicios se disputan y se endosan tan frecuentemente de unos a otros. Rivière no tenía una idea fija, imperturbable; varias ideas extrañas se amparaban de él y le dominaban; no parecía afectado por una alienación completa y continua; no estaba desprovisto de todas las cualidades morales, ya que tenía, al contrario, algunas facultades exuberantes y maravillosamente desarrolladas; tenía un grado muy alto de memoria y de imaginación: la primera aplicada al recuerdo de los vicios y de los crímenes de su madre: la otra utilizada ampliamente en sueños insensatos, en proyectos absurdos o feroces, pero siempre irrazonables y sin trascendencia, siempre sin base y sin resultados.

»Lo lesionado y enfermo en este hombre era la facultad de percibir las relaciones y deducir sus consecuencias, era el juicio. Al nacer llevaba consigo un juicio falso y erróneo; nadie había intentado o nadie había conseguido curar esa afección morbosa, ahogar este germen de muerte que se escondía en su seno. Desde su infancia, huía de la gente, la única que hubiera podido corregirle modificándolo; se condenaba voluntariamente a la soledad, donde alimentaba, a la sombra, sus extrañas aversiones y sus ciegas pasiones. Las lecturas que devoraba al azar ofrecían a su imaginación viva y descontrolada resultados inmensos que infinidad de contradicciones acababan por oscurecer. Su inteligencia se gastaba o se destrozaba contra ilusiones quiméricas; su sensibilidad se extendía en odios locos, pero vivos, en un amor exclusivo aunque profundo, este amor desmesurado y fatal que pronto haría de él un *mártir*, como él mismo se creía; un *monstruo*, como decidieron los jueces.

»No, Pierre Rivière no era ni un monstruo ni un mártir; era un ser desgraciado, enfermo, incompleto; era una persona que no tenía completa conciencia de sus actos, y que, en consecuencia, no podía asumir su total responsabilidad. Los médicos vieron en él a un alienado ordinario; otros no pudieron reconocer en él ningún síntoma de alienación previamente comprobada. Y porque su tipo de alienación era desconocido y nuevo, como no había palabras en el idioma para expresar esta imperfección de la naturaleza y esa deplorable especialidad, fue clasificado como monstruo, como monstruo de instintos feroces de los que la sociedad debía liberarse; sin reflexionar en el hecho de que esa estructura mental no podía ser realmente entendida por estructuras distintas y opuestas: sin tener en cuenta que se rechazaban hechos desconocidos y excepcionales, para fijarse únicamente en

los hechos generales y vulgares; sin pensar que había algo más que dudas a plantearse, cuando, al cortar de cuajo estas preguntas, estas incógnitas, era una cabeza humana la que iban a cortar.

»Quién sabe si en el fondo de este acto espantoso cometido por Pierre Rivière no había alguno de estos fanatismos propios de una imaginación potente, pero que por desgracia sólo los hacen potentes para el mal; fanatismo de religión, fanatismo de razonamiento, fanatismo de amor filial. ¿Quién hurgó en la inteligencia y en el corazón de este hombre? ¿Qué miradas han podido descubrir, bajo la densa cortina de la imbecilidad y del desmoronamiento total del acusado, una razón normal y una conciencia clara? ¿O acaso un examen de unas horas, hecho a distancia, y a través de las mil preocupaciones de los debates, ha podido aportar a los jueces la revelación de este misterio vivo y funesto, la certeza indispensable para poder tomar a los ojos de la sociedad la responsabilidad de esta condena capital, que la moral, quizá en exceso osada del defensor había calificado previamente de *asesinato judicial*?

»No vamos a ir tan lejos, sin duda; nos contentamos únicamente con manifestar nuestros escrúpulos y ponerlos en la balanza del juez, dejando a cada uno el sentimiento de su deber y la satisfacción de su conciencia. Pero deploramos en el fondo de nuestra alma que se tenga que recurrir aún al brazo del *verdugo*, para curar las enfermedades, a veces hereditarias, de los individuos y de las sociedades.

»La sangre vertida quiere sangre, dicen; ya no es la venganza pública la que la reclama, es el ejemplo, el *saludable* ejemplo, como si las lecciones de este tipo hubieran formado algo más que asesinos. ¡Pues bien! la decisión fatal ha caído; la sangre correrá si no la detenemos: y con ello no se hará más que satisfacer tardíamente el deseo enternecedor expresado ayer mediante el miserable: *¡quiero morir cuanto antes!* Queremos que se nos permita inscribir nuestra apelación al lado de la apelación judicial que no dejarán de dirigir en su nombre; que se nos permita añadir nuestra voz de la conciencia a la voz emocionada del abogado, y gritar a los jueces ante los que Rivière tendrá que comparecer aún, o al soberano, que podrá ser apelado a ejercer su derecho de gracia: «¡piedad para él, piedad! pero nada de infamia; y sobre todo, ¡nada de cadalso! »

Caen, 12 de noviembre de 1835.

P.D.

c) «*Pilote du Calvados*», 21 de noviembre de 1835.

Un doctor en medicina de la ciudad de Caen que asistió a los debates dirige al «*Pilote du Calvados*» una carta de la que reproducimos los pasajes principales:

Señor redactor:

Cuando se trata de llevar al cadalso a un hombre que no creemos culpable, tengo la seguridad de que sus columnas estarán abiertas para recoger ideas y opiniones que pueden alcanzar este objetivo. — Ésta es la única pregunta que voy a tratar: ¿estaba Rivière en ese estado de alienación mental que puede conducir particularmente al crimen?

El testimonio de todos sus vecinos afirma que se abandonaba a este tipo de acción que el doctor Esquirol, el médico más importante de Francia, ha llamado *melancolía* (*Diccionario de las ciencias médicas, tomo 32, pág. 155*):

«Los locos de este tipo, dice el autor, huyen de la gente, buscan la soledad; creen que existe en ellos un fluido que los pondrá en contacto con personas incluso lejanas que pueden apresarlos y causarles mil daños.»

También Rivière creía poseer un fluido parecido al que se refiere el doctor Esquirol y que lo ponía en contacto *carnal* (es su propia expresión) con su abuela, sus hermanas, con todas las mujeres e incluso con todas las hembras de los animales; por ello huía escrupulosamente de todas las mujeres.

La memoria que escribió en su prisión ha sido, para el ministerio público, el argumento principal para probar que Rivière estaba sano de espíritu, y quizás esta misma observación habría determinado al jurado a declararle culpable. Los jurados no podrían creer que el acusado, al relatar con una precisión y una exactitud de razonamiento sorprendentes, las desgracias de su padre y sus propias ideas, y habiendo dado prueba en su relato de una vasta memoria, estuviera loco. Pues bien, precisamente el gran desarrollo de la memoria y la exactitud, impropia de las costumbres de Rivière, es lo que hubiera confirmado ante los ojos de un jurado estrictamente médico, su estado de alienación.

Escuchemos de nuevo a Esquirol:

«En el delirio melancólico que comporta la unión parcial del entendimiento, existen sensaciones falsas, ideas exageradas relativas al objeto

de la pasión, mientras que sobre otros objetos se razona y se actúa conforme a la más sana razón.»

Rivière partió de falsas ideas, exageradas, para decidirse al crimen de su familia. Pero una gran memoria tanto más desarrollada por cuanto le recordaba diariamente los hechos que le llevaban a su funesto proyecto, debió presidir la historia de todos sus hechos con la salud de juicio que esa enfermedad admite. Pero la *alienación melancólica* aparece sobre todo en los razonamientos que determinaron a Rivière a llevar a cabo su funesto proyecto. El amor que sentía por su padre había sido trasportado a su más alto grado; todos sus pensamientos tendían a liberarlo de las penas, renovadas sin cesar, con las que le martirizaba una mala mujer. La exageración del amor filial le hizo creer en la obligación de sacrificarle su propia vida en el cadalso. Esquirol prosigue de este modo sobre este tema:

«Los sentimientos morales no sólo conservan su energía, sino que incluso su exaltación es llevada a su más alto grado; la piedad filial, el reconocimiento, son excesivos, parece que estos locos empleen su inteligencia para fortalecerse en el objeto de su delirio; es imposible imaginar toda la fuerza, toda la sutilidad de sus razonamientos para fortalecerse en este objeto. Después de combinar ciertas ideas falsas, las toman por verdades, a partir de las cuales razonan con exactitud, y de ellas obtienen conclusiones razonables.»

¿No es éste un retrato fiel de Rivière?

El amor filial exagerado les lleva a engendrar una idea falsa, extravagante, hacer feliz a su padre matando a su madre; él sabe que este asesinato le conduce a la muerte; pero de repente se le aparecen los ejemplos de Cristo, de Judith, de Charlotte Corday, etc., que se sacrificaron por los hombres o por su patria; de modo que él considera que su acción no será menos loable que las de los ejemplos que a ella le han llevado.

¿Quién sino un loco puede hacer tamaña comparación? Pero lo que pone en evidencia el último grado de alienación en su acto, es la inmólación de su hermano Jules, al que su padre amaba tiernamente, con la idea de que éste, indignado por este crimen, odiará al que lo ha cometido; ¿no es éste un razonamiento de loco, el más extraño que un alienado pudiese inventar? A cualquiera que le hubiese comunicado su proyecto hubiera dicho: ¿este hombre está loco? Y

sin embargo éste fue el razonamiento que llevó a Rivière al crimen y que parecía abrirle definitivamente las puertas del manicomio y no las de las prisiones.

Estas ideas son compartidas por la mayor parte de los médicos que asistieron a los debates. De los seis que fueron convocados para manifestar su opinión, tres afirmaron que había alienación; conozco la opinión de cinco otros médicos presentes en la asamblea y todos reconocen el estado de alienación del acusado y están dispuestos a certificarlo.

F., de m., [doctor en medicina]

d) «*Gazette des Tribunaux*», 25 de noviembre de 1835

Los debates del caso Rivière, en el «*Pilote du Calvados*», han sido en nuestro país objeto de una preocupación tan generalizada que nos ha parecido un deber incluir todavía las reflexiones siguientes, relativas a este triste proceso, ya que refuerzan la postura de la persona que nos las envía:

«Señor redactor:

Si hubiera sido convocado para juzgar a Rivière, no le hubiera absuelto; tampoco hubiera compartido la opinión de la mayor parte del jurado, pero lo hubiera condenado con la inclusión de circunstancias atenuantes, dejando a la clemencia real la decisión de evitarle la deshonra del cadalso y la infamia de la mazmorra.

Esta opinión que mantenía al principio no ha cambiado y el asunto es lo bastante grave y preocupa sobradamente a la gente como para que sea de utilidad la exposición de la opinión que cada uno tiene a este respecto.

La lectura de los interrogatorios de Rivière y las respuestas en los debates me han hecho ver en él a un hombre razonable. Su infancia y las circunstancias de su crimen me lo presentan como fuerzas que lo exaltan hasta la locura, y si bien descubrí al genio en esa extraña composición con la que se armó contra su persona el ministerio público, también supe ver el delirio. Al principio rememora las desgracias de su padre; es la parte razonable, y al fin, cuando llega a su crimen, ya no es él. Es un entusiasta, un iluminado, es un desgraciado que exige el martirio como recompensa de la sangre que ha vertido.

“Sabía perfectamente, dice, que al matar a mi madre, a mi hermana y a mi hermano, hería las leyes positivas y las de la moral; pero sabía también que mi sangre fluiría para vengar a la sociedad y creía que vertida en el cadalso, consagraría mi amor filial.”

El hombre se define totalmente en esta idea; tenía el sentimiento de haber cometido una mala acción, pero al mismo tiempo tenía el de la desgracia de

su padre. Dominado por la fiebre de su inteligencia ardiente e imperfecta se bañó en sangre, no por el placer de verla fluir; no porque tuviera interés en verterla, sino porque en ella creía encontrar la felicidad de su padre. Sí, lo digo con absoluta y profunda convicción, yo encuentro en estos hechos muchas circunstancias atenuantes.

Concibo la opinión de los que querrían que Rivière fuera devuelto a la familia, para ser internado en un manicomio; pero estas personas que reconocen que el interés social exige que el desgraciado sea encerrado, sin reflexionar en el hecho de que, en la posición de Rivière, esta medida no es posible; ya que para meter un hombre en un manicomio, tiene que ser proscrito. Luego para proscribirle tiene que ser mayor de edad y en un estado *habitual* de imbecilidad y de demencia.

Supongamos que Rivière sea mayor de edad, y díganme si es posible encontrar a un tribunal que después de haberle interrogado se atreva a determinar que está en un estado *habitual* de imbecilidad y de demencia, un tribunal que declare que vive en un estado *habitual* de furor. Sería imposible, y tanto más imposible cuanto que Rivière, proscrito hoy, podría hacerse perdonar y reintegrarse cuando quisiera a la sociedad para cosechar nuevas víctimas.

En cuanto al resto, el debate respondió a lo que yo ya me esperaba. Creí que examinarían con minuciosidad si efectivamente Rivière quería mucho a su padre, si, al margen de las penalidades domésticas de este último, el acusado había manifestado alguna vez odio hacia su madre; si, finalmente, quería a su hermano menor. Todos éstos son puntos sobre los que la instrucción no ha dicho palabra y sin embargo su apreciación me parece indispensable para hacerse una idea exacta de la conducta de Rivière.

También creía que en un asunto tan grave el acusado sería estudiado cuidadosamente y esperaba ver a varios hombres de ciencia y especialistas apoyando o supervisando la decisión del jurado, a base de observaciones, controladas previamente mediante discusiones. Sin embargo sólo un hombre fue puesto durante bastante tiempo en contacto con Rivière para que pudiera dar una opinión con conocimiento de causa sobre el acusado; este hombre, este doctor, no encontró, no descubrió causas de origen físico, y declaró que el acusado no tenía enfermedad alguna. Rindo mi más sincero homenaje al talento y a la conciencia del señor Bouchard; pero me parece que Rivière no se explicó lo suficiente en sus discursos para que se le pueda juzgar por sus conversaciones que se limitan, casi siempre, a respuestas cortas y breves de las preguntas que se le hacen.

Creo que deberían haberle buscado en todas las acciones de su vida, seguirlo en su soledad, en sus posturas, en sus gestos, incluso en su sueño; pero para eso se necesitaría tiempo y más de un observador.

Por interés a la verdad, reclamo con todas mis fuerzas unos debates más completos que los que determinaron la condena de Rivière, y si esto no puede realizarse, espero que el rey, informado sobre el asunto, encontrará en su clemencia el medio de conciliar los derechos de la humanidad con el interés de la sociedad.

Deseo tanto más este resultado, si es que no es posible obtener otro, por cuanto he sabido que los libros y el aislamiento habían producido ya una sensible mejora en el espíritu y en el corazón de Rivière. Quién sabe si este desgraciado, curado por una buena educación, no pagará un día con un gran servicio a la humanidad, la vida que le habremos conservado.»

Uno de sus abonados.

e) *«Pilote du Calvados», 15 de noviembre de 1835*

Pierre Rivière que desde su condena había constantemente manifestado deseos de acabar cuanto antes y que en consecuencia había denegado obcecadamente una apelación en su favor, ha cedido, a instancias de su padre, de su confesor y de su abogado, y ha firmado la apelación.

*(Reproducido en la
«Gazette des Tribunaux»
18 de noviembre)*

B/ El recurso de casación y la gracia

1. *Informaciones publicadas por la prensa*

a) «*Pilote du Calvados*», 22 de noviembre de 1835

Pierre Rivière, condenado últimamente por el tribunal de Calvados y habiendo intentado, según dicen, suicidarse, ha sido puesto bajo estricta vigilancia para evitar la posibilidad de otro intento de este tipo. En consecuencia ha sido encerrado en una celda de seguridad. La idea que parece absorber todas las facultades de este infeliz es la de la vergüenza de subir al cadalso ante los ojos de toda la población. Está muy preocupado también por ideas religiosas.

b) «*Pilote du Calvados*», 23 de diciembre

Dicen que en interés de Pierre Rivière, condenado a la pena capital, acaba de redactarse una memoria por un médico de nuestra ciudad que asistió a los debates y ha sido firmada por varios médicos más que también estuvieron presentes en las audiencias. Esta memoria tiene por objeto establecer que Pierre Rivière ha cometido los crímenes que le condenaron a muerte, en una disposición intelectual que no puede admitir la criminalidad, en el sentido de la ley^[35].

2. *Extracto de los originales del Tribunal Supremo*

16 de enero de 1836

En la audiencia pública de la Cámara criminal del Tribunal Supremo, celebrada en el Palacio de Justicia, en París, el dieciséis de enero de mil ochocientos treinta y seis, sobre el recurso de apelación del llamado RIVIÈRE (con los nombres Jean-Pierre en la copia en la orden de condena),

en casación de la sentencia dictada por el Tribunal del Departamento de Calvados, el doce de noviembre de mil ochocientos treinta y cinco, que le

condena a la pena de muerte,

se media la Orden siguiente:

El Tribunal, habiendo escuchado el informe del Consejero Mérilhou, de Chauveau Adolphe, abogado de la Corte, y sus observaciones para el demandante, y a Parant, abogado general, en sus conclusiones:

En lo que concierne al primer motivo de casación, fundamentado en la pretendida violación del artículo 44 del Código de instrucción criminal, en el que a los señores Morin y Cordier, que asistieron al juez de paz, en calidad de médico y de oficial de sanidad respectivamente, cuando el atestado de la comprobación del cuerpo del delito, se les acusa de no haber prestado el juramento requerido por el artículo anteriormente mencionado.

Resultando que el atestado del juez de paz, con fecha del 3 de junio de 1835, comprueba formalmente que los mencionados señores Morin y Cordier, previamente a la operación, prestaron el juramento requerido en estos casos.; lo que no puede significar otra cosa que el juramento prescrito por el artículo 44: que los términos de este juramento no son sacramentales; y que de este modo se ha cumplido con la ley.

En lo que concierne al segundo motivo, fundamentado en que el doctor Bouchard, anteriormente a su informe del 21 de julio de 1835, no prestó el juramento prescrito por el mencionado artículo; y que, sin embargo, ésta fue una de las piezas que fueron remitidas al jurado, en conformidad con el artículo 341 del Código de instrucción criminal. Resultando que el escrito redactado por el señor Bouchard, doctor en medicina, con fecha del 21 de julio de 1835, e incluido en las piezas del procedimiento con el número 11 no presenta el menor rasgo de que este médico hubiera sido enviado o requerido por algún magistrado u oficial de la policía judicial, para emitir la opinión de la que se trata, ni que la mencionada opinión haya sido insertada o anexionada a ningún atestado; de lo que se deduce que este escrito no es más que un punto de vista espontáneo, puramente privado, sin carácter judicial alguno;

Resultando que la mención de este escrito hecha en el inventario no es más que un hecho material que comprueba su existencia, pero importante para cambiar su carácter privado;

Resultando que la entrega de esta pieza a los jurados, aunque no fuera ésta una pieza judicial, no estaba prohibida por el artículo 341 del Código de instrucción criminal, que prescribe, al contrario, *la entrega de todas las piezas del proceso* a excepción hecha de las declaraciones escritas de los testigos;

Resultando que por otra parte esta entrega no ha podido perjudicar en nada al acusado, ya que los jurados no han podido conceder a una opinión

expresada espontáneamente y sin formalidades legales, la confianza que sólo puede conferirse a un informe enviado por un médico enviado a su vez regularmente a estos efectos por la autoridad competente;

En lo que concierne al tercer motivo de apelación, fundamentada en que el doctor Bouchard, interrogado como testigo en la audiencia del Tribunal, prestó el juramento prescrito por el artículo 317, en vez del determinado por los expertos en el artículo 44;

Resultando que el mencionado doctor Bouchard figura en la lista de los testigos, notificado al acusado, a instancias del ministerio público, y que fue oído como los otros testigos, bajo la garantía del mismo juramento, y sometido como ellos a la discusión permitida por el artículo 319;

Resultando que sean cuales fueren las preguntas que le fueron dirigidas y las respuestas que él dio durante los debates, Bouchard no pudo perder su calidad de testigo que poseía de un modo irrevocable por la inserción de su nombre en la lista notificada, y en consecuencia tuvo que prestar el juramento prescrito por el artículo 317;

En lo que concierne al cuarto motivo en que se afirma que los señores Trouvé, Le Bidois y Asselin, doctores en medicina, requeridos por la audiencia en virtud del poder discrecional del Presidente, no prestaron el juramento prescrito por los expertos por el artículo 44;

Resultando que el artículo 269 del Código de instrucción criminal, dispone de una manera general y absoluta, que las personas convocadas por el Presidente, en virtud de su poder discrecional, no prestarán juramento en absoluto, y que esta prohibición de juramento comporta asimismo lo prescrito por el artículo 44 como lo prescrito por el 317; ya que, en el caso de las personas de este modo convocadas, éstas dan su opinión sobre asuntos de arte o de ciencia, como en el caso en que vienen a atestiguar sobre hechos ocurridos ante sus propios ojos, *sus declaraciones son únicamente consideradas como información*;

En lo que concierne al quinto motivo en que se afirma que el Presidente se negó, sin manifestar los motivos, a hacer justicia a la petición del acusado;

Resultando que el poder conferido al Presidente por los artículos 268 y 269 del Código de instrucción criminal, se ejerce sin control ni repartición; que no tiene otros límites que los del honor y la conciencia de su propia persona; que ni el Ministerio público ni el acusado tienen a este respecto el menor derecho de requerimiento y que, en las decisiones que toma en virtud de este poder, el Presidente no tiene porque rendir cuentas a nadie;

De lo que se deduce que absteniéndose sin precisar los motivos de usar de su poder discrecional para convocar y oír al señor Lefèvre, juez de instrucción, el Presidente no ha hecho más que ejercer los derechos que la ley le confiere;

Resultando por otra parte la regularidad del procedimiento y la aplicación legal de la pena a los hechos declarados constantes por el jurado,

Rechaza la apelación de Jean Pierre RIVIÈRE.

Por extracto conforme enviado al
Procurador general, el secretario en
jefe del Tribunal Supremo.

M. LAPORTE

Por carta del 10 de febrero
de 1836 ratificada en la Real
Audiencia de Caen el 17 del mismo mes,
Su Majestad perdona y conmuta
la pena de muerte dictada contra
Rivière por la de cadena perpetua.
Certificado conforme^[36]

3. *Artículos relativos a la denegación del recurso*

a) *«La Gazette des Tribunaux», 17 de enero de 1836*

El Tribunal Supremo (Cámara criminal) trató ayer en su audiencia y en la de hoy del recurso solicitado por el llamado Rivière, condenado a la pena de los parricidas por el Tribunal de Calvados. Recordarán que ese infeliz decidió matar a su madre y a su hermano porque consideraba que eran un obstáculo para la felicidad de su padre; una vez cometido este doble crimen, Rivière tuvo una idea no menos deplorable: «He matado, se dijo, ahora me matarán a mí y mi padre se sentirá desolado por esta muerte; hay que evitarle este dolor privándole de una hija a la que quiere». Y Rivière mata a su hermana para de este modo hacerse odioso a los ojos de su padre y para que el día en que sea castigado, no sufra por el que le privó de la persona que más quería en el

mundo. Muchos médicos certificaron el desorden mental de Rivière. Pero en presencia de este triple asesinato fue dictada una sentencia a muerte.

Después del informe del Consejero Mérilhou que enseñó al tribunal los diversos documentos que certificaban la demencia de Rivière, Adolphe Chauveau ha tomado la palabra en apoyo de la idea de recurrir: «El Tribunal debe estar convencido, dijo el abogado, que no defenderé el argumento de la demencia del desgraciado Rivière; desgraciado, sí, ¿pues hay desgracia mayor que el de estar privado de la razón?... Pero si en una de sus últimas audiencias, el fiscal general dijo que la bravuconada aumentaba la convicción de culpabilidad, me será permitido invocar el testimonio unánime de lo que la ciencia tiene de máximo conocimiento en este campo, para recordar vuestro interés sobre una familia ya marcada de un modo tan cruel».

Adolphe Chauveau presentó acto seguido diversos motivos de casación y, concretamente, el de que los médicos convocados en virtud del poder discrecional para dar su opinión y realizar un auténtico examen, no prestaron el juramento exigido en tales ocasiones. El abogado estableció una distinción entre los testigos convocados para declarar en virtud del poder discrecional y los convocados para aconsejar a la justicia con sus conocimientos científicos; los primeros no deben prestar juramento. En cuanto a los otros, comparecen ante el Tribunal en la misma condición que durante el curso de la instrucción y bajo la influencia del artículo 44 del Código de instrucción criminal que exige el juramento; luego el Presidente, al llamar a un experto hace un acta suplementaria de instrucción y no le pertenece ni a él ni al juez de instrucción dispensar al experto, en este caso particular, del juramento por él ordenado.

Defendido este medio por el abogado general no ha sido admitido por el tribunal que ha rechazado el recurso y ha decidido que los testigos e incluso los expertos convocados en virtud del poder discrecional no deben prestar juramento.

b) «*Le Pilote du Calvados*», 20 de enero de 1836

El Tribunal Supremo, en su audiencia del 15 del corriente, ha rechazado el recurso solicitado por Pierre Rivière contra la sentencia del Tribunal de Calvados que le condena a la pena de los parricidas. El principal motivo de casación invocado por el abogado de Rivière, señor Adolphe Chauveau, se fundamentaba en el hecho de que los médicos, convocados en virtud del poder discrecional del presidente para pronunciar su opinión y realizar un auténtico examen, no prestaron el juramento exigido en tales ocasiones.

Este motivo, defendido por el abogado general, no fue admitido por el Tribunal que rechazó el recurso y decidió que los testigos, e incluso los expertos, convocados en virtud del poder discrecional, no deben prestar juramento.

La denegación de este recurso no perjudica en nada la cuestión de petición de indulto, redactada al mismo tiempo en favor del condenado. Este recurso parece estar fuertemente apoyado por el efecto del dictamen redactado por un gran número de eminentes médicos de París que manifiestan la opinión de que Pierre Rivière no goza plenamente de sus facultades mentales.

4. Dictamen deliberado en París, sobre el estado mental de Pierre Rivière

Los abajo firmantes, Esquirol, médico jefe de Charenton; Orfila, decano de la Facultad de Medicina de París; Marc, médico del rey; Pariset, secretario perpetuo de la Real Academia de Medicina; Rostan, profesor de la Facultad de Medicina de París; Mitivié, médico de la Salpêtrière y Leuret, doctor en medicina;

Convocados para dar su opinión sobre el estado mental de Pierre Rivière, antes, durante y después de cometidos los homicidios, por los cuales ha sido condenado a muerte por el Tribunal de Caen, han leído y examinado con la mayor atención las piezas que les han sido remitidas, consistentes en: 1.º un extracto de la información dirigida contra Pierre Rivière que contiene el informe de su detención, el examen de los cadáveres de sus víctimas, informes sobre su vida anterior, recogidos por el fiscal del tribunal civil de Vire, las declaraciones de los testigos oídos en la encuesta y un certificado del doctor Bouchard, médico de Vire; 2.º el detalle y explicación del acontecimiento que tuvo lugar el 3 de junio, en Aunay, pueblo de la Faucterie, escrito por el autor de esta acción; 3.º el dictamen del doctor Vastel, médico de Caen;

Considerando que Pierre Rivière siempre buscó la soledad, que a menudo le vieron hablando solo y dirigirse a interlocutores invisibles, riendo a carcajadas sin motivos razonables, atacando a unas coles y cortándoles la cabeza, como si se peleara con personas; afirmando que veía al diablo y que conversaba con él, no atreviéndose a acercarse a ninguna mujer, aunque fuera de su familia, por temor de mancillarla por las emanaciones que creía que su cuerpo vertía, torturando de mil maneras a los animales, y transportando en sus bolsillos un martillo y clavos para crucificarlos, y finalmente habiendo cometido desde la edad de cuatro años hasta la época en que dio muerte a su

madre, a su hermano y a su hermana, un número tan enorme de extravagancias que las gentes de la región le llamaban el imbécil, el loco, el bestia de Rivière;

Considerando que el mencionado Pierre Rivière procede de una familia en la que hay varios alienados (Uno de sus tíos murió alienado tras presentar síntomas análogos a los que él mismo presenta. Dos de sus primos hermanos manifestaron síntomas habituales de locura; su madre era de un carácter muy extraño y arrebatado. Uno de sus hermanos es prácticamente idiota);

Considerando que los motivos que llevaron a Pierre Rivière a matar a su madre, a su hermana y a su hermano, como el de liberar a su padre de sus penalidades domésticas, de salvar al mundo del yugo de las mujeres, inmortalizarse por una acción extraordinaria, imitar el ejemplo de Chatillon, de Eléazar, de Laroche–Jaquelin, de inmolarse como Jesucristo para salvar a los hombres, indican una total privación de juicio;

Considerando que el relato de su vida escrita por Pierre Rivière demuestra una aberración profunda y constante de sus facultades intelectuales y de sus sentimientos morales, que la integridad de su memoria y el encadenamiento de ideas que este relato pone de manifiesto, no es exclusiva de la alienación mental porque varias veces la hemos visto en las relaciones de maníacos y monomaniacos que escriben la historia de su enfermedad;

Lejos de compartir la opinión del doctor Bouchard que al no poder clasificar el estado anormal de Pierre Rivière en ninguna de las grandes divisiones en que se reparte la locura, lo declara sano de espíritu, como si las divisiones establecidas por los nosógrafos fueran algo más que un simple medio de clasificar los hechos y facilitar su estudio, pero sin pretender en ningún momento imponer a la naturaleza límites que no pueda franquear;

Apreciando el cambio sobrevenido en el estado mental de Pierre Rivière poco después de cometidos sus crímenes; su desesperación, sus reflexiones desgarradoras, sus dudas en denunciarse, en vez de proclamar su triunfo, tal como había previsto; su voluntad de sacar provecho de la reputación de loco de la que gozaba para salvarse y su impotencia para sostener este papel muy por encima de sus fuerzas;

Comparando este cambio con el que se observa en muchos alienados, y concretamente en los monomaniacos– homicidas y en los suicidas que, después de cumplir su acción hacia la que eran empujados se vuelven tranquilos, e incluso razonables;

Aprobando las conclusiones enunciadas en el dictamen del doctor Vastel;
De unánime acuerdo declaran:

1. Que desde la edad de cuatro años, Pierre Rivière no cesó de dar signos de alienación mental;
2. Que su alienación mental ha persistido, aunque con menos intensidad, después de los homicidios que cometió;
3. Que estos homicidios son únicamente debidos al delirio.

Deliberado en París, en 25 de diciembre de 1835.

Firmado. : Esquirol, Orfila, Marc, Parisey, Rostan Mitivié y Leuret.^[37]

5. Informe del ministro de Justicia al rey

París, 8 de febrero de 1836

Señor:

Tengo el honor de someter a Su Majestad el informe del procedimiento concerniente a Pierre RIVIÈRE, de 21 años de edad.

El padre de Rivière, hombre de carácter afable y querido por todos, vivía muy mal con su mujer que le torturaba y hacía sufrir con su mal carácter; en vano este hombre de carácter pacífico intentó reconstruir la unión en el seno de su hogar; cada día era una nueva provocación, una escena escandalosa.

El joven Rivière quería mucho a su padre; el cuadro de esas desavenencias domésticas le afectaba en sumo grado y su carácter sombrío y triste recibía las más desagradables impresiones.

El 3 de junio, hacia el mediodía, la esposa de Rivière, de 40 años de edad, Victoire Rivière, su hija, de 18 años de edad, y Jules Rivière, su hijo, de 7 años, fueron encontrados muertos en su casa de Aunay. Sus cadáveres yacían en medio de un gran charco de sangre. La esposa de Rivière, que estaba encinta, tenía el rostro y la parte anterior del cuello quebrantados. Victoire Rivière presentaba en la cabeza anchas y profundas incisiones; se veía marcas de otros golpes en la nuca y en los hombros. Estas heridas, que les habían ocasionado la muerte, parecían haber sido hechas con un instrumento cortante.

El culpable era Pierre Rivière; una vecina había visto cómo mataba a su hermana en el umbral de su puerta; iba armado con una hoz, atacó a la infeliz que gritando desesperadamente se derrumbó a sus pies.

Al alejarse Rivière encontró a un habitante del pueblo, al que dijo: «Acabo de liberar a mi padre de todas sus desgracias; sé que me matarán pero no me importa». Llevaba en la mano una hoz ensangrentada. Durante un mes el asesino escapó a todas las persecuciones y búsquedas; cuando le detuvieron se declaró inmediatamente autor del triple crimen cometido en Aunay simulando una monomanía religiosa: «Maté a mi madre, dijo, porque había pecado; a mi hermano y a mi hermana porque pecaron quedándose con mi madre». Primero mantuvo este sistema en los primeros interrogatorios, diciendo que Dios le había ordenado este triple crimen y citaba para apoyarlo pasajes de las Sagradas Escrituras; pero pronto abandonó este papel de loco que le pesaba e hizo la siguiente declaración: «Voy a decir la verdad: lo hice para sacar de apuros a mi padre; quise liberarlo de una mala mujer que le atormentaba constantemente; maté a mi hermana porque estaba a favor de mi madre, y a mi hermano porque quería a mi madre y a mi hermana. Quería que la Justicia me creyera loco: pensé que esto me ayudaría en mi defensa». Más tarde explicó este motivo y escribía en su memoria: ... «Quería al matar a este niño horrorizar a mi padre para que no sintiera pena por mí».

Habiendo confesado Rivière todas las circunstancias del crimen, la instrucción y los debates fueron encaminados hacia el punto de saber si en el momento de la acción este hombre gozaba plenamente de sus facultades mentales.

Rivière era de carácter sombrío, melancólico y extraño; a veces abandonaba la casa de su padre y pasaba la noche en los bosques. Un instinto de crueldad caracterizaba sus diversiones; cuentan que, siendo niño, clavaba en una madera a ranas y pajaritos, y los contemplaba morir con una risa de imbécil, representándose, según sus propias palabras, la pasión de Jesucristo; jugaba atemorizando a los niños; más de una vez le vieron arrastrando a uno al borde de un pozo, amenazándole con echarle adentro. Hace unos años, había atado con una cuerda los pies de su hermano a los trébedes de la chimenea, cuando el infeliz tenía seis años; la llama había ya chamuscado las medias del niño, y sus pies empezaban a quemarse cuando un vecino que entró en aquel momento desató al niño ante los ojos de Rivière que se divertía con el espectáculo. Durante dos años Rivière estuvo trabajando en un instrumento para matar pájaros, al que llamó *calibene*, y que inmediatamente fue a enterrar en un campo, seguido de los niños del pueblo. Hacia la misma época, tendría entonces dieciocho años, enterró a un arrendajo simulando ceremonias religiosas. Muchos otros hechos de este tipo que anunciaban extrañeza y extravagancia han sido referidos en los debates.

Rivière sentía una gran aversión por las mujeres y por las hembras de los animales; temía sobre todo la aproximación e incluso la vista de sus familiares, y cuando se le preguntaba la razón contestaba que leyendo las sagradas escrituras había aprendido a sentir un gran horror por el incesto y la bestialidad, y «temía la existencia en su persona de un fluido invisible que, a pesar suyo, le pusiera en contacto con las mujeres o con las hembras de los animales que se encontraban en su presencia». Dos parientes de la esposa de Rivière, los dos muertos alienados, también sentían hacia las mujeres esta singular aversión.

Seis médicos convocados en los debates para dar su opinión sobre el estado mental de Pierre Rivière, dieron, en igual número, opiniones contrarias.

El jurado, que contaba entre sus miembros a hombres distinguidos por su instrucción y su sagacidad, declaró culpable a Rivière, por unanimidad y sin circunstancias atenuantes, aunque seis jurados eran partidarios de que éstas se mencionasen. El mismo día de la sentencia, el 19 de noviembre, diez de los jurados firmaron un recurso para la conmutación de pena en el que se puede leer este párrafo: «Reconocemos que todos los males que sufrió en la persona de su padre, al que quería hasta el punto de sacrificar su vida, debieron contribuir intensamente a trastornar y desviar sus facultades intelectuales que nunca estuvieron del todo sanas».

Los médicos de Caen redactaron en favor de Rivière una memoria en la que lo presentan como una persona afectada por esta singular monomanía anteriormente citada: *la aversión hacia las mujeres y a las hembras de los animales*. «Rivière, decían, es de carácter sombrío, taciturno... sólo una vez se anima, mientras una sentencia de muerte pende sobre su cabeza, y es para sonreír de amor propio, repitiendo cuatro versos que había hecho en ocasión del entierro de un arrendajo.» Los médicos que firman esta memoria piensan «que Rivière jamás gozó de la integridad de las facultades mentales que hacen razonables a los hombres; que el condenado es un loco taciturno, soñador, con ideas fijas, desprovisto de criterio, horriblemente peligroso y al mismo tiempo digno de la clemencia real que se atreven a apelar a favor de su cabeza enferma».

En una reciente consulta referente a Rivière, Orfila, Marc, Rostan, Metivié y Leuret declaran que el condenado sufre alienación mental.

El Presidente del Tribunal ha dicho, al pedir una conmutación de pena para Rivière: «El público, que ha seguido los debates con el mayor interés,

está también dividido, y serias dudas hubieran invadido a los miembros del Jurado si hubieran sido convocados para declarar».

«Obligado a dar una opinión, dijo el fiscal general, creo que la duda (en lo que respecta a las facultades mentales de Rivière) debe ser interpretada favorablemente; salvaría a Rivière de la pena de muerte.»

Sin embargo graves circunstancias parecen establecer que Rivière conoció la extensión de su crimen, y que en consecuencia debe responsabilizarse del mismo. Las dudas de su conciencia, su cálculo para que ninguna de las víctimas escapara a la muerte, su huida, el papel de loco que mantuvo los primeros días y que pronto abandonó, incluso su resignación, y sus remordimientos, se levantan contra él: «Hasta tal punto me he arrepentido de mi crimen, —manifestó en los debates— que por nada del mundo lo haría de nuevo». Sin duda alguna había en el secreto de su carácter triste y sombrío instintos de ferocidad, un gusto por extrañas crueldades, caprichos de misantropía, pero, ¿con un poco más de lucha consigo mismo no habría podido vencer y abandonar su horrible resolución? Por el contrario parece que Rivière se empeñó en hacer conspirar sus facultades mentales para justificar ante sus propios ojos el crimen al que iba a abandonarse.

Por otra parte Rivière no puede incluirse en la clase de criminales ordinarios. No ha sido movido por ninguno de los motivos que en general llevan al crimen; personalmente no tenía queja alguna de sus víctimas. Rivière sentía por su padre un vivo afecto; el espectáculo de las desgracias de este pobre hombre había exaltado hasta el último extremo la imaginación desorbitada del condenado. Si Rivière no supo comprender que su acción aumentaría la infelicidad de la persona a la que precisamente quería evitarle mayores pesares es que, sin lugar a dudas, el criterio de este muchacho no estaba del todo sano. El crimen de su hermano, un niño todavía, el razonamiento que llevó a Rivière a cometer este crimen no pueden atribuirse más que a una persona cuyas facultades mentales estén claramente alteradas.

Ante los informes contrarios de los médicos y ante los hechos diversos, algunos de los cuales ponen de manifiesto en Rivière una considerable fuerza de razonamiento y de cálculo, mientras que otros parecen establecer la perversión no sólo de las facultades de su alma sino de las funciones de su entendimiento, siento yo mismo demasiadas dudas para concluir ya la ejecución de la sentencia, ya la ejecución de toda pena. En tales circunstancias me creo en la obligación y el deber de proponer a Su Majestad la conmutación de la pena de muerte pronunciada contra Pierre Rivière por la de cadena perpetua, sin exposición a la vindicta pública.

Con el mayor respecto,

Aprobado el 10 de febrero de 1836

Señor,
De Su Majestad,
El humilde y fiel servidor
Ministro de Justicia, Ministro
Secretario de Estado del
Departamento de Justicia
y de Cultos:

Por el Rey:
Luis Felipe

6. Artículos relativos a la apelación

«La Gazette des Tribunaux», 19 de febrero de 1836

Se anuncia como un hecho que la petición de indulto de Pierre Rivière, que mató a su madre y a su hermana como consecuencia de unas alucinaciones religiosas, ha sido escuchada y que el Rey ha conmutado la pena de muerte a la que este individuo había sido condenado, por la de cadena perpetua.

«La Gazette des Tribunaux», 21 de febrero de 1836

El 17 de este mes, en audiencia solemne, La Real Audiencia de Caen ha ratificado las cartas de indulto y de conmutación de pena acordadas a Pierre Rivière. El condenado contestó con calma a las preguntas que le dirigió el Primer Presidente, y manifestó la misma impasibilidad que en los debates.

6

Prisión y muerte

1. «*Memorial du Calvados*», 9 de marzo de 1836

Pierre Rivière, condenado por crimen de parricidio a la pena de muerte, pena que la clemencia real ha conmutado en cadena perpetua sin exposición a la vindicta pública, ha sido transferido a la Casa central de Beaulieu.

La Memoria redactada por Rivière en su prisión se encuentra en Caen en la librería Mancel, calle Saint Jean, 75c.

2. *La Casa central de Beaulieu*

1. «*Pilote du Calvados*», 22 de enero de 1835

Hemos obtenido de los «Anales de agricultura y de comercio», de Calvados la siguiente memoria sobre el régimen interno de esta prisión. Por el artículo se podrá ver que, digan lo que digan, Francia posee un sistema penitenciario tan hábilmente concebido como por lo menos el de los Estados Unidos, y que basta únicamente con saberlo extender y aplicar.

La casa central de Beaulieu está situada en una de las posiciones más salubres, a menos de un cuarto de hora de la administración de consumos de Caen, al borde de la carretera de Bayeux. Tiene la forma de un paralelogramo con los cuatro lados iguales; este paralelogramo está dividido en su interior en cuatro edificios que se reúnen en el centro del cuadrado, y forman cuatro patios interiores de 66 pies cuadrados de extensión cada uno. Se han construido unos estanques, donde se reunirán los prisioneros para lavarse los pies. Al mismo tiempo se podrán bañar cuarenta al lado de cada uno de los estanques.

La forma cuadrada del establecimiento tiene la ventaja de reunir a todos los pabellones en la mínima extensión de terreno, de modo que pueden recorrerse en muy poco tiempo todos los talleres, los dormitorios, las enfermerías, la capilla y la parte destinada al servicio de los trabajadores. De este modo resulta fácil su vigilancia, uno de los puntos más importantes, ya que la única manera de impedir el desorden y poder corregir las malas costumbres, es no perder ni un momento de vista a los prisioneros. Se han practicado en todas las habitaciones, por medio de claraboyas, corredores que dan la vuelta completa. Estos corredores facilitan la vigilancia, e impiden que los guardias se confundan con los prisioneros; también sirven para la iluminación de los dormitorios. La mitad de los pabellones está destinada a los talleres, y la otra a los dormitorios; la planta baja sirve de refectorio. De este modo los prisioneros no viven por la noche en el mismo cuerpo del pabellón donde han pasado el día; por la noche y por la mañana encuentran los pabellones aireados, donde reina la mayor limpieza y están exentos de cualquier mal olor.

Uno de los edificios que forman la cruz, en medio del cuadrado, entre la zona de los hombres y la de las mujeres, contiene 36 celdas perfectamente aisladas, cada una de las cuales está dividida en dos pequeñas habitaciones, una para dormir y otra para trabajar. Estas células, sin grilletes, sin instrumentos de tortura, son el único medio de tortura en uso. Los prisioneros que causan desórdenes o que se niegan a trabajar son allí encerrados durante un tiempo más o menos largo según la gravedad de la falta cometida. Los tipos duros que nada ha podido doblegarles y cuyo ejemplo sería peligroso, se les sitúa en un aislamiento absoluto, excepción hecha de las horas de comer, que comparten con los otros prisioneros. La capilla está en la parte alta del edificio, parte abovedada y perfectamente adaptada para este menester.

A una distancia de 52 pies, el paralelogramo está rodeado por un muro, flanqueado en los cuatro lados por torres de vigilancia. El espacio entre el muro y el edificio está dividido en doce patios, de los cuales ocho se utilizan para el paseo de los prisioneros, y los otros cuatro para diversos servicios. Un segundo muro, a 23 pies del primero, forma un camino de ronda que facilita la vigilancia exterior. La combinación y la altura de estos dos muros han sido considerados medios de seguridad suficientes como para prescindir de las rejas en las ventanas, excepción hecha de las de las celdas de castigo. La experiencia que se ha realizado con esta medida, desde los seis años que ha sido construida esta casa de Beaulieu, no deja lugar a dudas sobre la inutilidad de las rejas. La farmacia está situada entre la enfermería de los hombres y la

de las mujeres. Las cocinas están en el centro de los refectorios y los lavaderos en medio de la zona de las mujeres y cerca de los pozos y de los depósitos de agua. Todo ha sido calculado, disposición y distribución de los pabellones, para facilitar los diferentes servicios y asegurar una sólida vigilancia.

A su entrada en la casa, se visita a los condenados para asegurarse de que no estén afectados por enfermedades contagiosas. Se les hace tomar un baño; si los hombres llevan el pelo demasiado largo o sucio, se les corta y se les hace poner el uniforme del establecimiento, que es de lana en invierno y de algodón en verano. Si poseen una profesión, y si además forman parte de las industrias de la penitenciaría, se les permite ejercerla; si no la tienen, se les acuerda, dentro de lo posible, la libertad para escoger una, de la que procederán a su aprendizaje. Es raro que los prisioneros, por recalcitrantes que sean, no se conformen, desde sus primeros días de ingreso en la casa, con el orden allí establecido. La mínima instrucción les basta, y la conducta de los demás prisioneros les sirve de ejemplo. Saben que tienen que ir limpios, decentes, que deben ser sumisos y trabajadores, y que con estas condiciones serán bien tratados.

La ropa está perfectamente cuidada: las camisas, las corbatas, los pañuelos y las gorras, se cambian todas las semanas, y las sábanas cada mes. La comida, sin ser abundante, es suficiente para mantenerse en buen estado de salud; se compone diariamente de una libra y media de pan mezclado con dos tercios de trigo candeal y de un tercio de centeno, de modo que se extraen 15 libras de salvado por cada 100 libras de grano; de dos sopas, de medio litro cada una, hechas con legumbres cada día distintas, como judías, guisantes, patatas, coles, zanahorias y arroz, con la proporción de 80 libras para cada 100 detenidos. En cada sopa entran dos onzas de pan blanco, con mantequilla, sal y los días de grandes fiestas religiosas o nacionales, se le añade carne, con el caldo y las legumbres que en él se han cocido. Los prisioneros tienen derecho a los dos tercios de su salario, de los cuales uno se les reserva para el día en que se marchen, y pueden, con el que se les paga cada semana, procurarse un suplemento alimenticio que pagan en conformidad con una tarifa que se renueva cada ocho días. Pero, si no tienen este recurso, sus fuerzas no se ven disminuidas. El médico de esta penitenciaría ha observado que un prisionero, después de unos meses de aprendizaje, durante los cuales pudo añadir muy poca cosa a la pitanza de la casa, no se encuentra peor que el día en que llegó. En la cantina no se vende ningún licor alcohólico ni manjar alguno que pudiera excitar la gula o tuviera un gusto que pudiera ser peligroso

para unos hombres destinados a vivir de los frutos de su trabajo. Cada detenido puede comprar únicamente un litro de sidra diario, y sólo durante la hora de las comidas.

Los médicos realizan regularmente una visita cada día y más si es necesario. El trato para con los enfermos es, según todos los informes, el mismo que en los hospitales más cotizados.

En verano, los prisioneros se levantan a las 5 y en invierno al despuntar el día; en todas las estaciones se acuestan a las 9. Antes de levantarse y de acostarse, tienen media hora de recreo: en invierno de cuatro y media a 5. Tienen también una hora de descanso después de cada comida, a las 9 y a las 3.

Al entrar en los talleres los prisioneros se ponen a trabajar; y, a partir de este momento, se acaban las conversaciones. Este silencio no es absoluto, no es el de un cementerio, como en América; es el silencio natural que se crea al trabajar y cuando no se quiere perder el tiempo. ¿Y si un prisionero necesita de la ayuda de su capataz o de uno de sus compañeros? tiene perfecto derecho a pedirla: y de ahí se hace necesario el intercambio de algunas palabras. Esta facultad que se les acuerda, sin ocasionar ruidos ni desorden, mantiene entre ellos una relación agradable y de ayuda mutua que educa sus malas costumbres; es lo que nosotros hemos dado en llamar costumbres sociales, hablando del sistema de Pennsylvania. En los dormitorios, no se oye ni una palabra después de la oración de la noche; es el momento del reposo y del sueño, y el ruido de las conversaciones crearía un contraste chocante. De modo que en la penitenciaría de Beaulieu no hay necesidad de recurrir a los castigos corporales, ni tan sólo al encarcelamiento solitario, para que esta norma sea observada en los talleres y en los dormitorios; y esto deberá aplicarse también a las horas de las comidas, en el refectorio, cuando los detenidos proceden a alimentarse. De modo que quedan las horas de recreo durante las cuales se toleran las conversaciones. Pero entonces, como en cualquier otro momento, los detenidos son vigilados cuidadosamente; se les prohíbe gritar; hablan decentemente y como ni correr ni gritar les sería permitido, nada pone de manifiesto un desenfreno vergonzoso ni el olvido de su situación. Para sustraerles, dentro de lo posible, a las malas influencias de sus conversaciones, se han creado, en los patios, pequeños jardines que ellos cultivan con el mayor cuidado e interés; estos jardines están cubiertos de flores durante el buen tiempo. Nada es más notable que el respeto que tienen recíprocamente a estas pequeñas propiedades; hasta ahora no ha sido robada ni una flor.

En las horas de paseo, en estos momentos consagrados al reposo, es cuando pueden distinguirse las tres clases de prisioneros que habitan en las penitenciarías. Casi siempre se buscan entre sí; de esta forma pueden clasificarse:

1. Los hombres profundamente depravados, que se han endurecido con el crimen, que lo han convertido en su profesión, y que no piensan en otra cosa que en cometer otros a la salida de la cárcel. Su número es muy elevado, respecto a su depravación; pero raramente sobrepasa el 15 por 100 y a menudo es inferior: éstos son los incorregibles;
2. Los que una mala educación les hizo contraer, en la infancia, ante los ojos de sus padres, y quizás por su misma influencia, la costumbre del robo y de la pereza: no son malos ni crueles; no cometerían grandes crímenes; pero no pueden acostumbrarse a una vida laboriosa y tranquila. Esta clase es abundante y presenta pocas conversiones.
3. La tercera clase está compuesta por los hombres a los que las malas compañías, circunstancias fortuitas, la necesidad, desgracias inesperadas, les han llevado al crimen; en la prisión se vuelven trabajadores, y en la sociedad, se sitúan a menudo a la altura de los obreros más estimados. Su número es cuantioso hasta el punto de que podemos citar miles de ejemplos entre los que pasaron por la penitenciaría de Beaulieu, desde hace doce años. Podemos añadir también como un hecho comprobado que de los 153 prisioneros indultados en el mismo período, sólo uno ha sido de nuevo detenido.

La casa central de Beaulieu contenía, a fines de septiembre de 1833, a 785 prisioneros, a saber: 499 hombres y 286 mujeres. El número podrá aumentar en un 15 ó 16 por ciento cuando las obras de ampliación que se están haciendo en estos momentos queden terminadas. Está bajo la vigilancia del prefecto de Calvados; la administración está compuesta por un director, un inspector, dos administradores, un capellán, un médico, un cirujano y un farmacéutico. Dieciocho guardianes, la mayor parte de los cuales ex oficiales del ejército, vigilan a los prisioneros.

Hay un encargado general que se cuida, mediante un determinado precio, que se establece cada día, de todos los suministros y de las reparaciones necesarias; aparte de esto, debe procurar el trabajo a los prisioneros. Trata con los fabricantes de todas las industrias que no están por él dirigidas, o no explotadas por su cuenta particular.

Ésta es la estructura de los talleres a fines de 1833: 143 hombres y 71 mujeres se dedicaban a la fabricación de calicó y de tela de lino; 155 obreros

y 105 obreras empleadas en la fabricación de hilados y tejidos de algodón: había 45 lavaderas, 12 pasamaneras, 29 zurcidoras y bordadoras, 18 cosedoras de medias, 55 hilanderas de lana, lino y algodón, y 21 costureras para vestir a los prisioneros; 30 obreros componían el taller de carpintería, de tornería, ebanistería y serrería; 6 fabricantes de zapatos; 56 trabajadores en el taller de estambre; había 24 sastres y zapateros, 17 manobras para la construcción de edificios y un cerrajero; el resto estaba compuesto por el personal de servicio, como los cocineros, los panaderos, enfermeros, aguamaniles, cortadores de leña, lisiados y enfermos.

3. Registro de la Casa central de Beaulieu. Apellido, nombres y filiación de los condenados

7222

Rivière Jean Pierre, hijo de Pierre Marguerie y de Victoire Brion

Ingresó el 7 de marzo de 1836

Edad: 21 años

Estatura: 1 m. 62

Pelo: negro

Cejas: ídem

Frente: estrecha

Ojos: rojizos

Nariz: media

Boca: media

Mentón: redondeado

Rostro: oval

Tez: cetrina

Barba: castaño claro

Caracteres particulares: mirada oblicua, cabeza inclinada, patillas negras y poco pobladas.

Penas pronunciadas: cadena perpetua.

Acta de entrega de los condenados al jefe de la guardia de la Casa central:

Hoy, 7 de marzo de 1836 se ha presentado en la escribanía de la prisión central de Beaulieu, el señor Blanc, gendarme, residente en Caen, portador de

la orden decretada por el Prefecto de Calvados, con fecha del 4 de este mes en virtud de la cual me ha hecho entrega de la persona de Jean Pierre Rivière, condenado a cadena perpetua el 12 de noviembre de 1836 tal como lo comprueba el acta de condena de la que me ha sido presentado un extracto y cuya transcripción viene adjunta.

El llamado Jean Pierre Rivière ha sido dejado en mis manos para que cumpla su pena; he redactado la presente acta de registro que el señor Le Blanc ha firmado conmigo, después de haber recibido el descargo.

Le Blanc, Lhomedé.

Transcripción en extracto de los decretos del juicio

Por decreto del tribunal de Calvados, con fecha del 12 de noviembre de 1836, el llamado Jean Pierre Rivière, de 21 años de edad, nacido en Courvaudon, residente en el pueblo de La Faucterie, de profesión campesino, declarado culpable de parricidio ha sido condenado a la pena capital, pero por una carta de indulto fechada el 10 de febrero de 1836, Su Majestad ha indultado al llamado Rivière de la pena capital y la ha conmutado por la de cadena perpetua. El antes mencionado ha empezado a cumplir su pena el 10 de febrero de 1836, día de la conmutación.

Causas y fecha de salida

El llamado Jean Pierre Rivière ha muerto el 20 de octubre de 1840 a la una y media de la mañana.

El Director,
Lhomedé, Jefe de la guardia

4. «Pilote du Calvados», 22 de octubre de 1840

Rivière, que había sido condenado a muerte hace pocos años por parricida y fratricida y cuya pena había sido conmutada por la de cadena perpetua, dado que su crimen presentaba caracteres de alienación mental, se ha ahorcado en la penitenciaría de Beaulieu.

De un tiempo a esa parte se le habían notado signos indiscutibles de locura; Rivière se creía muerto y no quería saber nada de su cuerpo; añadía que deseaba que le cortasen la cabeza, cosa que no le causaría el menor daño, dado que ya estaba muerto; y si no accedían a este deseo amenazaba con matar a todo el mundo. Esta amenaza hizo que lo aislaran de los demás prisioneros y entonces aprovechó esta circunstancia para suicidarse.

La prensa, por las discusiones que publicó cuando condenaron a este infeliz y que sin duda tuvieron una benefactora influencia en la conmutación de su pena, quiere mencionar esta muerte que confirma plenamente la opinión sobre el estado mental de Rivière.

5. La leyenda

Insertamos aquí una hoja suelta cuya fecha no ha podido ser precisada. Como muchas de estas hojas, ésta se presenta en forma de anuncio que reproduce la sentencia del Tribunal.

De hecho, es un relato del crimen, pero es también el principio de la leyenda: detalles inventados (probablemente sacados de otros crímenes), fantasía en las fechas, ejecución y muerte necesarias. A continuación le acompaña, ritualmente, un romance de ciego.

SENTENCIA

del Tribunal de Caen

5 de diciembre de 1836,

QUE CONDENA A LA PENA DE MUERTE

Al llamado Pierre RIVIERE, de 20 años de edad,

Convicto y confeso de haber asesinado a su madre

encinta, a su hermana de 18 años, a su hermano de

11 años de edad y a su otro hermano de 7.

Fue ejecutado el 15 de febrero de 1837.

DETALLES

Inútilmente la mirada curiosa del lector intentará encontrar en los anales de la justicia un crimen tan atroz como el que ha cometido Pierre Rivière, nacido en La Faucherie, comuna de Aunay, departamento de Calvados, distrito judicial de Vire. Este monstruo, indigno del nombre de hombre, tenía 20 años de edad y tenía que entrar en caja para el próximo sorteo. El miércoles 3 de junio, momentos antes de levantarse para ir a la labranza, le

dijo a su padre que hasta las doce no podría ir y le dejó marchar solo. Desde hacía mucho tiempo su padre vivía en desunión con su mujer que vivía sola en una propiedad que formaba parte de su dote, a un cuarto de hora de distancia de la casa de su marido. Ocho días antes del crimen, de común acuerdo, decidieron pedir la separación civil de cuerpo y de bienes. La mujer le contestó al magistrado que intentaba, con sus consejos, restablecer la unión con su marido, que hacía tiempo que estaba mal con su esposo y que la criatura que llevaba en su vientre no era de él. Sin embargo volvió al domicilio conyugal y se trajo consigo a sus hijos, a saber: una chica de 18 años, un niño de 11 y otro de 7. El miércoles 3 de octubre, como el lector recordará, declaró que no pensaba ir al trabajo y se quedó solo con su madre y su hermana. Pierre Rivière, arrebatado por un genio infernal, empuñó una cuchilla como las utilizadas para podar los árboles; el monstruo se lanzó sobre su madre que estaba encendiendo la chimenea, la golpeó fuertemente en la cabeza y la dejó tendida a sus pies; luego se lanzó sobre su hermana y le hizo lo mismo que a su madre. Los cadáveres palpitaban aún cuando su joven hermano al salir de la escuela fue detenido por un granjero de la vecindad que le preguntó por qué corría de aquel modo. Corro, le dijo el niño, para no llegar tarde a comer. El granjero le invitó insistentemente a que se quedara con él pero debía cumplirse su fatal destino. De modo que rechazó la invitación y llega a casa. Su hermano se precipita sobre él con la rapidez del rayo, le golpea en la cabeza que prácticamente separa del tronco. La mañana del asesinato, su madre le preguntó cuáles eran sus intenciones, que qué pensaba hacer. Esta noche lo sabrás, le contestó el malvado.

Rivière después de cometer sus crímenes, se dio a la fuga con intención de huir de las manos de la justicia.

El 4 de octubre de 1836, vieron avanzar silenciosamente el cortejo fúnebre entre la multitud. El horror dominaba los rostros de la gente.

El venerable pastor pronunció, llorando, las plegarias fúnebres y la tierra cubrió para siempre jamás a las cuatro víctimas.

ROMANCE DE ESTE ASUNTO

Canción: El perro fiel

Si en los faustos de memoria
Se inscriben guerreros famosos
de algunos bandidos de la historia

conservamos sus nombres espantosos;
El del joven Pierre Rivière,
del que os voy a contar las gestas,
para el horror de la tierra entera
figurará para siempre jamás.

A sus veinte años apenas
A su madre cortó los días
y a su infeliz hermana
detuvo el curso de la vida
Su pobre madre estaba encinta
cuando él cometió el asesinato
al oír este romance
os quedaréis horrorizados.

Al día siguiente para labrar
Rivière se niega a partir
Su padre tiene que ir solo a trabajar
¡Hasta qué punto luego se habría de arrepentir!
Una vez solo con su familia
empuña el cuchillo fatal
pronto en sus manos el acero brilla
y a su madre le asesta el golpe mortal

Las víctimas respiran todavía
cuando, empujado por su desgracia,
su hermano, que estaba al principio de la vida
cae en manos del asesino;
Armado con el hacha mortífera
Pronto lo tiende a sus pies
¡Dios Santo, tú que creaste la tierra!
Castigarás al agresor.

Permiso de venta y distribución

Precio: 2 centavos

Documentos anexos

1. Cronología de la familia Rivière

1813	Boda de los padres.
1815	Nacimiento de Pierre; la madre está enferma durante seis meses; el niño permanece con su padre.
1816	Nacimiento de Marie Françoise-Victoire; la madre estará enferma tres meses.
hacia 1817-18	Pierre vuelve con su madre.
1820	Nacimiento de Aimée.
1821	Pierre vuelve definitivamente con su padre; tiene seis años.
1822	Nacimiento de Prosper.
1824	Nacimiento de Jean.
1825	Muerte del tío, hermano del padre.
1826	Muerte del abuelo materno.
1826-1827	Proceso por una parcela de terreno y una casa compradas por la madre en Courvaudon; el padre tiene que pedir dinero prestado para pagar los gastos.
1828	Nacimiento de Jules. Aimée y Prosper van a vivir con su padre; luego Jean.
1833	Muerte de la abuela materna.
1833	Principio de los grandes problemas de dinero entre el padre y la madre: contrato de arrendamiento denegado con Pierre Le Comte; deudas sistemáticas de la madre.
1834	Enfermedad y muerte de Jean.

2. Cronología del suceso

<i>Domingo 24 de mayo</i>	Lleva a afilar la hoz en casa del herrero de costumbre.
<i>Sábado 30 de mayo</i>	Se pone la ropa de los domingos.
<i>Domingo 31 de mayo</i>	Aplaza por dos veces su proyecto.
<i>Lunes 1° de junio</i>	Ocupado en labrar.
<i>Martes 2 de junio</i>	Por la mañana: ocupado en labrar, por la tarde aplaza su proyecto.
<i>Miércoles 3 de junio</i>	Hacia las doce comete el crimen. Tarde: se dirige hacia Vire. Vaga por el bosque de Aunay. Por la noche se encuentra en un bosque cercano de Cadhéoles.
<i>Jueves 4 de junio</i>	Se alimenta de hierbas. En Tourneur compra una libra de pan. Pasa por

Saint-Pierre-Tarentaise. Por la noche, en un campo entre Cadhéoles y Le Mesnil-Auzouf, quiere ahorcarse.

1^{er} CIRCUITO

- Viernes 5 de junio* Decide vivir de hierbas, de raíces, de frutos salvajes y marcharse a la costa para alimentarse mientras maduran los frutos silvestres. Se marcha el viernes por la noche, vaga por los bosques de Mesnil-Auzouf hasta el sábado. Viaja de noche: desde el sábado (6) al domingo (7); luego la noche del domingo al lunes (8).
- Miércoles 10 de junio* Viaja de día. Pasa por Villers-Bocage de noche.
- Jueves 11 de junio* Come cangrejos. Vuelve a Mesnil-Auzouf (bosque).

2^o CIRCUITO

- Noche del viernes (12) al sábado (13)* Viaja.
- Sábado 13* Llega a Vire. Pasa la noche en un hoyo. Idea de marcharse a las islas anglo-normandas. Emprende el camino de Cherbourg hasta Papillonnière y va un poco más allá. Renuncia a su proyecto. Por la tarde, regreso a Vire. Pide por la casa del comisario de policía. Se vuelve a los bosques cerca de Vire.
- Domingo 14* Pasa por un bosquecillo cerca de Vire.
- Noche del domingo al lunes (15)* Regreso a los bosques de Mesnil-Auzouf. Se alimenta de hierba. Recita plegarias.
- Lunes 15, martes 16, miércoles 17* Vive en los bosques.

3^{er} CIRCUITO

Viaja de noche *miércoles-jueves*.

- Jueves 18* Mañana. Vire: compra 2 libras de pan y una *garreau*. Toma el camino de Condésur-Noireau.
- Viernes 19* Pasa por Vassy. Duerme en un campo de trigo. Por la noche llega a Conde, compra dos *garreaux*, duerme en una zanja.
- Sábado 20* Camino de Flers. Se cruza con un comerciante de Aunay. Ya no le queda dinero.
- Domingo 21* Cerca de Flers nuevo encuentro. Cruza Flers. Se duerme al sol. Un hombre le invita a su casa, le da pan y sidra. Decide volver a Vire. Por la noche vuelve a pasar por Conde, duerme cerca de una calera.
- Lunes 22* Se vuelve a marchar. Encuentra dinero, decide demorar su entrega a las autoridades. Pasa de nuevo por Vassy: en un albergue compra pan, huevos, sidra. Por la noche en Vire: compra nueces y seis *garreaux*.

Viaja de noche *lunes-martes*

Martes (23) - miércoles (24) - jueves (25) En los bosques de Mesnil-Auzouf.

4º Y ÚLTIMO CIRCUITO

Viaja la noche del jueves al viernes

Viernes 26 Mañana : Llega entre Le Plessis y Les Forges. Llueve. Pasa el día a cubierto, bajo las rocas.

Noche del viernes-sábado (27) Pasa por Les Forges. Llega por el camino de Conde a Thury-Harcourt.

Sábado 27 Anda todo el día. Se construye una ballesta para matar pájaros.

En Harcourt Compra un cristal de reloj para hacer fuego. No lo consigue. Compra yesca y azufre. Con el sílex que ha recogido y su cuchillo podrá encender fuego. Compra un centavo de nueces y 2 libras de galletas. Tarde: caza un mirlo. Noche: se gasta el dinero que le queda en el albergue. 1/4 de sidra y una galleta con mantequilla. Duerme en un trigal.

Domingo 28 mañana Llega a Caen. Toma el camino de Falaise. Se va a los bosques de Langannerie. Busca madera seca. Hace fuego al pie de un árbol seco con papel que tenía en los bolsillos. Construye una ballesta y varias flechas. Se hace una punta de flecha con un clavo, limándole la cabeza.

Domingo, lunes 29, martes 30, miércoles 1º de junio

En los bosques, cerca de Langannerie. Se alimenta de fresas y frutos salvajes. Piensa vagar de un bosque a otro mientras no le detengan.

Jueves 2 de julio, mañana Abandona los bosques. Llega a Langannerie hasta la últimas casas del pueblo. Un gendarme de civil le interroga. Es detenido, registrado y conducido a la prisión. A las 5 de la mañana.

En cada uno de sus tres primeros viajes (cada viaje dura alrededor de una semana), acaba volviendo a los bosques de Mesnil-Auzouf.

Georgette Legée

3. El vagabundeo de P. Rivière

Topografía

En las peregrinaciones de Pierre Rivière, todo es síntoma de «no-decisión», ya se trate de entregarse a las autoridades (según su idea primigenia), ya de vagar, de esconderse. Y no decimos «indecisión». Vive, sin más. Espera que la decisión provenga del exterior.

Como la precisión era uno de los aspectos más notables de su relato, nos ha parecido interesante verificar su exactitud sobre el terreno. Uno espera

encontrarse muchos errores de localización y sobre todo, silencios, en un relato que narra minuciosamente una «odisea» de veintinueve días, vivida en un territorio más pequeño que medio departamento. El resultado es bastante sorprendente: sólo cuatro omisiones en cuanto al alojamiento, dos imprecisiones de itinerario, ni un solo error de orientación o de localización, y todo esto durante un trayecto de alrededor de 500 kilómetros.

El mapa en el que reconstruyo esta larga marcha, teniendo en cuenta las paradas de más de un día, representa una media diaria de unos 20 kilómetros. El relieve y el paisaje no han sido indicados, a fin de simplificar el mapa y facilitar de este modo su lectura. Dos relieves a los que corresponden dos tipos de paisajes rurales dividen el territorio recorrido.

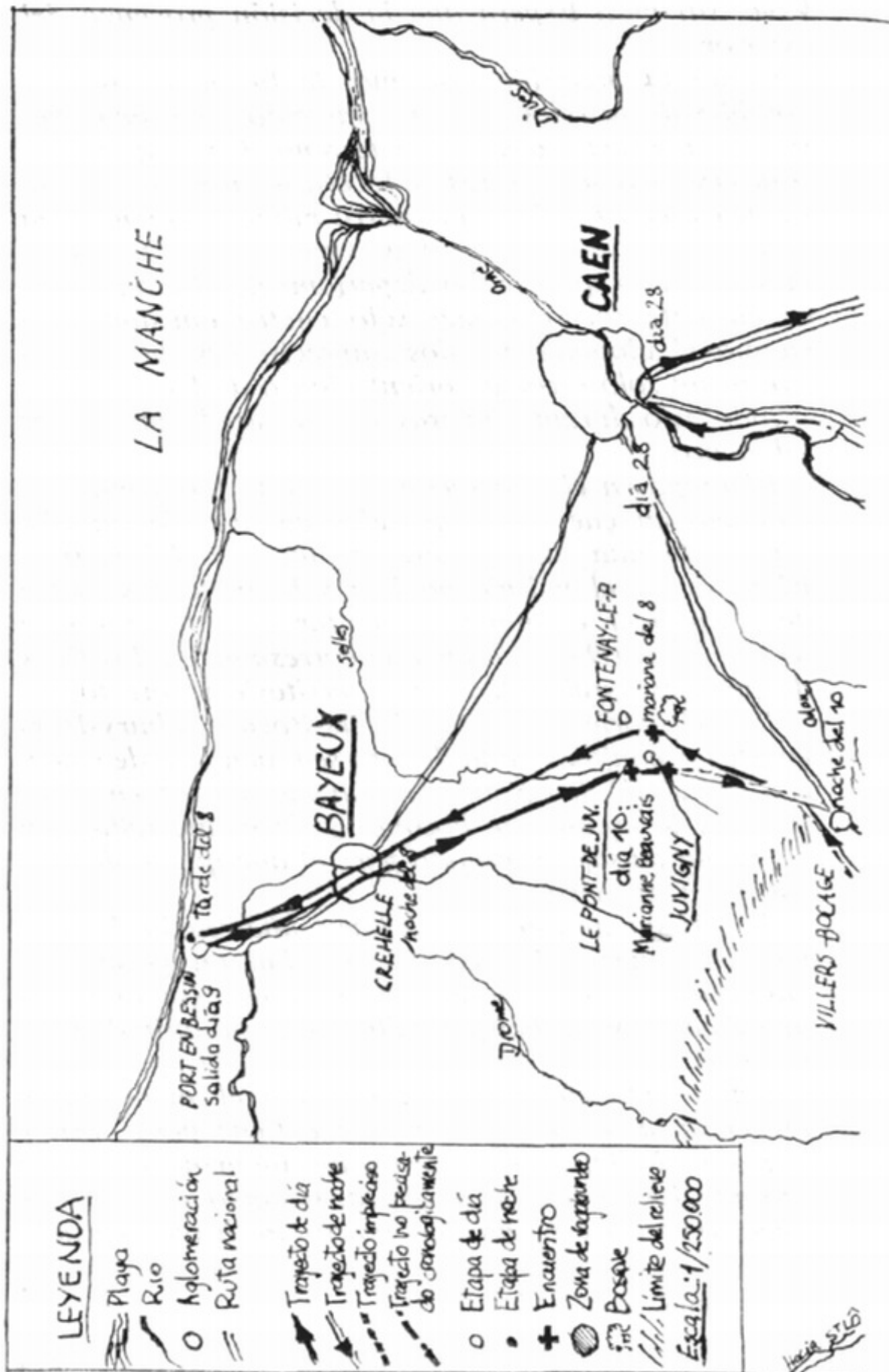
1. Al norte la línea Villers-Bocage / Thury-Harcourt: los confines de la llanura sedimentaria de Caen, con su paisaje de openfield,^[38] con carreteras bien dibujadas, y la escasez de bosques y de monte tallar; en suma, un paisaje incómodo para el que quiere desplazarse sin ser visto.

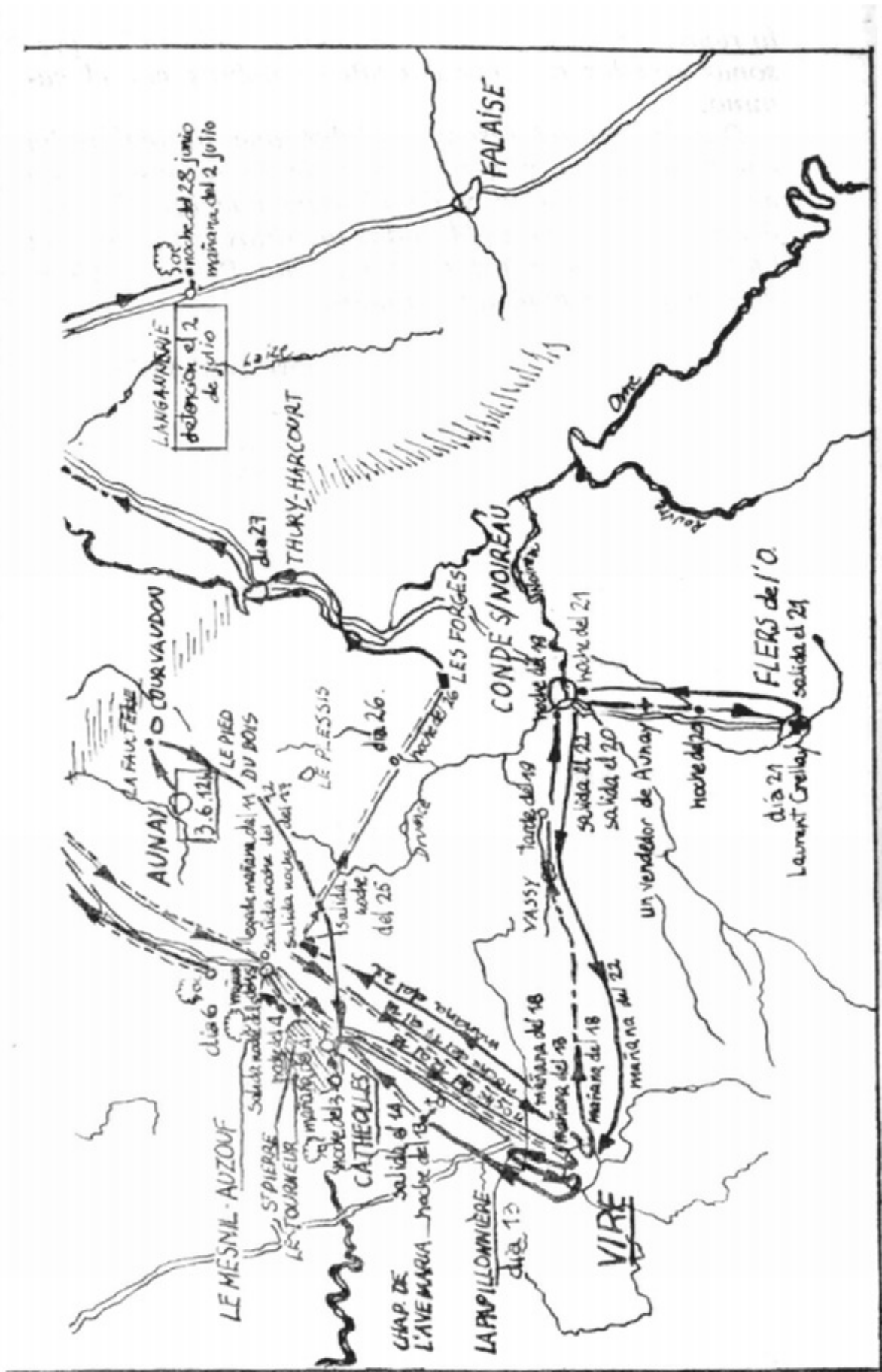
2. Al sur de esta misma línea, una región de colinas, de cimas redondeadas, que dan un paisaje de «montañas rusas», donde los bosques, caminos enmarañados, y el bosque tallar ofrecen infinidad de refugios.

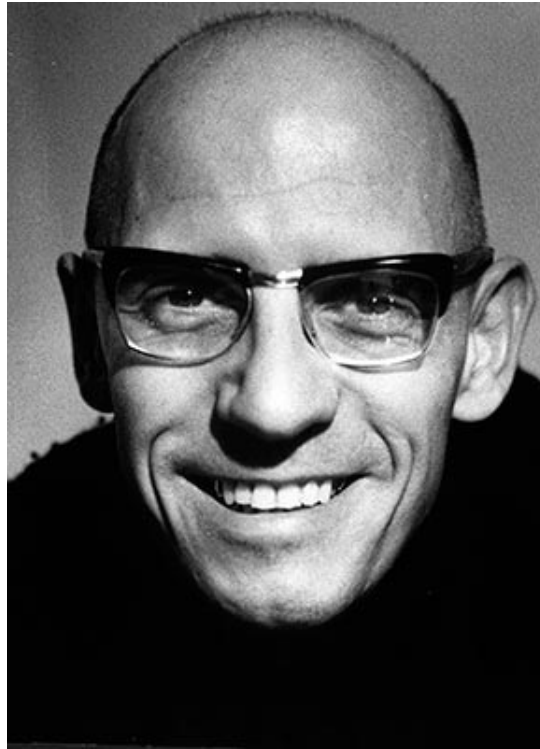
Están indicados: los lugares que él menciona y atraviesa, aquéllos en donde se detiene para dormir o pasar el día, y sobre todo, los momentos del día durante los cuales se desplaza. Cuando el relato es vago, o el trayecto no está precisado, hemos variado la representación gráfica. También se indican las personas con las que cruzó cuatro palabras por el camino.

Quizás sea interesante señalar que la región ha cambiado poco y que, a pañe de la reconstrucción de Aunay-sur-Odon y de algunos pueblos, después del desembarco de 1944, todos los sitios indicados son idénticos a como los cuenta o cita Pierre Rivière, hace más de ciento treinta años.

Gilbert Burlet-Torvic







MICHEL FOUCAULT. (Poitiers, Francia, 1926-París, 1984). Filósofo francés. Estudió filosofía en la École Normale Supérieure de París y, ejerció la docencia en las universidades de Clermont-Ferrand y Vincennes, tras lo cual entró en el Collège de France (1970).

Influido por Nietzsche, Heidegger y Freud, en su ensayo titulado *Las palabras y las cosas* (1966) desarrolló una importante crítica al concepto de progreso de la cultura, al considerar que el discurso de cada época se articula alrededor de un «paradigma» determinado, y que por tanto resulta incomparable con el discurso de las demás. Del mismo modo, no podría apelarse a un sujeto de conocimiento (el hombre) que fuese esencialmente el mismo para toda la historia, pues la estructura que le permite concebir el mundo y a sí mismo en cada momento, y que se puede identificar, en gran medida, con el lenguaje, afecta a esta misma «esencia» o convierte este concepto en inapropiado.

En una segunda etapa, Foucault dirigió su interés hacia la cuestión del poder, y en *Vigilar y castigar* (1975) realizó un análisis de la transición de la tortura al encarcelamiento como modelos punitivos, para concluir que el nuevo modelo obedece a un sistema social que ejerce una mayor presión sobre el individuo y su capacidad para expresar su propia diferencia.

De ahí que, en el último volumen de su *Historia de la sexualidad*, titulado *La preocupación de sí mismo* (1984), defendiese una ética individual que permitiera a cada persona desarrollar, en la medida de lo posible, sus propios códigos de conducta. Otros ensayos de Foucault son *Locura y civilización* (1960), *La arqueología del saber* (1969) y los dos primeros volúmenes de la *Historia de la sexualidad: Introducción* (1976) y *El uso del placer* (1984).

Notas

[1] Cfr. R. Barthes, «Structure du fait divers» en *Essais critiques*, Ed. du Seuil, Paris, 1964. <<

[2] El «Diario de medicina y de cirugía práctica» resumió en 1836 el artículo de los «Annales». Vingtrinier evocó brevemente el caso de Pierre Rivière en el *Examen de las cuentas de la Administración de la justicia criminal* (1846, p. 9). <<

[3] Variedad de la col (N. del T.). <<

[4] Paja de centeno, utilizada para cubrir techos (N. del T.). <<

[5] Reproducimos esta advertencia, aunque, en la versión española, al perder la autenticidad del original, no procuramos «hacer faltas» sino en aquellos lugares en que podría afectar el sentido del original. (N. del T.) <<

[6] No voy a repetir más esas palabras de abuelo y abuela paterno y materno, los denominaré por estas marcas, abuelo paterno a-a-p, abuela paterna a-p, abuelo materno a-a-m y abuela materna a-m. <<

[7] Panecillo de trigo de calidad superior (N. del T.). <<

[8] Un comerciante. <<

[9] Es vergonzoso dar esas razones, sin embargo los jueces y los abogados han dicho luego que mi madre era muy desgraciada, como lo dice la orden del señor presidente, obtenida por mi madre para conseguir una separación, la carta del juez de paz de Villiers, también varias personas de Courvaudon decían que mi madre era una mujer muy desgraciada. <<

[10] Se refería a una mujer del pueblo de mi padre que se quedó viuda con tres niños, es muy buena persona, posee algunos acres de tierra y se los hacía labrar por mi padre, pagándole. <<

[11] Cuando mi padre se marchaba a trabajar a Courvaudon traía todas las herramientas en una carreta y el tiempo para arreglar esas cosas y luego andar una legua, hacía que no llegara hasta despuntar el día. <<

[12] Siempre tuve la costumbre de tutear a mi padre y a mi madre. <<

[13] Era su expresión ordinaria. <<

[14] Se refería a mi hermano Jule. <<

[15] Es cierto que mi madre tenía bastante dinero y el trabajo no le costaba nada, y además había vendido varias cosas. <<

[16] Este juez, hablando un día con mi padre, le preguntó si esa mujer no se daba en la mala vida. Si quería a otros hombres. Mi padre le dijo: no. No sospecho de ella. Me extraña, le dijo el juez, que me diga que no tiene religión, y que no le quiere porque sí, y que no lleve una mala vida, mi padre le dijo: no lo creo, aunque ella no dice lo mismo de mí; ah, es por eso, dijo el juez, está celosa. <<

[17] Unos días antes, como mi madre le amenazó con crearle más deudas, mi padre había ido a Bouillon, había hablado con mi hermana y ella le había dicho: que ya que las dejaba así que mi madre le crearía infinidad de deudas y que ella se llevaría todo lo que necesitara a crédito. Mi padre le dijo: pero por qué no vino cuando yo quería, ella le contestó que porque no quería vivir con una abuela, quiere estar en una casa aparte, para poner toda nuestra dote. <<

[18] Véase al señor Fouchet. <<

[19] Olvidé decir que algún tiempo antes, mi hermana Victoire vino a Aunay para comprarse un vestido para su segunda comunión, temiéndose que la señora Aod no quisiera dárselo, lo compró en casa de Rabacle, tomó uno que valía 29 francos y le dijo que no lo pensaba pagar, él le preguntó que quién era y la costurera que estaba allí dijo: es la hija de Rivière de la Fauctrie. Ah, muy bien, puede llevárselo. Cuando mi padre se enteró se lo dijo a mi hermana y le preguntó que quién pagaría aquel vestido: Ah, dijo, yo, pero no tengo dinero. Luego añadió: si no nos hubiese usted quitado lo nuestro, tendríamos con qué comprarnos vestidos nuevos. <<

[20] Los vecinos son testigos. <<

[21] Pasó una vida de continuo trabajo, tuvo a su marido enfermo durante veinte años de una dolencia que le impedía andar; de los cuatro hijos que había educado y querido, no le quedaba más que uno y veía que lo maltrataban de esa manera. <<

[22] La maestra que había enseñado a mi hermana Victoire. <<

[23] Su costurera. <<

[24] Durante el tiempo de amortización de esta renta, mi madre decía que mi padre era un tragaldabas, que no dejaba nada para sus hijos y que vendía sus rentas para mantener el coño de sus amantes. <<

[25] Medio hectolitro, antigua medida de capacidad para los granos (N. del T.).
<<

[26] Es probable que este juez para no ser alelado por mi madre, acabara por decir lo que ella quería. Por otra parte no comprometía sus deberes observando las reglas, de este modo el infeliz fue abandonado y cedieron al más fuerte. <<

[27] Mi padre no mantenía ya los razonamientos que más arriba he mencionado, decía ante los que estaban al corriente, que era posible que estuviera embarazada y que lo estuviera de él. Pero jamás llegó a persuadirse de que realmente lo estuviera; cuando se dio cuenta de que su embarazo proseguía, dijo que como ella viajaba a menudo, que quizás le habían entrado ganas de contar que había parido en uno de estos viajes, y presentarle otro crío, que si paría fuera de su casa que la haría visitar. Decía también que ella lo hacía para llevarse cosas sin que nadie se diera cuenta y esconderlos en casa de sus comadres, cuando volvió de Vire dijo: la cosa se ha ido a hacer puñetas, en Vire no estaba tan embarazada como lo está todos los días. <<

[28] El pobre pequeño, cuando lo pienso, ya rastrillaba solo. <<

[29] Este carpintero había venido varias veces a hacer lo mismo desde que mi madre había vuelto con mi padre. <<

[30] Antes de mi incredulidad, yo había tenido ya otros escrúpulos, temía distraerme en mis oraciones, con lo cual tenía que repetir infinitas veces las palabras; y además hacía gestos y contorsiones ridículas. <<

[31] Lo vi en su geografía. <<

[32] En las conversaciones cuando se hablaba de ladrones que estaban pendientes de juicio como Lemaire, por ejemplo, algunos habían dicho: quizás no le maten, pues su familia y todo eso. Mi padre había dicho: si hubiera un ladrón en mi familia, no me importaría nada que le matasen. <<

[33] Como tenía intención de escribir esta historia antes del crimen y había examinado la mayoría de las palabras con que la relataría, no es de extrañar que salgan expresiones duras, y que parecen denotar que sintiera aún odio por mis desgraciadas víctimas. <<

[34] Pan de trigo de calidad superior. <<

[*] Sic en el original (N. del ed. digital). <<

[*] Las desgracias a las que se refiere el acusado son el resultado de la conducta depravada de la mujer de Rivière, su madre. Rivière padre estaba muy afectado; se había separado de su mujer, que vivía en una casa en la aldea, con su hija Victoire, de 18 años, y su hijo Jules Rivière, de 8 años de edad. Pierre Rivière, el acusado, vivía con su padre, con su otra hermana Aimée, y su otro hermano llamado Prosper. <<

[**] Para poder apreciar esta memoria, de la que sólo hemos podido citar una mínima parte, es importante saber que el acusado es un joven campesino que recibió una instrucción primaria prácticamente nula, y que todos los testigos declararon que la gente tenía por un tonto o un infeliz y que en general se le designaba con el nombre del imbécil de Rivière. <<

[35] Nos ha sido imposible encontrar la mencionada memoria. Puede suponerse que el redactor del «Pilote» estuviera mal informado y se tratase de la memoria de Orfila, Esquirol, etc., manifiestamente requerida por la defensa y quizá, a instancias de Vastel, para apoyar la petición de gracia. <<

[36] Mención marginal que figura en la primera página del extracto del original del Tribunal de casación. <<

[37] En un manicomio le muestran a un visitante a un hombre del que se podría decir: «Este enfermo habla solo a menudo, conversa con el diablo; al acercársele una mujer teme mancillarla con las emanaciones que se escapan de su cuerpo. Cuando estaba libre, le vieron cortar cabezas de coles creyendo que eran cabezas de hombres; a menudo llevaba en sus bolsillos clavos y un martillo para clavar en cruz a ranas o cualquier otro animalito; un día ató las piernas de un niño a las trébedes y si no hubieran llegado a tiempo se hubiera quemado. En su país le llamaban el loco, el imbécil, la bestia. Sin embargo sabe cuándo hace daño, incluso ha escrito, con mucho sentido común, la historia de su vida». El visitante, sea quien sea, ni por un momento dudará de la locura de este hombre; no habrá un magistrado capaz de devolverle la libertad. Y si, en el asilo, el enfermo de quien se trata, se volviera homicida, nadie pensaría en enviarlo al cadalso. Sin embargo, los hechos serían los mismos, únicamente habría cambiado el lugar. Tenían que haber encerrado a Pierre Rivière, este muchacho estaba demasiado enfermo para gozar de libertad. <<

[38] Campo abierto (N. del T.). <<